



Sergio Northwest

BORDERLINE

Borderline

Sergio Northwest

Borderline

© Sergio Vega Hurtado, 2020

Primera edición: Julio, 2020

ISBN: 9798621966119

Independently published

Cubiertas: Sergio Northwest

Fotógrafo: Rafael Barriga Bermudez

Modelos: Alejandra Janeth Guerrero Tinoco

Mónica Emma Sandoval Mejía

Canciones citadas:

“Ponte En Mi Piel” por Safree

© 2011 Safree

“Fóllame, Contrólame, Destrúyeme” por Larva

© 2010 Juan Christian Inchaustegui Garibay

“Basureta” por Kase. O

© 2016 Rap Solo / Boa Música

Todos los derechos reservados.

Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Por todas las personas que han sido víctimas de acoso y violencia en cualquiera de sus formas.

“Solo el campo de batalla revela al hombre su propia locura y desesperación”

-William Faulkner

“Ponte en mi piel y vas a ver lo que es sufrir la realidad

Que hace que todo se desborde y mira

Cómo al caer yo sigo en pie,

Pero al final no cicatrizan mis heridas”

-Safree

Los eventos que se narran a continuación son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Santo abrió los ojos.

Lo primero que hizo fue estirar el brazo derecho para alcanzar su teléfono y detener la alarma. Enseguida prendió la lámpara que se encontraba sobre su mesa de noche. Acostumbraba dormir boca abajo, por lo que tuvo que dar la vuelta sobre su brazo izquierdo para lograr sentarse al borde de la cama. Metió sus pies en el par de tenis que se había quitado la noche anterior, se puso de pie, encendió el foco de la habitación, y se dirigió al baño.

Primero que nada, atendió sus necesidades fisiológicas vaciando su vejiga. Después de ello, se paró delante del lavabo, mirándose al espejo. Se lavó las manos, se talló los ojos y se enjuagó la cara para despabilarse completamente. “Otro día existiendo”, pensó. Y es que últimamente vivía sin ánimos, asistía a la universidad porque no quería abandonarla y fallarles a sus progenitores, sentiría que se desperdició dinero en tres años por su culpa. Y como era común, aunque no en todos los casos aplicaba, un título abría más puertas y daba más oportunidades de trabajo.

Volvió a su habitación. Apagó la lámpara. Se vistió, poniéndose la ropa que encontró primero, no le daba mucha importancia a su imagen. Tomó su mochila, y revisó que todo estuviera en orden. Salió a la cocina, abrió el refrigerador y sacó una caja de leche, se sirvió en un vaso, y tomó de la alacena un paquete de galletas. Antes de ir a la escuela no comía algo pesado, de lo contrario le daban dolores estomacales durante todo el día, solo se conformaba con darle algo a su estómago para que no estuviera gruñendo en medio de clases. Cepilló sus dientes y mojó un poco su cabello, para después salir de casa en busca del camión.

Le gustaba caminar, disfrutaba hacerlo. Así encontraba la tranquilidad que tanto necesitaba en los últimos meses. En el camión nunca viajaba sin sus auriculares puestos, en la música hallaba lo que muchas veces le gustaría escuchar de otras personas. Una vez en su destino, se dirigía al salón de clases sin mirar hacia atrás o a sus costados, se concentraba en llegar a tiempo para conservar su puntualidad perfecta.

Realmente la clase le parecía aburrida, y cumplía con los trabajos y tareas únicamente por cumplir, no le ponía empeño y no le importaba si sacaba notas altas o apenas las necesarias para aprobar. Su promedio general no era lo mejor, pero era mucho mejor de lo que esperaría de sí mismo.

El docente llamó a la primera chica de la lista, dijo que los iría llamando uno a uno para que vieran cómo iba su calificación. Él no se alarmó, sabía que sus trabajos eran pésimos, pero sabía que cumpliendo prácticamente tenía aprobada la unidad en curso, no obstante, quería verificar que no se equivocaba.

No prestó atención a sus compañeros ni al salón de clases, le gustaba sentarse pegado a la ventana para observar más allá, hasta donde su vista le permitiera, y estaba distraído en ello. Sin embargo, se mencionaron los apellidos Milet Garza, y fue ahí cuando sus latidos se aceleraron, y volteó la mirada. Margalit se levantó de su asiento y caminó hacia el escritorio, se inclinó para poder ver sus calificaciones en la pantalla de la computadora, y el profesor aprovechó esos pequeños segundos para echar ojo a lo que el escote de la chica permitía ver. Santo hizo un sonido de enfado, y todos lo miraron sin saber a qué se debía. Adelante, el docente continuó mostrándole a Margalit sus calificaciones, ella no podía ver bien y se acercó un poco más a él, quien la rodeó

con el brazo colocando su mano sobre la cadera de la joven, quien se movió inmediatamente mostrando su incomodidad ante tal acto. Terminó y volvió a su lugar.

Siempre le tocaba esperar hasta el final, era el último de la lista, pero ya se había acostumbrado desde la primaria. Durante los siguientes minutos pudo ver cómo el docente miraba a Margalit sin disimulo durante el tiempo que un alumno volvía a su lugar y otro caminaba hacia él. Eso le molestaba. Sabía que no tenía por qué, ni le correspondía actuar de esa manera, pues ellos habían terminado hace meses. Ella levantó la mirada en varias ocasiones solo para encontrar la del docente cruzada con la suya, y cuando miró a otro lado, fue cuando se conectó con la de Santo.

Era difícil. Después de concluir su relación, siguieron siendo amigos por máximo un mes, pero de la noche a la mañana algo cambió, y ella no le dirigió la palabra nunca más. Si esto es complicado, ver a esa persona diariamente durante ocho horas es una tortura. Ella evitaba toparse con él, y se negaba a trabajar en equipo o participar en clase si él se encontraba involucrado, así que encontrar nuevamente esa mirada que le produjo por primera vez las dichas mariposas en el estómago era como viajar en el tiempo.

Su mirada fue de alivio, y le sonrió. Él no terminaba de creerlo y no sabía cómo reaccionar a ello, pero ella cerró los ojos, agachó la cara, y un segundo después la levantó nuevamente, y asintió con la cabeza. Ellos no se dieron cuenta, pero el docente se percató de esto. Sus miradas siguieron conectadas sin hacerse señas ni decir una sola palabra, no hacía falta. Él amaba esos ojos descafeinados que a su momento brillaron por él.

Minutos después, escuchó sus apellidos, Vargas Herrera, y se puso de pie.

—¿Qué tiene de Santo?

—Pregúnteles a mis padres.

—¡Uy! ¡Disculpe la molestia!

—¿Me mostrará cómo voy, o regreso a mi lugar?

—Si va tan mal, ¿para qué quiere saber? Más bien, le voy dando las fechas para presentarse a nivelación —dijo, elevando el tono de voz para que el resto de los estudiantes pudiera escuchar.

—Yo que sepa, llevo todo con nota pasable, además soy el único con la asistencia perfecta. He obtenido la calificación mínima en el examen para aprobar. ¿Cómo va a decirme que voy reprobando? Exijo ver la evaluación —a este punto, todos sus compañeros se encontraban expectantes. Dio la vuelta al escritorio para poder ver la pantalla de la computadora, pero el docente la cerró inmediatamente.

—He dicho que va reprobado. Y por su falta de respeto, tiene puntos menos.

—¿Cuál falta de respeto?

—Ponerse de pie delante de mí y querer fisgonear en mi computadora.

—¡No mame! ¡Pero si ha estado llamando a mis compañeros para mostrarles cómo van! Además, me puse de pie porque usted me llamó.

—Ahora por tus groserías y por responderme, te has ganado un reporte con la jefa de carrera.

—Acepto y asumo mi responsabilidad en esta ocasión, pero lo demás, es injusto.

—¡A su lugar!

—No, hasta ver mi avance.

—¡He dicho que se vaya a su lugar!

—¡He dicho que exijo ver mi avance!

—¡Si sigue así, lo suspenderé por una semana!

—¡Pues vuelvo hasta que tengan una solución para esto! —tomó su mochila y salió del salón.

Minutos después, el docente se dirigió a la oficina de la jefa de carrera. Llegó apresurado, que sin darse cuenta de que ahí se encontraba Santo, comenzó a hablar:

—Jefa, hay un chico del grupo once que me está dando problemas en la clase de Innovación Tecnológica. Hoy me faltó al respeto, y si sigue así, lo suspenderé de manera indefinida.

—¿Por qué no toma asiento, señor Pascal? —indicó la mujer.

—Claro —respondió con toda calma, y al darse la vuelta, vio sentado al chico del que hablaba hace unos segundos.

—El joven me dijo que usted llamó a todos sus compañeros uno a uno para mostrarles su avance en la unidad, y que cuando llegó su turno, usted hizo un mal comentario de su nombre, y le negó la revisión.

—¡Yo no le negué nada! Solo le dije que ya está reprobado, y que mejor le voy dando las fechas para nivelar.

—Prácticamente, le está negando la revisión.

—Pero, ¿y su falta de respeto?

—Podemos llamar a cualquiera de mis compañeros para que nos cuente lo que sucedió, y si fue mi error, me disculpo, y acepto que me repruebe.

—¡Muy bien! Jefa, llame a la señorita Milet. Ella lleva las mejores notas, y siempre pone en práctica sus valores. Ella no me dejará mentir.

—Esperen aquí mientras voy por ella —se puso de pie, y salió de la oficina.

—No es tarde para que se retracte y se retire de aquí, joven.

—¡Yo no tengo nada que perder!

—¡Listo! —regresó la jefa, seguida por Margalit, quien saludó a ambos hombres—. Señorita Milet, ¿puede usted decirme lo que sucedió en el salón de clases? Tengo dos historias diferentes, y debido a sus buenas notas y a su disciplina, la he llamado a usted para que corrobore los hechos.

—Verá —miró a ambos sujetos, y nuevamente a la jefa—, el señor Pascal nos llamó por orden de lista para mostrarnos el avance de la unidad y aconsejarnos cómo mejorar todavía...

—¿Lo ve? —interrumpió Santo.

—¡Shh! —intervino la jefa de carrera.

—Como decía —miró a Santo—, nos llamó uno a uno. Y cuando llegó el turno de mi compañero, hizo un mal chiste con su nombre. Además, le negó hacer la revisión, y cuando él quiso ver la pantalla, el profesor la cerró inmediatamente.

—¡Fue porque me faltó al respeto!

—¿Es eso cierto, jovencita?

—No. El profesor, no sé por qué, fue muy grosero con él. Él es quien debe tener el reporte, no Santo —el señor Pascal la miró con desagrado.

—¿Tiene algo que decir? —preguntó la jefa al docente.

—¡Oh! Y, por cierto, cuando fue mi turno, colocó una de sus manos en mi cadera. Me hizo sentir acosada.

—¡Señor Pascal! Además de tener una falta negándole al chico la revisión e inventando faltas de respeto, tendrá un reporte por contacto indebido.

—Aparte de eso, ella no se dio cuenta, pero cuando se inclinó para mirar en la computadora, el profesor miró sus pechos...

—¿Fue por ello tu molestia? —recordó rápidamente. Acto seguido, se llevó las manos al pecho, tratando de levantar más la blusa.

—¡Así fue!

—¡Por favor, señorita Arreguin! No va a creer en dos adolescentes enamorados, ¿o sí? Es claro que es un complot para ponerla en mi contra.

—¿Es cierto eso de que están enamorados?

—Terminamos hace meses... pero eso no tiene nada que ver aquí —respondió Margalit.

—No pondré un reporte en su contra, profesor, sin embargo, a la siguiente que ocurra un incidente, será usted el suspendido. Y ustedes, si ambos se ven envueltos nuevamente en un caso, no lo tomaré como coincidencia —suspiró, y agregó—, así que, por ahora, los tres de vuelta a sus labores, después de mostrar su avance al joven Vargas.

—No puede estar hablando en serio —se opuso Pascal.

—Hablo muy en serio. Si se niega nuevamente, ahora sí pondré un reporte, y yo me encargo de que el muchacho apruebe.

—Está bien —sacó su computadora, la encendió, y abrió el archivo de Excel para mostrarles el desempeño de Santo.

Salieron de la oficina. Pascal se dirigió al edificio en que le tocaba dar clases, mientras los jóvenes se dirigían a su salón, también en otro edificio. A mitad del camino, Santo se detuvo y la detuvo a ella colocándole la mano derecha sobre el hombro, ella dio la vuelta y preguntó qué sucedía, sin retirar sus manos de su pecho. Él bajó el cierre de su sudadera, se la quitó y se la dio a ella, quién incrédula, no sabía qué decir. Ante ello, él le ayudó a ponérsela, pues hacía mucho tiempo que no interactuaban, y ahora, le volvía a prestar una de sus prendas, como hace meses.

—Gra... Gracias.

—No. Gracias a ti. Por apoyarme, y por no quedar callada con respecto al tema del toqueteo.

—Es que, no debe excederse y aprovechar su puesto como profesor.

—Está mal que hoy no nos hayan tomado en serio por lo de ser adolescentes enamor... —detuvo sus palabras al mirar sus ojos, ese ligero café brillante, esos bellísimos ojos descafeinados.

—Sí, sí. Lo sé. Hace mucho que no se tocaba ese punto —agachó la cara, al sentir los ojos de Santo mirando los suyos.

—Sigues bella como siempre...

En el salón de clases, sus compañeros podían observarlos desde una de las ventanas. La amiga de Margalit gritaba de emoción, sabía que Santo nunca había dejado de amarla, y ver que posiblemente se darían otra oportunidad la hacía feliz, en cambio, entre los hombres se escucharon comentarios como “Ojalá se la folle esta vez”, “Es un imbécil y cobarde por no haberse acercado en meses” y “Si yo fuera él, qué no le haría. Está buenísima”. Así que dejaron de prestar atención a la pareja y comenzaron a discutir irrespetuosamente, y, minutos después, se callaron en cuanto ellos entraron al salón.

Santo se encontraba en la plaza principal de la ciudad. De vez en cuando le gustaba sentarse en una de las bancas para tener un breve momento de tranquilidad, se sentía parte de la naturaleza y le gustaba el silencio que en la mayor parte del tiempo ahí predominaba.

Había comprado un té helado, su bebida favorita, y aunque llevaba ya un rato sentado, apenas le dio el primer trago. Con los problemas que se presentaron entre sus padres las últimas semanas, prefería tardarse todo lo posible en llegar a casa, no quería tener que ser quien recibiera el desquite. Hace varios meses —desde su ruptura con Margalit— cargaba con emociones negativas, era difícil, pero trataba de sobrellevarlo, sin embargo, tenerla en el mismo grupo en la universidad le complicó las cosas, pues desde antes ya sentía que el estudio no era lo suyo y se planteaba abandonar la escuela a pesar de que sus progenitores estuvieran jodiendo por ello —cosa que prefería evitar—, pero reiteradamente pensaba que si había llegado ya tan lejos y no quería que fuera tiempo perdido, debía llegar hasta el final, debía graduarse y obtener su título. Fue por ello que, a pesar de haber perdido las ganas, de sentir un vacío que no se llenaba, de tener cerca a su amada sin poder sacarla de sus pensamientos, seguía en la escuela. Y por esa razón, se encontraba feliz en ese momento, todo había sido una mierda en la que se revolcaba, pero llegó Margalit a limpiar el camino, sabía que no debía ilusionarse con una nueva oportunidad, pero valoraba el reaceramiento.

Pasada hora y media, se levantó. Caminó hacia un contenedor de basura y depositó ahí el envase del té. Miró por última vez el paisaje, y se dirigió a casa.

Avanzó por Ponce de León, continuó hasta llegar a Terán, a la siguiente esquina dio vuelta hacia la derecha, caminando por Espejo, dirigiéndose a Antonio de Ibarra.

Tenía la costumbre de caminar con mirada gacha, por lo que muchas veces terminaba chocando con personas, y esta vez no fue la excepción. Chocó con un hombre alto y ancho, levantó la mirada, el sujeto iba acompañado.

—¡Disculpe! ¡Fue mi culpa! —dijo, tras levantar la mirada.

—Ese no es el problema, joven —obtuvo como respuesta.

—¿Qué dice? —estaba desconcertado.

—Más que tener cuidado en la calle, debes tener cuidado en la vida. No debes meterte con cualquiera —agregó el segundo sujeto, quien ahora se encontraba a sus espaldas.

—¿De qué me...—no terminó su pregunta. En cuanto volteó la mirada hacia sus espaldas, el hombre que se encontraba delante le soltó un golpe en el estómago, haciéndolo caer de rodillas.

—No es divertido, ¿verdad?

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó, sin levantar la mirada. Hace tiempo que no se veía envuelto en peleas, por lo que la situación no era favorable para él.

—¡Te vale madres! —respondió el sujeto a sus espaldas, dándole una patada que lo hizo caer de cara contra el piso.

—No puedes andar haciendo tus chingaderas donde quieras con quien quieras —dieron la vuelta, con intención de retirarse.

—¡Pues ustedes tampoco, hijos de la chingada! —dijo al mismo tiempo que corría con impulso hacia ellos. Su tacleo fue efectivo, logró derribar a uno. No obstante, no fue la mejor decisión que

pudo tomar, su imprudencia le costaría caro.

—¡Ah! Ahora de valiente, ¿no? —dijo el hombre que seguía en pie —¡Pues ya te cargó la verga!

—Adelante ¡Acércate! —respondió, acto seguido, cambió la mirada por unos segundos hacia el otro individuo, que se levantaba del piso.

—¡Tú lo pediste, pedazo de imbécil! —se lanzó sobre Santo, con navaja en mano, tratando de clavársela en el cuello, pero falló debido a un movimiento repentino del chico a causa de sus reflejos, tardíos pero seguros, cortándole desde el labio inferior hasta el extremo derecho del mentón.

A pesar del dolor inmenso y de la sangre que brotaba de su rostro, no se descuidó del arma blanca. Tomó el brazo derecho del hombre y le dio la vuelta en un movimiento rápido, llevándolo a su espalda, haciendo caer la navaja. Entretanto, el segundo hombre aprovechó la situación y se apresuró a patear el hueso poplíteo izquierdo de Santo, quien calló a modo de genuflexión, para después recibir en la cara un rodillazo —bastante burlesco —que le rompió la nariz y lo hizo caer inconsciente, con la parte inferior del rostro bañada en sangre.

Ambos sujetos sacudieron sus sacos. Uno de ellos escupió en la cara del joven, mientras el otro levantaba el arma de la acera. El primero levantó parte del torso y la cabeza de Santo, mientras el otro se proponía clavar finalmente la navaja, pero fueron sorprendidos por un “¡Auxilio! ¡Llaman a la policía!” de una mujer que recién pasaba por el lugar. Se pusieron de pie, dejando tendido al muchacho moribundo.

3

Al día siguiente, a las siete y cuarto —tiempo límite para entrar a clase—, se encontraba el grupo completo, a excepción de un alumno, Santo. Había un asiento vacío al lado de la ventana, Margalit tenía la vista fija en él, cuando Pascal le llamó la atención.

—Señorita, ¡acá está la clase!

—Sí. Disculpe —dijo al momento en que abría su libreta.

—El joven “Demonio” debió reconocer su error, y me temo que no lo veremos en un tiempo —guiñó.

—¿Alguien más vio eso? —preguntó a sus compañeros, volteando la mirada de uno a otro —¿Cómo puede estar tan seguro de ello, y además guiñar?

—Le sugiero que guarde silencio, si no quiere perder sus puntos de disciplina.

—¡Agh! —fue el último sonido que hizo. Miraba al frente, pero en su mente se preguntaba qué habría querido decir el docente, si tenía relación directa con la inasistencia de su ex pareja.

Al terminar la clase, Pascal le pidió a Margalit que lo acompañara a su cubículo, pues era jefa de grupo, y había trabajos que debía entregarle a sus compañeros. Ella cedió. Caminó en silencio detrás de él, y aunque el adulto le hizo varias preguntas, ella se negó a contestar.

Cuando llegaron al cubo, Pascal sacó la llave de su bolsillo y abrió la puerta.

—¡Vaya! ¡Qué suerte la suya de no compartir cubículo!

—¡Oh! Sí. Me lo he ganado.

—Muy bien por usted.

—Gracias, señorita Milet.

—¿Ya revisó todos los trabajos?

—Me faltan algunos de los resúmenes, pero los cuadros comparativos y los esquemas ya los revisé. Allá están —señaló una mesa al otro lado del cubo. Margalit se dirigió hacia ella para tomar los trabajos del grupo, pero como eran muchos, se le cayeron un par de folders. Dejó los que cargaba nuevamente en la mesa, y se inclinó para levantar los que se encontraban en el piso, cuando... ¡Plaaf! Recibió una nalgada por parte del docente.

—¿Qué cree que hace, viejo estúpido? —respondió inmediatamente tras darse la vuelta, llevándose las manos al trasero para sobarse.

—¡Tú tienes la culpa por andar ofreciéndote!

—¡No diga pendejadas! —lo miraba, furiosa.

—¡Cállate la boca! —levantó la mano, llevándola al rostro de la joven, tapándole la boca—. Debes ser más cuidadosa, preciosa. Tu noviecito pagó las consecuencias.

—¡Mmmh! ¡Mmmh! —trataba de mediar palabra, pero le era imposible.

El docente levantó la otra mano. La colocó en la cadera de la chica, y la recorrió lentamente sobre la sudadera.

—Así que ya no quieres andar mostrando el busto, ¿eh? No importa. De igual manera se puede —colocó su mano sobre el pecho derecho de Margalit, y apretó. La chica no podía hablar ni gritar, pero el miedo de la situación le causó llanto.

El docente seguía apretando. Si la joven le parecía bella y le hacía despertar sus instintos más bajos, verla bajo esa situación, llorando, con uno de sus pechos en su mano, era su éxtasis, su

escena perfecta. Había una erección bajo sus pantalones.

Dejó de tocar a la chica. Tomó el cierre de la sudadera con la intención de bajarlo, y al recorrer el primer centímetro... ¡Pum! La rodilla de Margalit impactó contra el miembro erecto de adulto, haciéndolo caer al piso, quejándose del dolor. Dio un par de pasos y le propinó varias patadas al estómago.

Tomó los trabajos de sus compañeros, y salió a toda prisa de ahí. Su maquillaje se le había escurrido, pero no le daba importancia, quería mantenerse a salvo y sentirse segura.

Llegó al edificio. Se dirigió al salón de clases y empujó la puerta para entrar sin pensar en que la siguiente clase ya había comenzado, de hecho, iba a la mitad. Todos se sorprendieron, incluso el docente le llamó la atención, pero cuando llegó a su asiento y mostró el rostro, se alarmaron. La sorpresa y el regaño pasaron a ser preocupación. Sabían dónde se había encontrado y con quien, por ello era obvio que algo había ocurrido, algo desagradable.

El señor Hernández, que era el docente que había estado impartiendo la clase antes de que Margalit los sorprendiera, dejó de explicar el tema y le dio prioridad a su alumna. Era inapropiado llegar tarde, empujar la puerta y entrar al salón sin permiso, más a media clase, pero él era de esos docentes que se preocupan por el bienestar de los estudiantes, no de los que van únicamente con el fin de cumplir su trabajo, por lo que se acercó a la chica:

—¿Te encuentras bien? —como solía reiterar a los alumnos que no lo vieran solo como profesor, sino también como un amigo en quien confiar, hablaba de “tú” en lugar de “usted”.

—No —respondió, sin más. Había parado de llorar, pero el maquillaje aún seguía manchando sus mejillas y sus ojos aún se encontraban rojos.

—Ven conmigo —se acercó al asiento, tomó de la mano a la joven.

—¡No me toque! —soltó inmediatamente al docente—. Disculpe. Evite el contacto físico.

—No te preocupes —levantó las manos—. Pero vayamos a tomar aire fresco... Los demás —se dirigió al grupo —busquen conceptos en Internet. Regresando les firmo.

Margalit se levantó del asiento. Caminó detrás de él. Primero se dirigieron a uno de los jardines, se sentaron en una de las bancas y comenzaron a dialogar. Se tardaron más de lo que faltaba para finalizar la clase, y tomaron tiempo de la siguiente para que la chica se desahogara y recuperara la calma que le fue arrebatada. El docente explicaría a la jefa de carrera y solicitaría justificantes, aparte de meter reporte contra Pascal. Sabían que a pesar de que se le acusara por parte del equipo institucional, no habría otra razón, por lo que sabría sin lugar a dudas que se debía al incidente en su cubículo, pero debía haber justicia, aunque se corriera el riesgo de que tomara represalias contra la joven estudiante.

Se pusieron de pie, abandonando la banca. Caminaron hacia el edificio principal, el docente iría a las oficinas, mientras ella se limpiaba el maquillaje en el baño, para después dirigirse a su salón de clases. El profesor prometió encontrarla más tarde para entregarle el papel e informarle qué medidas se tomarían en el caso.

Cuando Hernández llegó a la oficina de la jefa de carrera, la encontró atendiendo una llamada telefónica, por lo que decidió esperarla afuera. Una vez terminada, la mujer salió para invitarlo a entrar.

—Verá, voy a necesitar un justificante para una de mis alumnas. Ha tenido un incidente nada agradable, por lo que me tomé la libertad para atenderlo y ayudarlo a recuperar la calma, de eso le hablo en un momento. Y en mi caso, no sé si me justifiquen o no, pero de no ser posible, que me resten una de las horas a las que tengo derecho a ausentarme por semestre.

—Muy bien, pero ¿por qué la chica no ha venido? Es ella quien necesita solicitar el justificante.

Necesito su firma.

—Lo sé, lo sé. Pero ha faltado ya a dos clases, no debe perder más. Además, recién acaba de tranquilizarse. Debe tener más tiempo de tranquilidad, al menos por hoy.

—Muy bien. Se lo pasaré por esta ocasión. ¿Cuál es el nombre de la alumna? —tomó el formato de un cajón de su escritorio, tomó un bolígrafo, agachó la mirada y se disponía a escribir los datos.

—Margalit Milet Garza.

Arreguin soltó el bolígrafo, levantó la mirada hacia Hernández, y suspiró.

—La necesito aquí. ¡Inmediatamente!

El docente se sorprendió y aunque se preguntaba por qué razón la expresión de la jefa de la división había cambiado tan repentinamente, no esperó a preguntarlo, y salió a toda prisa de la oficina para dirigirse al salón de Margalit. Habían acordado que ella regresaría a la clase que le tocaba para no perder más horas durante el día, pero ahora se requería su presencia en la oficina de Arreguin. Interrumpió la clase en curso, saludó al profesor, e hizo salir a la chica. Ambos caminaron con prisa hacia la oficina donde los estaban esperando.

Tras entrar y tomar asiento, la mujer comenzó a hablar:

—Señorita Milet, siento haberla hecho venir a mitad de clase, pero debo tratar algo importante con usted...—había dicho con dificultad las palabras.

—Si es por el reporte...

—No. No. No —respondió la jefa sin saber a qué se refería la muchacha—. Su novio, el joven Vargas, se encuentra en el Hospital Regional.

—Pero, ¿cómo? ¿Qué ha ocurrido? —sintió un golpe en lo profundo de su ser.

—Fue víctima de una agresión. Se encuentra inconsciente.

—¡Oh Dios! —en ese momento, recordó el guiño que Pascal había hecho tras asegurar que no verían a Santo por un tiempo. Temió lo peor.

Margalit estaba en camino al hospital.

Había oscurecido hace un par de horas, pero las visitas eran permitidas a partir de las nueve. Sabía que era tarde, más porque debía entregar varias tareas al día siguiente, pero no le importaba, necesitaba saber cómo se encontraba su ex novio. Le parecía raro, loco, cómo todo de repente los volvía a unir. Hace meses que no le había dirigido la palabra, había decidido mantener intacto su orgullo, y lo lamentaba.

A ella tampoco le fue fácil. No puedes dejar de amar a una persona de la noche a la mañana, y menos si las ves día a día. No puedes negar lo que sientes, tampoco engañarte a ti mismo. Sientes que te sofoca por dentro, pero tienes que ser fuerte y afrontarlo.

Aunque no fuera bajo las mejores circunstancias, estaba agradecida con Dios o el destino, la casualidad, o la causalidad, porque sus caminos se cruzaban nuevamente.

El taxi se detuvo frente al edificio. Pagó los cien pesos que el hombre le cobró, le pareció un poco caro, pero el dinero va y viene, el bienestar es lo primordial, por ello priorizó la visita a su compañero y amigo. Bajó del auto, agradeció el servicio, cerró la puerta, le deseó buena noche al sujeto, y avanzó a la entrada principal.

Estuvo unos minutos de pie, observando el lugar. Había mucha gente, pero muy poco personal que pudiera atender, por lo que pensó que probablemente no podría entrar a ver a Santo. Tomó asiento finalmente, agachó la mirada, y se dispuso a esperar. Había una pareja, quizás esperando revisión del notable embarazo, una mujer con dos niños inquietos que andaban de un lado a otro, un hombre mayor dormido, una madre tomando de la mano a su hija de alrededor de unos dieciséis años, y demás gente que esperaba la atención de los médicos.

Comenzaba a desesperarse, había ruido y sentía que el tiempo transcurría extremadamente lento. Se levantó y dio varias vueltas por el lugar, cuando vio a una enfermera que se acercaba. Se adelantó un poco para preguntarle por las visitas sin que las personas que habían llegado antes de ella la vieran, de lo contrario, se armaría un caos.

La enfermera la atendió inmediatamente y la llevó hacia la habitación de Santo, informándole que no podía verlo en ese momento, Margalit preguntó por qué, pero se dio cuenta de ello rápidamente. Ahí afuera se encontraba la madre del joven, por lo que intuyó que el padre estaba dentro. Solo una persona podía entrar a la vez.

En cuanto la enfermera se retiró, Margalit se acercó a la señora que tiempo atrás fue su “suegra”. Ella se encontraba tejiendo, pero en cuanto escuchó con más volumen el sonido de los tacones de los botines de la chica, levantó la vista. Dejó su trabajo a medias, y se puso de pie para recibir con un abrazo a la joven muchacha.

—¡Mi niña! ¡Cuánto tiempo sin verte!

—¡Sí! También me alegra verla. Lamento que sea de esta manera.

—¡No te preocupes! Se está recuperando.

—Entonces, ¿usted ya entró a verlo?

—Así es. Dice que los sujetos que lo atacaron no lo hicieron al azar. Sabían que andaría por esa calle.

—No puede ser...

—¿Cómo? Si sabes algo que pueda ayudar, háznoslo saber a mi esposo y a mí.

—Bueno, tuvimos un problema con un profesor. Hoy Santo no se presentó a clase —más tarde supe la razón—, pero me aseguró delante del grupo que no lo veríamos por un largo tiempo, y tras ello, guiñó.

—¿Tú crees que...

—No creo. Estoy segura.

—De igual manera, llamamos a la policía. Espero que mi esposo salga pronto para que puedas entrar antes de que ellos lleguen.

—Está bien. Mientras, sentémonos.

Las mujeres hablaron por diez minutos más. La señora Herrera le habló de la dificultad en el matrimonio que se le había presentado en las últimas semanas. Le dijo que no sabía a dónde los llevaría eso, pero que lo importante era dónde estaban ahora. Un par de discusiones eran menos importantes que su hijo, y creía que esta experiencia sería la que ayudaría a solidificar la relación. Margalit le mostró su apoyo poniéndole una mano sobre el hombro, y tras ello dijo:

“No creo que su matrimonio termine, señora. Es cierto que hay muchos divorcios últimamente, pero es porque las personas son inmaduras y al primer fallo se decepcionan. Tienen la mentalidad de que ellos sí pueden fallar porque no son perfectos, pero las demás personas no pueden fallarles a ellos porque entonces son unos monstruos. Le dan más peso a un pequeño detalle, sin valorar todo lo bueno que se ha hecho. En la vida no hay ensayos. Antes de tomar una gran decisión se debe estar seguros de lo que se quiere, de lo que se ama. Hay que estar conscientes de que un ‘para siempre’ no es hasta donde te dé la gana, sino que en verdad es para siempre.

“Hasta donde sé y puedo darme cuenta —porque no voy a decir que los conozco—, lo de ustedes no es un viaje con destino vaya a saber dónde, sino un viaje sin final.”

La señora Herrera no sabía qué responder, le parecía que entre adulta y joven había mucha diferencia de pensamiento, pero no podía negar que Margalit era demasiado inteligente y madura. Así que ahora ella habló a partir de ahí:

—Mi niña. Has madurado tanto.

—Gracias, señora. Pero no me siento así. Por orgullo no le hablé a su hijo durante meses, sino hasta el día de ayer.

—Es parte de crecer. Si te has dado cuenta de tu error, no ha sido tarde para enmendarlo. Por ello estás aquí.

—De alguna manera, tiene razón. Sin embargo, esto pudo haberse evitado.

—¿Crees tú que por algo ocurrido hace meses cambiaría lo que ha sucedido?

—Bueno, con cada decisión que tomamos, se forja nuestro futuro.

—Pero, si sospechas de tu profesor, y tenían que tomar su clase tarde o temprano, ¿no crees que les esperaba el mismo destino?

—Posiblemente...

—No debes echarte más peso del que te corresponde, mi niña. No te culpes por todo.

—Es difícil...

—Sé que lo es, pero no es lo adecuado.

—Nuevamente, gracias —tras esto, se recargó en la señora Herrera, con la cabeza sobre su hombro.

Se abrió la puerta de la habitación, y el Señor Vargas salió para encontrarse con su esposa. También le alegró mucho ver a la joven ahí, sentía el apoyo a la familia, sin embargo, él únicamente la saludó estrechando su mano.

La pareja le cedió el paso, y entró a ver a Santo.

El joven no esperaba verla ahí, ni siquiera imaginaba que le hubieran dado la noticia, por ello, fue una gran sorpresa. Haciendo fuerza, se sentó al borde de la cama, su pierna aún le dolía, pero no había problema con ello, solo debía tener cuidado para que la jeringuilla que le conectaba el suero no se desprendiera de su muñeca. Dio palmadas a la camilla para que ella se sentara a su lado.

Mientras ella avanzó, él miró sus botines, le gustaba el sonido que producían los tacones al chocar contra el suelo, el que tanto le agradaba, pues, cuando él debía utilizar zapatos formales, le gustaba que tuvieran tacón para que su presencia no pasara desapercibida. Aparte, siempre le había gustado el estilo de ropa que vestía Margalit.

Una vez que ella se sentó junto a él, se quitó su chamarra de cuero, quedando únicamente con una blusa abotonada que permitía ver los tirantes del sujetador, pero se sentía en confianza, además de que la situación y el lugar le habían producido un calor insoportable, quería aire fresco, y la habitación lo tenía. Volteó la mirada hacia él, quien la miraba sin disimulo, sonriendo inocentemente, admiraba su belleza de pies a cabeza.

—Hola.

—Me alegra tanto que hayas venido —hablaba con un poco de dificultad debido al dolor.

—A mí me alegra que no haya pasado a peores —lo miró a los ojos —Pascal dijo que no te veríamos por un largo tiempo.

—¡Ese maldito imbécil!

—Lo sé. No me cabe duda de que fue él quien mandó a esos matones.

—¿Cómo puedes estar tan segura? Yo también tengo mis sospechas, pero acusarlo directamente sin pruebas no es lo correcto.

Ella lo miró fijamente sin decir nada. Desabrochó un par de botones de su blusa, y le mostró la marca que había en su pecho debido a la agresión por parte del docente.

—¿Ese, ese maldito hijo de perra se atrevió a tocarte? —preguntó temblando, lleno de ira.

Ella no pudo hablar, pero asintió con la cabeza. Agachó la cara, y se llevó la mano derecha a los ojos. Había comenzado a llorar.

—Nos encargaremos de que pague por lo que ha hecho —rodeó a Margalit con su brazo derecho.

Segundos después, ella lo abrazó a él con todas sus fuerzas, como si fuera el último abrazo que diera en su vida. Desde lo sucedido en el cubículo del profesor había querido un abrazo, pero no se iba a arriesgar a cualquier contacto físico, necesitaba a Santo.

Lloró todo lo que no pudo horas antes, mientras conversaba con Hernández. El llanto pasó a ser gritos de dolor y de rabia, pero sacó todo lo que no la había dejado en paz.

—¿Te sientes mejor? —preguntó, al mismo tiempo que acariciaba su cabello.

—Sí. Mejor —respondió ella, sin despegarse de él, con la respiración agitada.

—Lo haremos pagar, pero no bajas la guardia —acto seguido, le dio un beso en la frente.

Ella se separó inmediatamente. La última vez que había recibido un beso suyo en la frente, fue semanas antes de su ruptura.

Se miraron a los ojos. Ambos sintieron esa revoltura en sus estómagos. Sintieron una chispa de magia que recorría sus cuerpos. Fue inexorable. Unieron sus labios nuevamente como si ese medio año separados jamás hubiera pasado.

Minutos después, tras haberle contado a Santo que tuvo una charla con su madre acerca del problema matrimonial y ofrecerle su apoyo, se presentaron elementos de la policía municipal,

acompañados por un par de enfermeras y por los padres del joven, terminando con lo especial del momento.

Margalit no se había retirado a pesar de que le dijeron que únicamente la familia debía estar presente. Escuchó la historia de Santo, dándose cuenta de cómo había ocurrido todo. Las enfermeras les hicieron saber que la llamada a la línea de emergencias fue realizada por un par de transeúntes que merodeaban por el lugar de los hechos. Dijeron que sería un poco complicado, pero que harían todo lo posible para otorgarles el número telefónico para que los testigos pudieran corroborar la información brindada por el chico.

Una vez que terminaron, Margalit les hizo saber que en la escuela habían tenido un altercado con un profesor, y que, tras ello, todo lo malo había ocurrido. Ellos le repitieron lo que Santo había dicho con anterioridad, sin evidencia, no es lo correcto. Ella confesó lo sucedido con Pascal, y agregó que en la escuela lo reportó, esperando a que se hiciera justicia, sin embargo, sabía que lo correcto era acusarlo ante la ley también. Les hizo saber sobre la marca en su pecho, por lo cual sugirió a una enfermera y a una mujer policía que le revisaran para verificar que no mentía.

Al terminar todo el papeleo y los registros de datos, los policías se retiraron de lugar, haciéndole saber que al día siguiente se presentarían en la universidad.

Pasaban de las once de la noche. Los padres de Margalit le llamaron por teléfono para saber dónde se encontraba. En unos minutos pasarían por ella.

Sintió un poco de incomodidad por la presencia del señor Vargas y la señora Herrera, pero lo afrontó. No sentiría más pena ni miedo de mostrar sus sentimientos. La última vez le dio más peso al orgullo y se arrepentía por ello, pero esta vez actuaría de acuerdo a sus emociones.

Se acercó a Santo. Besó su mejilla, para después besar con suavidad y lentitud sus labios. Besó la punta de su nariz, la cual se encontraba cubierta por un trozo de gasa. Se irguió lentamente, y, mientras cubría su cuerpo con la chamarra, la madre de Santo preguntó:

—¿De qué nos perdimos? ¿Decidieron darse una segunda oportunidad? —el padre no dijo nada, pero también estaba esperando la respuesta.

—¿Ah? —la tomó por sorpresa. Sus mejillas se ruborizaron.

—¡Mamá! —intervino Santo, sonrojado también.

—Teniendo en cuenta que lo has besado delante de nosotros, supongo que al menos debo saberlo.

—Mamá —se adelantó él—, nosotros...

—¡Sí! Hemos decidido intentarlo nuevamente.

La madre sonrió por la pareja adolescente. Sin percatarse de ello, su esposo tomó su mano en ese momento.

Santo no dijo palabra alguna. Miró a Margalit con el rostro lleno de felicidad, ignorando la situación en la que se encontraba, sin importar lo que había sucedido. Sabía que juntos iban a luchar por obtener justicia.

El teléfono de la chica sonó. No se había dado cuenta de que sus padres llevaban llamando los últimos minutos. Tenía siete llamadas perdidas.

—Tengo que irme. Me esperan afuera. Espero que te recuperes pronto —le dijo a su amado, lanzándole un beso. Dándose la vuelta, lista para retirarse, miró a sus “suegros”, y les agradeció por todo, añadiendo—: Me alegra mucho que ustedes también se den la oportunidad.

Tras ella cruzar la puerta, la señora Herrera se preguntó a qué se refería. No pasaron más de veinte segundos para comprenderlo. Ante ello, apretó la mano de su esposo y se recargó en él.

Parecía que la relación familiar comenzaba a mejorar.

Durante el camino a casa, sentada en el asiento trasero del auto, observando por la ventana, mientras el silencio reinaba, Margalit recordó lo sucedido tiempo atrás:

Al principio, coincidieron en el mismo lugar debido a una amiga en común. No le dieron suficiente importancia, solo los presentó la chica. Sin embargo, de ser algo ocasional, pasó a ser frecuente, día a día, fuera de noche o de día, ambos estaban ahí.

Hubo una ocasión en que ella y Santo se retiraron al mismo tiempo, caminaron hacia la misma dirección, y justo cuando él comenzaba a hablar, ella le informó que daría para una calle diferente, pero, aunque avanzaron en silencio por un par de minutos, fue de lo mejor.

Al día siguiente, en el mismo lugar, se encontraba con un par de amigas, ensayando una coreografía para un baile, fue cuando él detuvo finalmente su mirada sobre ella. Margalit tomaba las manos de sus amigas, daba vueltas, elevaba las piernas y los pies, meneaba sus caderas. Al dar una de las vueltas, se detuvo, mirando fijamente a Santo. Se quedó inmóvil por unos segundos, hasta que las chicas le dijeron lo que debía hacer, pensando que lo había olvidado.

Al finalizar, caminó para recargarse en la pared, al lado de Santo. Él pensaba que era por lo que había sucedido hace unos minutos, pero no era así. La amiga en común, Celeste, apareció de pronto.

—Oigan chicos, ¡hace mucho frío!

—¿No quieres que te preste mi chamarra? ¿o se la presto a ella? —apuntando a Margalit.

—Sí, ella la necesita más. No tiene nada que le cubra los brazos.

—¡No! No te preocupes —respondió a Santo—. Mis padres no tardan en venir por mí... De hecho, acaban de llegar.

—Te abrigas por favor— respondió Celeste.

—Sí. Gracias —respondió mientras avanzaba hacia el vehículo—. Se cuidan —volteó mirando a Santo.

—Nos vemos —respondió él.

Celeste y Santo dieron unos pasos, se despidieron, y cada cual avanzó hacia su destino.

Al día siguiente, en la escuela tocaba el acto cívico, por lo que gran mayoría de los alumnos se dirigió hacia el patio principal. El grupo de Santo debía reunirse en una rampa que daba acceso al tercer piso, mientras el grupo de Margalit se reunía en un extremo del patio, por lo que iban subiendo las escaleras con lentitud. Hubo un momento en que se detuvo en compañía de una compañera, y fue cuando él la vio desde lo alto. Su belleza podía apreciarse desde esa altura también, era un rostro angelical. Trató de saludarla, pero no obtuvo respuesta, y, tras varios intentos fallidos, volvió a su lugar pensando que había fracasado.

Más tarde, cuando se reunieron de nuevo, Santo le hizo saber a Celeste que vio a Margalit en la preparatoria, cuando él había pensado que iría en secundaria —debido a que las chicas con quienes ensayaba sí lo eran—. Ella no dijo nada al respecto, pero supo inmediatamente que había cierto interés hacia su amiga.

Una vez que Margalit se hizo presente, Santo le hizo saber que la vio en la escuela, y le comentó que pensaba que su edad era menor, a lo que ella respondió que también lo vio, pero no quiso ser descortés con su amiga, quien le estaba contando algo malo que le sucedió, y no quiso

interrumpir el momento saludándolo, y se disculpó. Santo le dijo que no se preocupara, que era buena amiga, y que le fue agradable verla ahí, por lo que el tema de conversación se centró en los estudios, conociéndose un poco más. Así fue como esos encuentros, gracias a Celeste, pasaron a convertirse en una amistad.

Compartían gustos de música, se prestaban sus teléfonos para explorar las listas de reproducción y compartirse una que otra canción. Y les pareció extraño, pero genial, que ella gustara de vestir prendas negras, y él blancas.

Conforme avanzaba el tiempo, tanto Celeste como las amigas de Margalit se dieron cuenta de que entre los chicos había una conexión, ambos se veían felices cuando se encontraban juntos, aparte de que cuando uno llegaba y el otro ya se encontraba, le dirigía el saludo primero, por ello fue que metieron presión, preguntando por separado si a uno le gustaba la otra, y viceversa, tanto, que llegó el momento en que ambos se hicieron saber lo que sentían.

Se citaron. Margalit tuvo que hacerse un corte de cabello por un pequeño accidente en casa, y aunque ella se sentía un poco rara, Santo le hizo saber que le parecía demasiado hermosa, y que el corte le quedaba bien. Se quedó callado por unos segundos, con el cuerpo tembloroso, tratando de decirle que le gustaba, así que se armó de valor y... antes de que se diera cuenta, ella estaba dejando escapar un par de lágrimas, mientras asentía con la cabeza —en realidad, aparte de decirle lo que pretendía, también le propuso ser novios—. Entonces él la abrazó fuertemente.

Al finalizar el día, avanzaron de la mano hacia la casa de ella. La miraron a la distancia, pues, Margalit aún no le comentaba nada a sus padres, y no quería que se enteraran, sino hasta que ella hablara con ellos. Se despidieron, y entró a casa con una gran sonrisa en el rostro.

Un par de días después, Santo decidió sorprenderla, llegando de sin avisar a su casa. La madre se presentó y lo hizo pasar, subiendo al segundo piso para dejar a la pareja y no causar incomodidad. Los jóvenes se quedaron a solas, ella se encontraba descalza, en short y usando un top negro transparente, como no la había visto antes, y ni siquiera imaginaba que lo haría. Miró de pies a cabeza a Margalit, diciéndole que era una belleza tanto por dentro como por fuera, ella agradeció, sonrojada. Era la primera vez que le hacía saber que aparte de atraerle por quien era y como era, le atraía su físico.

Se sentaron en un sofá. Ella no sabía qué decir, pero le tomó la mano, así que él habló primero:

—Al mirar tus ojos, siento las famosísimas mariposas —le sonrió.

—Yo también las siento —su voz sonaba tan dulce.

—¿Entonces, tu madre ya sabe?

—Ella ya, pero mi papá no.

—¿Y a qué hora llega?

—A las ocho. ¿Piensas esperarlo?

—Solo falta hora y media. Qué mejor que acompañarte y dar la cara también.

—Te quiero —besó su mejilla.

—Te adoro —regresó el beso.

—Me gustas —besó nuevamente.

—Me encantas —regresó el beso.

—Te amo —estaba a punto de besar su mejilla de nuevo, pero él volteó la cara rápidamente, haciendo que sus labios tuvieran contacto por primera vez.

Segundos después, tras el beso, ella recargó su cabeza en el hombro de Santo, quien la rodeó con el brazo derecho, mientras con su mano izquierda sostenía la de ella.

Por la siguiente hora y media hablaron sobre diversos temas, sobre cualquier tontería que se les

ocurría, incluso llegaron a hacer viscos. Reían, se divertían, se miraban, se sentían tan bien estando juntos. En un momento, ella sacó su teléfono y, segundos después, comenzó a reproducirse “Innocence” de Avril Lavigne. Ambos permanecieron en silencio mientras sonaba la canción. Al finalizar, él dijo:

—Claro que es hermoso —besó su frente por primera vez.

—¿Ahora entiendes mis lágrimas cuando me propusiste ser tu novia? —lo miró a los ojos.

—Esa felicidad que se siente dentro...

—Las mariposas —besó sus labios.

Estuvieron abrazados por varios minutos, hasta que finalmente escucharon el auto afuera de la casa. Margalit se despegó de Santo inmediatamente y corrió a ponerse un par de tenis, y tomó una sudadera, no le gustaría que su padre se llevara una mala primera impresión.

En cuanto el señor Milet entró a la cocina tras haber cerrado la puerta principal, ambos se pusieron de pie para recibirlo. El hombre se sorprendió por la visita del joven, pues Margalit usualmente llevaba puras mujeres a la casa, pero, sin ser grosero, saludó:

—Buena noche, joven —extendió la mano.

—Buena noche, señor —la estrechó.

—Papá... Él es Santo —así se llama—, y es mi novio.

—Ya veo —se quedó callado por un largo rato, mientras los miraba.

—Papá, yo...

—No. No digas nada —en ese momento, Margalit pensaba que le parecía mal—. Ya tienes edad suficiente.

—¿Entonces, estás de acuerdo? —preguntó, mostrando una gran sonrisa.

—¿Debería estarlo? Es tu novio, no mío. ¡Jaja! —miró a ambos chicos, quienes le siguieron la risa.

—Muchas gracias, señor...

—Omar. Omar Milet. Y no te preocupes, yo también fui joven. Los entiendo.

—Muchas gracias, papá —lo abrazó.

—Los dejo solos. Deja voy con tu madre —se dio la vuelta, estrechó nuevamente la mano con Santo, y agregó—: Un gusto conocerlo, joven.

La pareja, llena de felicidad por la aprobación del padre, salieron a la calle, se sentaron en la acera, y, mientras se tomaban de la mano, escucharon “Todo Mi Mundo” de Axel. En cuanto terminó la canción, ella besó nuevamente su mejilla.

—Ya tienes mi amor...

—Y tú el mío... Por cierto, por lo que dijo tu padre, ¿quiere decir que soy tu primer novio?

—Y mi primer beso —sonrió con ternura.

Así fueron transcurriendo los meses, uno tras otro, mientras ellos se sentían llenos, se sentían completos, se sentían bien estando juntos. Se graduaron de la prepa, y ambas familias festejaron juntas, de poco en poco todos se iban conociendo, así que para ser la primera relación de Margalit, estaba yendo tan bien, mientras que para Santo era su primera relación formal, y se acostumbraba a ello.

Aunque habían llevado bachilleratos diferentes, sacaron ficha en la misma universidad para entrar a la misma carrera porque ambos querían tener a futuro un negocio propio y querían aprender acerca del manejo de una empresa, así que ambos hicieron examen para Administración de Empresas.

Se apoyaban mutuamente, ella le enseñaba lo que él no aprendía, y él le ayudaba revisando la

ortografía se sus trabajos, a ella eso le daba igual, pero para ese nivel educativo, hay que escribir muy bien.

Todo iba tan bien hasta que...

—Solo dime lo que quieres, y yo lo acepto. Te amo, pero si te hago mal, y quieres estar sola, así será. Si quieres intentarlo, y que salgamos de esta dificultad, así será. Pero dime, ¿qué es lo que quieres?

—Es que... no sé ni lo que quiero —dijo con la voz entrecortada. Santo la abrazó, y ella lloró inmediatamente.

Claro que, si la relación terminaba, a él le dolería, pero si él era el obstáculo de su felicidad, aceptaría dejarla, con tal de verla feliz. Pero, sin saber, era difícil. Y verla llorar le dolía mucho más.

—¿Lo intentamos? —preguntó, con la finalidad de obtener una respuesta, buena o mala, pero que diera solución.

—Sí —respondió ella, con la mirada gacha.

Y aunque quedaron en ese acuerdo, todo se sentía diferente. Aunque ella estuviera presente, junto con él, era como si estuviera solo. Poco a poco ella comenzó a sacar su teléfono con mayor frecuencia, y a distraerse con cualquier cosa, hasta que llegó el día en que entró a su casa sin decir nada, y cerró la puerta, y aunque Santo tocó varias veces, jamás se abrió.

Él visitó a Celeste, y a las otras dos amigas de Margalit para saber si ella les había comentado algo, o si percibían algún cambio en su personalidad, sin embargo, las tres chicas le hicieron ver que, si un cambio en ella tuvo lugar, solo era con él. Entonces, sin que ella le dijera algo más, él lo entendió todo.

Como era fin de semana, tenía que esperar hasta el lunes para poder verla en la escuela. Llegado el día, él se encontraba con sus amigos, no tenían la segunda clase, por lo que platicaban tonterías. Ella llegó tarde, pues, si hubieran tenido la clase, hubiera llegado a la mitad, y faltó a la primera.

Ella se sentó sola, sin hacerle caso a su amiga, quien le había estado hablando para que se acercara con ella. Mientras a Santo sus amigos le decían que se acercara antes de que alguien pudiera distraerla. Haciendo caso, se acercó y se puso de cuclillas frente a ella, quien mantenía la mirada al suelo.

—Entonces, ya no sientes lo mismo, ¿verdad?

Ella no dijo palabra alguna, respondió únicamente moviendo la cabeza.

—Entonces, ¿terminamos?

Se repitió lo mismo.

—Muy bien. Gracias.

Santo salió del salón, y, a pesar de la hora tan temprana, llamó a la madre de Margalit por teléfono.

—Hola. ¿Qué pasó? ¿Todo bien?

—Sí, señora. Solo que su hija y yo acabamos de terminar, y solo quería agradecerle.

—¿Por qué?

—Por todo el buen trato.

—¡No! ¿Por qué terminaron?

—No lo sé. Últimamente le hacía mal, cambió de un día para otro.

—¿Qué mal! Pero, no se pudo.

—Así es, señora.

—Sé que se siente feo, pero tú no te detengas. Ya veré yo si puedo hacer algo.

—Muchas gracias, pero lo dudo. Por ahora, es lo mejor.

—Muy bien. Te me cuidas. Hasta pronto...

Santo volvió con sus amigos, quienes le mostraron su apoyo. Pero, más que sentirse triste, se sentía aliviado. Los últimos días habían sido una tortura. Al final no le importaba si terminaban o no, aunque quería que ella fuera feliz, sino lo que le importaba era obtener una respuesta finalmente.

Días después, se saludaron, como si no hubiera sucedido nada. Se llevaban tan bien, como si nunca hubiera ocurrido esa ruptura, pero teniendo presente que solamente eran amigos. Platicaban, reían, se divertían, hasta que un día, de la nada, ella pasó delante de él, así que le picó la panza, a lo que ella únicamente respondió “¡Ash!”, y pasó de largo. A partir de ahí, no le dirigió la palabra a su ex novio, haciéndole caso al orgullo.

Así fue como todo terminó. Y, aunque no fue por una mala razón, sino por las enredaderas que crecen en el corazón, ella había quedado como la causante de todo. Lo que más le pesaba.

Recordar le ocasionó volver a vivir los hechos. Revivir emociones y sentimientos. Sentir nuevamente las mariposas recorriendo su ser. Sentir la decepción de sí misma.

Recordar le hizo viajar en el tiempo.

6

Al día siguiente, Margalit apresuró el paso, pensando que llegaría tarde a clase. Sabía que había quince minutos de tolerancia, pero prefería llegar a tiempo. Había dormido un poco tarde, para cumplir con todas sus tareas. Era de esas personas que necesitan dormir sus ocho horas diarias para no estar de mal humor, cosa que detestaba. Sin embargo, si era por su visita a Santo, no le importaba.

Cuando llegó al salón y empujó la puerta, éste se encontraba vacío, con las linternas apagadas. Quedó desconcertada, pero igual entró. Conectó su teléfono a la corriente, ya que había olvidado hacerlo antes de dormir. Pasados veinte minutos, cuando el aparato tuvo suficiente carga para ser encendido, se conectó a la red de Wifi, tiempo atrás había conseguido la clave de docentes, por lo que no se preocupaba por tener una navegación deficiente.

En cuanto se estableció la conexión, recibió numerosos mensajes por medio de WhatsApp. Entró a la aplicación para ver por qué tanto alboroto, y se sorprendió al ver que, en el grupo creado para la clase, Pascal avisó pasando de media noche que no se presentaría. ¿Acaso se había enterado de alguna manera que los policías acudirían a la institución, o solo era mera coincidencia? No lo sabía.

Sentada, acomodó los brazos sobre la paleta del pupitre, y recargó la cabeza.

Despertó rato después, cuando su amiga sacudió su hombro para saber cómo estaba. Ella, con el cabello cubriéndole la cara, se irguió lentamente. Saludó a la chica, le agradeció por despertarla, ya que estaba por comenzar la clase de Hernández, y debían moverse al otro salón. Se talló los ojos, le preguntó a su Lizeth, su compañera y amiga más cercana, si traía una liga extra. Una vez que la recibió, se agarró el cabello en una cola de caballo.

—¡Oye! ¡Marga! ¿Qué sucedió ayer con Pascal?

—No quiero hablar de eso...—agachó la mirada.

—Está bien, pero... ¿crees que sea la razón por la cual no se presentó hoy?

—Posiblemente sí. Y si me haces el favor, no lo menciones.

—De acuerdo... ¿y sabes cómo se encuentra tu chico?

—Mejor. Hoy regresa a casa. Será cuestión de días para que se presente nuevamente. —Notó que Liz la miraba sin decir una sola palabra, así que preguntó -: ¿Qué pasa?

—¿Eso significa que se dieron otra oportunidad?

—¡Oh! —se ruborizó al instante—. ¡Sí! Nuevamente juntos.

—¡Me alegro mucho por ti! —se lanzó sobre ella, con un fuerte abrazo.

Desconectó el teléfono, metió el cable en su mochila y avanzaron al otro salón, mientras dialogaban. Lizeth le dijo que revisó el estatus de sus mensajes en el grupo durante la noche y no aparecía que Margalit los hubiera visto, por ello decidió pasar primero a ese salón.

Una vez en el salón correcto, de poco en poco, sus compañeros llegaron, y, tras ellos, el profesor. Cerró la puerta, saludó a todos, principalmente a Margalit. Dejó su maletín en el escritorio, tomó un par de marcadores, y escribió el tema en el pintarrón “Plan de Comunicación de Crisis”, pues abordaban la unidad que trataba de Comunicación Interna y Externa.

El profesor hizo varias preguntas para diagnosticar el conocimiento de los alumnos acerca del tema en cuestión, y comenzó a explicar con una breve introducción. Mientras, los alumnos hacían

apuntes y participaban.

La clase iba bastante bien, pero, de pronto, llamaron a la puerta, cortando la atención de los alumnos, haciéndolos preguntarse por qué elementos de la policía, acompañados por Arreguin, se encontraban ahí. Una vez que llamaron a Margalit, todos la miraron con preocupación. No sabían exactamente qué sucedía, pero sabían que era debido al acontecimiento del día anterior.

Margalit se puso de pie, y avanzó. Tras ella, llamaron a Hernández también. Ambos salieron del salón, y cerraron la puerta, dejando al grupo con curiosidad.

—Señorita ¿Milet?

—¿Qué sucede?

—Ayer usted reportó a uno de sus profesores por acoso sexual. Nos dice su jefa de carrera que hicieron todo bajo los términos institucionales para no armar un alboroto, y su otro profesor aquí presente la apoyó en esto. Más tarde, en el hospital, un joven atendido por agresión y tentativa de homicidio relacionó su caso con el suyo, además, usted se encontraba ahí, e hizo la acusación ante la ley finalmente. Nuestros compañeros no pudieron acudir hoy, pero aquí estamos nosotros. Vinimos a llevar al profesor al Ministerio para interrogarlo mientras se hace la investigación, pero fuimos sorprendidos por su ausencia, y ella —apuntando a Arreguin— nos hizo saber que ella ni siquiera estaba enterada, pues el profesor no notificó su falta, ni pidió permiso. Por lo que no es tomado como simple casualidad. Así que, por ahora, usted y su profesor deben tener cuidado a donde quiera que vayan.

—¿Entonces, está comprobado que los matones que hirieron a Santo fueron enviados por el profesor?

—Su ausencia tras lo sucedido ayer, solo nos hace saber que intenta evadir las consecuencias de sus actos. Pero no se ha dado con los hombres que golpearon al joven, y mucho menos se ha demostrado complicidad alguna. Sin embargo, el hecho de haberla agredido dentro de la escuela, nos hace pensar, y muy lógicamente, qué puede hacer con mucha menos preocupación fuera de aquí.

—Entendido —habló Hernández—. Tendremos precaución, y si algo sucede, u obtenemos información útil, les llamaremos inmediatamente.

—¿Y qué hay de Santo? Los agresores lo sorprendieron a unas calles de su casa. Pueden saber dónde vive.

—No sabemos cómo notificar al joven, pero si usted puede, hágale saber el estado de la situación.

—Está bien —sacó inmediatamente su teléfono.

—Mientras acudiremos a la oficina directiva para solicitar información del profesor, así como ver las grabaciones de las cámaras.

El profesor entró nuevamente al salón para recoger sus pertenencias, decirle al grupo que continuarían con el tema al día siguiente, y que no perdieran la calma. Igual les pidió de favor que avisaran cualquier cosa que supieran de Pascal. Salió, y avanzó junto con los policías, seguidos por Margalit, quien mantenía una llamada con Santo.

Llegaron a las oficinas, se presentaron e hicieron saber la situación en la que se encontraban, pero por falta de órdenes y permisos, el director y el subdirector se negaron a la primera, sin embargo, cuando la joven les habló de lo ocurrido en el cubículo del profesor, y que por ello era un incidente institucional, ambos cedieron.

Primero se dirigieron a la oficina de vigilancia, a donde llegaban las imágenes captadas por las cámaras. Al hombre encargado, le pidieron que revisara las grabaciones del día anterior. Todas

las imágenes retrocedieron a la par, de poco en poco, hasta llegar al momento en que Margalit entraba a los baños del edificio principal —en el que se encontraban en ese momento—, y Hernández subía en busca de la jefa de la división.

Cuando todos se percataron de ello, le pidieron al sujeto que retrocediera un poco más. Y aunque Margalit se vio a ella misma cuando salía con los folders de sus compañeros, no habló, sino hasta que retrocedió hasta el momento en que salía de este edificio detrás de Pascal. Ahí le pidió al hombre que dejara de retroceder, para comenzar a ver lo que había sucedido desde un principio.

Todos pudieron ver cómo la joven siguió al profesor, sin responderle nada. Cómo caminaron junto al laboratorio de Biomédica y Ambiental, cómo avanzaron a un lado de la biblioteca, aún sin que ella abriera la boca, iba en total silencio. Vieron de frente cómo llegaban al edificio donde ocurrieron los hechos, cómo subían las escaleras, y se dirigían a las oficinas. En esa zona, la cámara solo pudo captar totalmente cuando entró al cubículo después de Pascal, ya que, por el ángulo esta, no fue posible más que grabar por un costado.

Se podía apreciar de espaldas el costado izquierdo de Margalit al avanzar por los folders, y al recoger los que se habían caído. Se podía apreciar cómo se dio vuelta, llevándose la mano derecha a la espalda —no se veía que en realidad se sobaba el trasero—. Se podía ver a Pascal delante de ella, pero no qué hacía, únicamente se veía su espalda. Se vio cómo cayó, y cómo la pierna de la chica se movía —tampoco se apreciaban las patadas—, y finalmente, cómo salió de ahí, llorando, pero avanzando con rapidez y sin detenerse.

No se explicaban cómo habiendo más gente cerca, no se pudo escuchar nada. Cómo no fue posible que alguien se acercara, aun cuando la vieron salir.

Los directivos y los policías agradecieron al encargado de vigilancia, pero éste sugirió seguir observando, para informarse de todos los movimientos de Pascal el día anterior.

—Si tienen acceso a monitorear todos los movimientos de las personas dentro de la institución, ¿no ha habido más incidentes como este? —preguntó Margalit.

—La señorita tiene razón. Para poder hacerlo necesitaríamos el permiso en la Oficina de Gobierno, pero no sería imposible —respondió uno de los policías.

—Por mi parte, colaboro con ustedes cuanto sea necesario por el bien de la comunidad estudiantil —agregó el director Salvador—, por el momento, no requiero de órdenes, aunque el protocolo así lo indique.

—Miren —les llamó el vigilante.

Se pudo observar cómo se reincorporó Pascal después de unos momentos, y, tras unos minutos sin verse en la pantalla, salió rápidamente de su cubo, cerrando la puerta sin seguro. Se le veía bastante diferente. Había dejado sus anteojos y llevaba puesta una gorra negra, que completaba su vestuario, como el de un ladrón de película. Había salido sin su mochila. Se le veía bajar por las escaleras, llegar al primer piso, salir del edificio, caminar por el estacionamiento hacia la biblioteca, y de ahí no se le vio más, hasta después de unos minutos que se vio salir un auto negro.

—No puede ser —comentó uno de los policías.

—¡Ese maldito encontró un punto ciego! —lanzó Hernández.

—Podemos obtener los datos. Aquí indica que salió faltando diez para las nueve. La labor de los vigilantes de caseta es registrar los datos de los vehículos que entran y salen. Si les indican la hora, pueden ayudarlos con el número de placa —sugirió el vigilante.

—¿Entonces, estuvo ausente la mayor parte del día anterior? —preguntó el subdirector.

—Eso parece —respondió Salvador—, pero no es su auto. Debemos revisar si volvió por el

suyo después.

—Acompáñeme entonces al estacionamiento —indicó un policía—. Mientras mi compañero solicita los datos en la caseta.

—Muy bien —respondió Salvador—. Atiende la oficina mientras —le dirigió la palabra a Gómez, su compañero de oficina.

—Los demás, cualquier cosa que pueda ser útil en la investigación, hágamoslo saber inmediatamente —ordenó el policía.

—El señor Hernández y yo podríamos dirigirnos al cubículo a revisar. Salió sin sus pertenencias, por lo que podría haber algo importante ahí —sugirió Margalit.

—Excelente idea —respondió el profesor.

—Muy bien. Entonces nos reunimos ahí en cuanto hayamos revisado el auto y los datos en la bitácora de visitas —indicó el policía—. Gracias por su colaboración —le dirigió la mirada al vigilante, para después salir de la oficina.

Todos se dirigieron hacia las áreas que acordaron revisar. Salvador y el policía dirigente encontraron el vehículo en el estacionamiento, un Honda City 2019 color rojo metálico —no podía quejarse de la vida—. Observaron a través de los cristales, pero no había nada fuera de lo normal a la vista. Comunicó a sus compañeros en la Oficina para solicitar la búsqueda de antecedentes del auto en base al número de placas. No podían forzar las cerraduras ni romper los cristales para revisar meticulosamente como hubieran querido.

El segundo policía obtuvo los datos del vehículo visitante, lo había conducido un tal Henry Cázares Tapia. La hora de entrada había sido a las ocho veinticinco. Entonces interpretó que en cuanto se estacionó esperó unos minutos para llamarle a Pascal y hacerle saber que ya había llegado. Se comunicó por radio a la Oficina para obtener información del vehículo. Además, le dijeron que, al retirarse, el sujeto no iba acompañado, por lo que intuyó que Pascal se pudo haber metido incluso en la cajuela para evitar ser detectado. Notó que había cámaras para guardar registro visual de los visitantes, difícilmente se podían ver, pero poniendo atención suficiente, se podían apreciar, por lo que pidió el favor de registrar la cinta. Al poder observarse el rostro, pidió a los vigilantes tomar captura, y se la mandaron por correo. Enseguida, desde su teléfono, la hizo llegar también a sus compañeros en la Oficina. Quizás identificarían al sujeto.

Hernández y Margalit llegaron al cubo. Empujaron la puerta cuidadosamente por si había una trampa o algo preparado para castigar a quien decidiera fisgonear, pero no. No había nada fuera de lo normal. Entraron y vieron la mochila sobre el escritorio. Parecía no haber nada raro a simple vista, pero encontraron un cubo de carga de teléfonos móviles con una pequeña cámara y un bolígrafo que también tenía una. A un lado de la mochila, estaban los anteojos y la computadora. Al revisar los anteojos —porque había salido sin ellos—, también encontraron una en el armazón. Después de varios intentos, encontraron la manera de obtener la micro SD de cada dispositivo, cada una de ciento veintiocho gigabytes.

La laptop tenía el enchufe conectado, había estado cargando. Al notar la pequeña luz indicando carga completa, desconectó el cable. Al hacerlo, la pantalla de ésta se prendió. No estaba apagada, solo había estado inactiva. Se dieron cuenta de que la configuración le había impedido bloquearse, únicamente oscurecer la pantalla.

Una vez que se activó nuevamente, sacó su de su cartera varios adaptadores para poder conectar las tres SD simultáneamente. En ese instante, llegaron los policías y Salvador para reencontrarse, como habían acordado. Todos comentaron lo que habían encontrado, pero al tener las memorias disponibles para inspección, le dieron más importancia y no demoraron más, debían

revisar el contenido.

Margalit tomó asiento, todos miraban a sus espaldas. Conectó los dispositivos a la computadora, dio clic izquierdo en Explorador de archivos, estando en Este equipo dio clic derecho sobre el primer dispositivo de almacenamiento y accedió al contenido. Había sesenta y tres archivos de video. Pulso sobre uno doble vez para reproducir y en cuanto el video comenzó a correr, podía observarse cómo alguien golpeaba a una mujer en una habitación con poca iluminación, por la complexión, sabían que no se trataba de Pascal, el policía comentó que podría ser el tal Henry. Margalit adelantó unos minutos, pero nunca se mostró el rostro del agresor. Por el ángulo de grabación, intuyó que era del cubo de carga. No miraron más de ese almacenamiento, volvió a Este equipo y dio doble clic para abrir la segunda unidad de almacenamiento. En ésta había cuarenta y ocho, dio doble clic sobre el primer video, y pudo observarse ella misma en la pantalla, su rostro lleno de miedo y desesperación, se vio la mano de Pascal sobre su pecho, y cerró el video inmediatamente, agachando la cara —le daba vergüenza verse así—. Hernández apoyó su mano derecha sobre el hombro derecho de la chica, mostrándole su apoyo. Era evidente que era la SD proveniente de los anteojos. Volvió nuevamente a Este equipo, y dio doble clic para acceder al último almacenamiento, el cual contenía cincuenta y siete videos, accionó la reproducción del primero, miraron que en un vestidor una adolescente se quitaba su ropa, se le veía desnuda, se vestía con un bañador de una pieza, intuyeron que se trataba de un balneario, un parque acuático o una playa, posiblemente donde acompañó a un grupo de alumnos.

—Ahora ya no hay lugar para dudas. Es un maldito degenerado —dijo Margalit.

—Lo que no entiendo es, ¿por qué dejar todo aquí a disposición de cualquiera que se atreviera a entrar a su cubo? —preguntó Salvador.

—Quizás pensó que nadie lo haría, o que volvería pronto —respondió un policía.

—Margalit. Retira las memorias de la computadora —indicó Hernández.

La chica había cerrado el Explorador de archivos, pero se dirigió a Íconos ocultos para expulsarlas desde ahí. Estaba a punto de pulsar sobre el ícono de unidades de almacenamiento externo, pero le llamó la atención otro de una pequeña cámara. Pulsó sobre él, y se abrió una ventana que decía “Recording now. Wireless connection”.

—¡No puede ser! —dijo Margalit.

—¿Qué sucede? —preguntó Salvador.

—Tiene conexión inalámbrica con una cámara. Se está grabando ahora mismo —respondió, volteando la mirada hacia los hombres.

—¿Qué? —lanzó Hernández.

—¿Es posible acceder a la grabación? —preguntó uno de los policías.

Tras varios clic, se abrió una ventana a pantalla completa. Se podían observar tres vistas. En realidad, no era una sola cámara, sino tres. No habrían esperado lo que acababan de descubrir.

—¡Hijo de puta! ¡Quién sabe cuánto tiempo lleva haciendo esto! ¡Puedo haber salido yo! ¡Puede haber cientos de chicas! —se expresó, llena de ira y preocupación.

—Todo apunta a que...—Hernández dejó a medias, esperando que verificaran lo que estaba pensando.

—El malnacido es un maldito acosador, voyeur, y, muy posiblemente, exportador de este contenido. ¡Demonios! —agregó Salvador.

En ese momento, los policías recibieron un comunicado por medio de sus radios. Les informaron que el vehículo de Pascal había sido comprado a la agencia directamente por él, y el auto de Henry, quien tenía antecedentes por agresión y robo, había sido comprado de manera legal hace un

par de meses a otro hombre. Con el descubrimiento de las cámaras en los sanitarios femeninos, y todos los videos en sus unidades de almacenamiento, entendieron por qué podían darse sus lujos. Vendía su material a plataformas de contenido pornográfico. Las chicas de la comunidad estudiantil estaban expuestas a nivel mundial.

Pascal no era estúpido, ni hacía cualquier movimiento sin haberlo meditado lo suficiente antes. Sin embargo, había salido de último momento hecho bolita al lado del haciendo trasero, pegado a la puerta del auto, pensando que el trabajo que estaba por realizar no le tomaría mucho tiempo. Tras haber salido del Instituto, se reincorporó lentamente para quedarse tendido en el asiento. Se quejaba reiteradamente, con las manos sobre su entrepierna. Había pasado ya media hora desde el golpe propinado por Margalit, pero sentía un dolor horrible en las bolas.

—¡Llevas todo el puto camino tocándote la verga y quejándote como perra! —comentó Henry, mirándole por el retrovisor.

—¡Cállate, pendejo! —respondió, mostrándole el dedo medio.

—¿Acaso te han dejado con las ganas?

—La estúpida me dio con la rodilla en los huevos —respondió, bajando la voz al pronunciar la última palabra.

—Te ha dejado sin aliento, jefe...

—Estaba a punto de hacerla mía. ¡Está buenísima! Esta mano —levantó su mano derecha —¡ha tocado su culo y sus tetas!

—¡Entonces no te quejes, marica! —le gustaba joderle, pero en verdad lo admiraba—. A la siguiente no debes dejar que escape.

—Pronto haré que goce —se levantaba poco a poco para sentarse.

—Quiero ser el primero en ver el video.

—¡Putra madre! Olvidé los lentes en la mesa —se llevó las manos a la nuca.

—¿Crees que necesitamos cámara?

—Si es así, con la del teléfono. ¡Ni pedo!

Llegaron a su destino. La comunidad de El Manzanillal (Colonia Enrique Ramírez), se distingue por la falta de organización de sus habitantes y la poca comunicación que hay entre ellos. Al ser algo extensa y con pocas viviendas para su longitud territorial, es un tanto difícil que se enteren de lo que acontece con sus vecinos, por lo que la tenían fácil. Henry condujo entrando por la Avenida Lago Azul hasta llegar a la calle Lago de Atecuaro, y entro por ahí. Había una casa a base de madera, que por estar a un costado del barranco que usan como drenaje, olía bastante mal. Afuera, se encontraba Ulises, el último integrante del trío.

—¡Milagro verte, perro! —saludó Pascal.

—Tuve que arreglar asuntos personales —levantó la ceja izquierda y sonrió únicamente del lado derecho.

—¡No hay pedo! Al menos tuviste tiempo para deshacerte del mocososo...

—¿Henry no te lo dijo?

—¿Decirme qué? —volteó para mirar a Henry.

—No se completó el trabajo, pero quedó inconsciente. Suficiente para que no moleste en días.

—¡Imbéciles! Espero que no recuerde sus rostros.

—Mostró resistencia —trató de justificarse.

—¡Resistencia mis huevos, cabrón!

—¡Pues tampoco salieron ilesos! —le echó en cara.

—¡Baboso! —rio ligeramente.

—¡Tampoco pudiste con la chica, jefe! —respondió, con aire triunfante.

—Ya dejen de pelear, señoritas —intervino Ulises—. Vayamos al grano.

—Adelante —dijo Pascal.

—El parásito que habita en esta casa, como pueden ver, no vive de lo mejor. Me pidió un préstamo hace tiempo, como los amigos que éramos. Alimentó a su familia mientras buscaba trabajo. Una noche nos reunimos para acordar una fecha en que me regresara el dinero. El ambiente se descontroló, apostó el resto, y aunque ganó el triple de lo que le presté, le pedí el dinero de vuelta, que me pagara exactamente lo que le presté y se retirara con el resto para mantener a su familia por otro par de meses. Le detuve del brazo y traté de convencerle para retirarse, pero el deseo fue mayor. Me dio con el codo en el cuello. Tosí por un rato, y escupí sangre. Tras recuperarme, el pobre diablo estaba llorando, lamentándose, y pidiéndome más billetes. Le dije la fecha en que quería mi dinero, que aumentaba el veinticinco por ciento debido al golpe, y que ya no me viera como un amigo, sino como enemigo. Si no quería lamentar las consecuencias, debía pagar. Ayer fue el día, y no he visto ni un centavo.

—¿Qué tienes en mente? —Pascal lo miró, esperando algo fuerte.

—Al malnacido no le importa si le hago daño, lo que le importa es su familia. ¡Vamos por su esposa y su hija!

—¿Traes armas, o algo? —preguntó Henry.

—Únicamente cinta. Para atarlo a él, pegarle los párpados con para obligarle a abrir los ojos y que presencie todo.

—¡Adelante! —indicó Pascal.

Pascal no estaba acostumbrado a utilizar la fuerza bruta ni a presenciar lo sádicos que podían llegar a ser sus compañeros, pero había excepciones. Además, tras el encuentro con Margalit y haberse esfumado su erección, necesitaba algo de adrenalina para sentirse hombre nuevamente.

Se acercaron a la puerta, y, sin tocar ni preguntar por alguien al otro lado, empezaron a tirar patadas para hacerla caer, no tardó mucho. La casa era pequeña, podía verse cómo se escondían las mujeres detrás de la estufa, mientras el hombre avanzaba ranqueando hacia ellos para tratar de negociar, pero fue recibido con un golpe en el pecho, que lo hizo caer.

—Dame —tosió—, dame unos días más.

—Cuando tuviste la oportunidad, lo perdiste todo y empeoraste todo al hacerme escupir sangre.

—Lo lamento...

Ulises le dio una patada en el estómago, y lo arrastró hasta sentarlo en una silla. Le tomó los brazos y los llevó hacia atrás, para después atarlos con cinta. Segundos después, hizo lo mismo con sus pies a las patas de la silla, y finalmente, jaló su rostro hacia arriba y al pegar sus párpados, le obligaba a mirar todo lo que sucediera.

—¡Henry! ¡Pascal! ¡Vayan por las mujeres!

—¡No! ¡Hazme todo lo que quieras, pero no las toques!

—Sé que en verdad lo lamentas, pero ya es tarde —le tapó finalmente la boca.

—¡Uy! ¡Castaña! —se expresó Henry, mientras la jalaba del cabello—. Espero que tu mujer tenga el cuerpo como tiene la cara —le dirigió la mirada a Abel.

La señora de Abel era joven, máximo de treinta y cinco. En realidad, era una mujer muy bella, mucho más de lo que hubieran esperado Pascal y Henry. Por ello, éste último la hizo caer, inclinando su cabeza hacia su zona púbica. Le jaló del cabello, haciéndole saber qué era lo que deseaba de ella. La mujer, temblorosa y con lágrimas en los ojos, comenzó a bajar la cremallera

del hombre, una vez abajo, metió la mano, y la llevó hacia afuera, sosteniendo el miembro de Henry. Ella levantó la mirada, pidiendo que por favor la dejara ir, pero recibió una bofetada. Tras causar molestia, Henry la empujó con ambas manos, haciendo que su pene chocara en el rostro de la mujer. Si no quería llevárselo a la boca, se lo frotaría en la cara hasta llenarla de fluidos.

Mientras espectaban la escena, Pascal sostenía a la hija del cuello, por la espalda. Abriéndole los ojos a la fuerza, para que presenciara la putería de su madre.

Henry no aguantó más, y llenó el rostro de la mujer de esperma. Tras ello, la levantó a jalones y la empujó contra el comedor. Su cabeza impactó con fuerza, haciendo que perdiera la noción a partir de ahí. Aprovechando esto, tomó sus brazos y los llevó hacia su espalda, le bajó los mallones, que hacían resaltar sus curvas, y la ropa interior de un jalón. Primero frotó con sus dedos hasta hacerla humedecer, y después la penetró una y otra vez. Eyaculó un par de veces sin sacar su miembro. La mujer se quejaba, o disfrutaba, no se sabía, seguía perdida. La levantó jalando de su cabello, le colocó la mano derecha en el cuello y comenzó a cortar la respiración. Tras ello, la azotó brutalmente una y otra vez contra la mesa, hasta que se vio salpicar sangre y su rostro se deformó. Fue ahí cuando se sintió en su clímax.

Tras ello, Pascal aventó a la adolescente junto a su madre, manchándose el rostro de sangre inmediatamente. Lástima que una belleza natural se perdiera de esa manera. La chica llevaba el uniforme de la preparatoria puesto, se había alistado hace unos minutos, por lo que para él fue más fácil. La azotó contra la mesa un par de veces, por lo que no tuvo que someter fuerza en sus brazos, la había debilitado. Jaló del suéter y se lo quitó de encima, jaló la blusa y le arrancó todos los botones simultáneamente, quedó semidesnuda del torso. Tomó la parte inferior de la falda y la levantó hasta la cadera. No se molestó en quitar la ropa interior, solo la estiró del resorte y la hizo a un lado.

No tardó en penetrarla, haciéndola sangrar, pero no se detuvo. Continuó una y otra vez, llenando los adentros de la chica con sus fluidos. Sacó su miembro, y se dirigió al otro hoyo. A pesar de la presión, lo metió rápidamente, llegando al fondo de la cavidad anal de la joven. Permaneció así por unos segundos, la jaló del cabello para reincorporarla, pero estaba muy débil. Así que le abrió las piernas y la levantó entre sus brazos, dando la vuelta para que Abel pudiera observar mejor a su niña siendo abusada y perdiendo su inocencia de una manera cruel y despiadada. Realmente lo lamentaba, y mucho.

Una vez que terminó sus deberes, y depositó su carga en el interior de la chica, la dejó sobre el comedor, a un costado de su madre moribunda.

—¡Putra madre! ¡Ha estado de maravilla! —exclamó Pascal.

—¡Lo ha disfrutado! —respondió Henry, dándole una nalgada a la mujer de Abel.

—Y ahora —finalmente habló Ulises—, te toca a ti.

Comenzó a golpear a Abel en el rostro, deformándolo lentamente, cubriéndolo de sangre. Tras varios minutos, uno de los globos oculares se desprendió de lo que antes fue un rostro, ahora era una masa sanguinolenta. Acto seguido, los tres lo levantaron sin liberar el cuerpo de la silla, salieron de la casa cuidando que nadie los viera, y lo arrojaron al barranco. Cuando volvieron, la chica ya no estaba sobre la mesa, y la mujer estaba en el piso, con el teléfono en la mano.

—Necesito... por favor... vengan —apenas podía hablar.

—¡Maldita zorra! —gritó Henry, pateando el teléfono al momento, el cual salió volando contra la pared, para después patear varias veces su rostro contra el piso. No había dudas de que había muerto.

Ulises y Henry se quedaron adentro de la casa, limpiarían lo máximo posible y esconderían el

cuerpo de la mujer, si la línea de emergencias había entendido algo o rastreado la llamada, llegarían en menos de una hora, así que tenían que dejar todo como si nunca hubieran estado ahí. Limpiaron la sangre con franelas y agua fría. Entretanto, Pascal salió en busca de la chica, ya que habían estado del lado derecho, al borde del barranco, se dirigió hacia la izquierda. El camino lo guiaba hacia el mismo barranco, pero más adelante. Se adentró sosteniéndose de las ramas y los troncos de los árboles, debía atraparla, si no, las consecuencias serían fatales.

Tras recibir la llamada de Margalit, Santo cerró las cortinas de todas las ventanas de su casa. No debía arriesgarse mientras Pascal estuviera suelto. Comunicó a sus padres para hacerles saber la situación y pedirles que tuvieran cuidado. Se quitó la gasa de la nariz, se enjuagó un poco con agua tibia para ablandar la costra que se le había formado encima de la herida. Se puso una sudadera morada encima de la playera negra, se dejó los shorts negros y se calzó un par de tenis negros que le cubrían los tobillos. Tomó un cubrebocas y salió, corriendo el seguro de la cerradura.

Recorrió el mismo camino por el cual había tenido el encuentro con ambos sujetos, avanzó tratando de no darle importancia, pero la escena comenzó a repetirse una y otra vez en su mente. Llegó a la esquina de Ponce de León con Codallos, tomó un taxi. Se dirigía al Instituto a encontrarse con su amada.

Al llegar a la institución educativa, subió por la entrada donde se paran las combis. Avanzó hacia el edificio principal, entró hacia las oficinas buscando a su jefa de cerrera, al no encontrarla, se quitó el cubrebocas y le llamó a Margalit, la cual le hizo saber que se encontraban todavía en el cubo de Pascal. Una vez que llegó y se sumó a la discusión, le contaron todo lo acontecido las últimas horas del día, le contaron las observaciones en las cámaras de seguridad y el hallazgo en la laptop, así como las cámaras espía en las gafas, el cubo de carga y el bolígrafo.

—Tiene un cómplice —mostró la foto desde su teléfono—. Henry Cázares.

—¡Joder! ¡Marga tenía razón! Es uno de los sujetos que me atacaron.

—¡Lo sabía! No podía ser coincidencia —respondió ella, dirigiendo la mirada a los policías.

—Muy bien. Tenemos su nombre y su número de placas. Además, el profesor tiene que volver por su auto —respondió uno de ellos.

—A estas alturas, no creo que vuelva. Buscará la manera de recuperar sus pertenencias, pero no podrá y lo sabe —dijo Salvador.

—Para continuar con esto, tendremos que trabajar juntos más de lo pensado. Así que nos presentaré a mi compañero y a mí. Yo soy Héctor González, y él —apuntó a su colega —Daniel Ornelas.

—Creí que se mantendrían anónimos. ¡Ja! —dijo Hernández, para amenizar el momento.

—Normalmente no lo hacemos por lo efímero. Pero aquí lo requeriremos para mejorar la comunicación.

—Excelente —comentó Salvador—. Ahora, pensemos en qué hacer.

—Principalmente, yo entraré a los sanitarios para ubicar las cámaras y sacarlas de ahí —respondió Margalit.

—Nosotros nos llevaremos las pertenencias y haremos llegar las fotografías a los medios para que se alerte a la población, para que tengan cuidado.

—Antes de llevarse la laptop ¿puedo revisar todos los archivos? No quiero exponerme —preguntó, con timidez, Margalit.

—Sería borrar evidencia, pero está bien. Nosotros avanzaremos hacia la oficina del director para tomar medidas sobre la comunidad estudiantil —respondió González—. Les daremos veinte minutos para revisar los videos.

—Muchas gracias —respondió Santo.

Una vez que los adultos salieron del cubo, la pareja adolescente dio clic nuevamente sobre el ícono de la cámara espía. Se abrió la ventana que mostraba las grabaciones. El sistema del programa estaba en inglés, pero explorando las opciones encontraron “Export to” y pulsaron sobre el hipervínculo. Apareció una segunda ventana, más pequeña, con opciones de páginas de contenido para adultos.

—¡No podremos checar todo en 20 minutos! —exclamó Margalith, molesta.

—Hagamos esto. Yo ingreso a través de mi teléfono y tú continúa por la compu.

—Buena idea. Mientras tanto, apagaré las cámaras. Detendré las grabaciones.

Estuvieron buscando bajo etiquetas de “voyeur” y “spy cam”. Encontraron mucho contenido, pero a juzgar por las miniaturas, no eran los sanitarios de la escuela. Finalmente, Margalit le hizo saber que había encontrado uno, que, estúpidamente, llevaba la palabra “student”.

—Entra al perfil y revisa todos los videos.

—¡Joder! ¡Tiene cuatrocientos!

—¿En qué página es y cuál es el perfil?

Tras recibir los datos, se unió a la revisión. Miraba cuadros salteados del video, dejando pulsado sobre las miniaturas, hasta que reconoció un rostro.

—Tienes que ver esto...

—Dame el teléfono —extendió la mano.

—Toma —se lo pasó.

—¡No puede ser! ¡Lizeth! ¡Tiene más de mil reproducciones!

—Maldito Pascal —dijo Santo, lleno de enojo. Tras ello, tomó la computadora para continuar con la observación.

—Santo... También aparezo yo. Con más de quinientas mil reproducciones...—agachó la cara.

—Déjame ver —le tomó el teléfono.

—No mires. Por favor —le pidió, con la voz quebrada, sin levantar la vista.

—Margalit —la tomó del mentón—, independientemente de lo que mire, te amo por lo que conozco de ti. Ella no respondió.

Santo dio play para comenzar la reproducción del video. Pudo ver el rostro de su chica, su cabellera castaña. Llevaba shorst de mezclilla —de las pocas veces que usa—, zapatos blancos de tacón bajo, y una blusa amarilla con blanco. Entró al cubo del baño, corrió el pestillo. Levantó la blusa un poco, sacó el botón del ojal y bajó el cierre, se dio la vuelta, sujetó los shorts de ambos costados, y los deslizó por sus piernas hasta llegar un poco más debajo de las rodillas, junto con la ropa interior, se inclinó dejando ver sus zonas íntimas, las cuales se apreciaban a detalle, y se sentó.

—¿Estás contento? —preguntó, molesta y herida, sin levantar la mirada.

—Marga —se acercó a ella—, no importa lo que acabo de ver. Te quiero por quién eres —le dio un beso, finalmente. Pudo sentir su calor, para segundos después, percibir el sabor de sus lágrimas.

—Yo...

—No es porque hayas visto mis zonas íntimas. Sino porque te sumas a ello. Te hace parte de los degenerados que han visto el video. Solo como carne fresca...

—La diferencia, es que yo te amo. Ellos te miran como objeto sexual, con morbo. Hay que reportar el video, también el de Lizeth...

—¡Joder! También la miraste a ella...

—¡Margalit! Yo no soy el problema aquí. No te dejes llevar. Merezco castigo, pero no hay que alejarnos de lo principal.

—Está bien —se puso de pie sin mirar a Santo—. Iré por las cámaras a los sanitarios.

—Te veo en el edificio principal —respondió, al mismo tiempo que tomaba la laptop.

Margalit salió primero, sin escuchar a totalidad las palabras de su novio. El avanzó después de unos segundos, cerrando la puerta del cubículo.

Se reencontraron en la oficina directiva. Los oficiales agradecieron el hecho de que Margalit y Santo no tuvieran que recurrir a manipular la evidencia de las unidades de almacenamiento. Mantenían la laptop desbloqueada y cargada para no perder el acceso a sus archivos. Asimismo, tenían ya los artículos con las cámaras espía en su poder, como las que se habían encontrado en los sanitarios femeninos, Margalit les tomó foto y grabó video mientras las desinstalaba del lugar en donde habían estado —como eran demasiado pequeñas, se demoró en ubicarlas, pero finalmente lo hizo, reconociendo las lentes de éstas—, después les informó del material subido a las plataformas de Internet. Ornelas apuntó las páginas revisadas en una libreta donde llevaban haciendo notas sobre el caso, por obvias razones no las revisarían ahí.

Salvador pidió a todos discreción. Lo que sucedía se quedaba entre las personas que se encontraban en ese momento dentro de la oficina, no querían alarmar a nadie, por ello serían cuidadosos al publicar las imágenes de los sospechosos en los telediarios.

—Jóvenes —habló Salvador, una vez que los oficiales salieron de la oficina—, sigan asistiendo a clases. Su jefa de carrera y yo encontraremos un docente sustituto para que concluyan la clase que les imparte Pascal. De momento, avísenles a sus compañeros que esta semana no lleguen a esa hora.

—Muy bien. Gracias —respondió Margalit con seriedad.

—A ustedes. Tengan cuidado.

Margalit llegó a casa. Sus padres se encontraban trabajando, por lo que tenía la casa sola para ella un par de horas. Aunque su estómago gruñía pidiendo alimento, no quería probar nada. Subió las escaleras, se dirigió a su habitación, dejó la mochila colgada en un perchero, se quitó la sudadera, después la blusa, se sentó en una esquina de la cama, desabrochó el par de tenis, para después sacar los pies de ellos, se quitó el pantalón, y se puso de pie.

Se miró frente al espejo. No sabía qué tenía ella de especial como para ser el centro de atención del psicópata que andaba suelto. Palpó con suavidad su pecho derecho, todavía dolía, y la marca todavía no desaparecía. Tomó una foto, y la recortó, de manera que solo se viera el moretón en su pecho y su rostro, por si se necesitaba evidencia de lo sucedido.

Dejó caer sus prendas íntimas, y avanzó desnuda por el pasillo, hacia el baño. Abrió la regadera y se metió bajo ella, para tomar un baño con agua fría. Levantó el rostro, para sentir la frescura, tratar de centrarse en ello, y sacar de su mente cosas que no le hacían nada de bien, pero no funcionó. Pensó en el ataque en el cubículo, y se llevó nuevamente la mano sobre el pecho, pensó en que miles de personas alrededor del mundo habían visto su vagina y su culo abiertos mientras orinaba, y lo peor es que se mostraba su rostro perfectamente. Pensó en Santo y su traición, ella podría llegar a mostrarle en algún momento su cuerpo porque le amaba, pero le dolía, le quemaba, le decepcionaba, que él hubiera preferido ver el video, mirar aun cuando ella le pidió que no lo hiciera.

Su respiración comenzó a agitarse, y le entró agua por la nariz, causándole tos. Se dejó caer en el piso, rodeó sus piernas con los brazos, y apoyó su cabeza entre sus rodillas. Era un golpe duro: volver a recuperar el contacto, la conexión y la confianza con Santo, como para terminar rápidamente, porque no podía seguir con él tras lo sucedido. No soportaría que le declarara su

amor, mientras en su mente pensara en sus zonas íntimas.

Tras salir de la oficina de Salvador, ambos caminaron por los pasillos del edificio, bajaron las escaleras, y salieron al patio principal. Santo le pedía que se detuviera, pero ella no le hacía caso, no quería conversar con él. Él hablaba, pidiéndole al menos una palabra o responder sacudiendo la cabeza, pero ella no mostró interés. Llegaron al salón de la clase que les correspondía, pero como él no había llevado mochila, no iba a entrar. Se detuvieron delante de la puerta, ella se giró para mirarlo fijamente, en sus ojos ya no había ese brillo, algo se había apagado, algo se había quebrado dentro de ella.

—Marga...—intentó acercarse para darle un abrazo.

—¡No Santo!

—¡Oye! ¿Es por lo del video?

—¡Sacar ese maldito video de tu cabeza!

En ese momento, todos sus compañeros voltearon a mirarlos.

—¿Estás bien? —preguntó Lizeth, tras acercarse a ella.

—¡Hola Liz! —saludó Santo.

—Pero ¿qué te ha pasado? —preguntó, tras ver su rostro.

—¡Aléjate de él! —le sugirió a su amiga, jalándola de un brazo.

—¿Qué sucede? —preguntó, alterada.

—Es mejor que no sepas —la tomó de la mano, y entró al salón junto con ella, dejando solo a Santo.

—¡Te veo después! —gritó él, pero ella no le puso atención. Después de unos segundos, se retiró.

—¡Margalit! ¿Qué está sucediendo? —preguntó su amiga, sin entender nada.

—Yo... no puedo decirte. Lo siento —apoyó su frente sobre la de su amiga, mirándola a los ojos—. Pero todo estará mejor.

—Está bien. Confío en ti...

—Gracias...

Había recibido llamadas y mensajes de Santo, pero los ignoró. Activó el modo avión de su teléfono y avanzó hacia la entrada, para tomar el transporte y dirigirse a casa.

Él no era el problema, pero a falta de la presencia de Pascal, entendía que la ira de Margalit se centrara en él. Claro que había cometido un error observando el video cuando ella le pidió que no lo hiciera, traicionó su confianza. Siempre había pensado que era una mierda de persona y que quizás por ello habían terminado, pero ahora lo verificaba. ¿qué diferencia había entre Pascal y él? Ambos eran unos malditos degenerados.

Estaba jodido. ¡Tanto esperar para cagarla así de grande! ¡Qué estúpido era!

La esperó por el estacionamiento, le había mandado mensajes, y, como no obtenía respuesta, le llamó un par de veces. Pensó que tal vez podría llegar, pero 40 minutos después de la última clase, se dio cuenta de que no lo haría, y decidió irse. Más tarde pasaría a verla a su casa.

Bajó del transporte en el centro de la ciudad, caminó un par de calles con las auriculares puestos. Iba tan distraído que no prestaba atención al entorno. Cuando se aproximaba a su casa, vio un par de vehículos de la policía estacionados, y se apresuró para llegar a su hogar. Los oficiales solo le hicieron saber que pasaban a ver si no había actividad sospechosa, si la familia se encontraba bien. Tras arreglar el asunto, los policías se fueron del lugar.

Comió. Tomó un baño. Durmió un poco. Esperó a que su madre llegara, para salir a casa de Margalit sin que estuvieran preocupados sin saber dónde se encontraba. No quería aterrorizar a

nadie nuevamente.

—Madre. Iré a ver a Margalit. Te estaba esperando para que no te quedes con el pendiente —le hizo saber una vez que ésta se presentó en casa.

—Cuidate mucho, por favor. Ya ves cómo están las cosas allá afuera, y tu rostro no ha mejorado —se acercó. Tomó las mejillas de Santo, y las acarició con los pulgares—. Vuelve temprano.

—Sí. No te preocupes. Avísale a papá. Más tarde vuelvo —se separó de su madre, y salió de casa.

Llamó a Margalit, pero lo mandó directamente a buzón. No había intentado llamarle nuevamente desde la escuela, por lo que comenzó a preocuparse pensando que podría haberle sucedido algo. Volvió a llamar un par de veces, pero no obtenía respuesta. Así que apresuró el paso: avanzó por Antonio de Ibarra para girar a la derecha en la esquina con Codallos, esperó unos segundos a que los autos le dieran paso por Terán, y continuó caminando por Federico Tena, al llegar al entronque cruzó el Libramiento sin mirar el semáforo, por lo que un auto pasó a centímetros de él para después gritarle “¡Hijo de tu chingada madre! ¡Fíjate bien!”, no le dio importancia y continuó su camino. Entró por Jaime Nunó y al llegar a la esquina volvió a llamarle a Margalit, pero seguía sin haber respuesta. Caminó subiendo la cuesta por Oaxaca para girar a la derecha y entrar por Guanajuato, dejando atrás la Parroquia del Sagrado Corazón de Jesús para llegar a Sinaloa y parar diez casas antes de dar en la esquina con Michoacán.

La calle estaba solitaria. Él estaba demasiado agitado y sudando, era de caminar rápido, pero cuando se apresuraba demás, sentía que ardía, además de que se quemaban los músculos de sus piernas, y eso era peor con el calor que hacía, estaban a un par de meses de la llegada del verano. Se sentó en la acera enfrente de la casa de Margalit, para descansar un poco y estar refugiado en la sombra. Sacó el teléfono de su bolsillo para llamarle nuevamente, pero no fue necesario. Pudo apreciar que la puerta principal de la casa de Margalit se encontraba abierta, así que se puso de pie y se acercó. Corrió el pestillo de la puerta del jardín y entró en él. Lo cruzó para llegar a la puerta de la casa.

—¿¡Hola?! ¿¡Hay alguien?! —preguntó, tras abrir un poco más la puerta—. ¿¡Margalit?! —al no obtener respuesta, decidió entrar a revisar si había algo fuera de lo normal.

Caminó lentamente para evitar hacer ruido. Recorrió la sala y pasó a la cocina, todo estaba bien. Se acercó a otra puerta y giró con suavidad el pomo, era el almacén de utensilios de limpieza, no había nada raro. Repitió lo mismo con la puerta debajo de las escaleras, era el baño, y no había nadie en él.

Ya había revisado el primer piso, y todo estaba en orden. Así que subiría por la escalera hacia el segundo piso.

Había avanzado varios peldaños, y en ese momento, se escuchó la puerta de la entrada chocar con fuerza. Se asustó, pero observó que las cortinas de las ventanas se levantaron, y comprendió que fue el viento. Siguió subiendo, hasta llegar a su destino. Caminó lentamente para evitar hacer ruido, aunque de nada le serviría porque el causado por la fuerza del viento ya habría alarmado a quien se encontrara ahí —si es que se encontraba—.

Margalit escuchó un ruido y se alertó. En realidad, no recordaba que había entrado con ganas de desaparecer del mundo, que ni siquiera se dio cuenta de que dejó la puerta abierta. Se puso de pie, cerró la regadera y tomó una toalla para secar su cabello y su cuerpo, y cubrirse con ella. Abrió la puerta cuidadosamente. Avanzó hacia las escaleras y bajó al primer piso, iba descalza, por lo que no se preocupaba en aligerar el paso.

Llegó a la sala. Deambuló revisando que todo estuviera bien, y pasó a la cocina, no había nada

extraño. Se acercó a la puerta, y la abrió con suavidad. Vio que el aire empujaba la puerta del jardín y se quedó pensando si al llegar había cerrado ambas puertas, porque, de no ser así, a eso se debía el ruido que había escuchado. Caminó a través del jardín para cerrar la puerta, y un muchacho que iba pasando la saludó, sin dejar de mirarla, pues, aunque Margalit iba cubierta, no dejaba mucho a la imaginación. Cruzó nuevamente el jardín, entró a la casa y cerró la puerta. Se había manchado los pies de tierra, pero no importaba, total, volvería a entrar a la regadera.

Dejó varias manchas de tierra en la sala y en la escalera, pero se dijo a sí misma que limpiaría una vez que terminara de afeitarse. Avanzó hacia el baño. Aunque quería continuar con su momento de relajación, solo entró a limpiarse los pies. Estuvo por un par de minutos enjabonando y enjuagando. Se secó nuevamente, y salió del baño. Avanzó hacia su habitación.

Una vez que Santo subió al segundo piso, caminó silenciosamente. Pensaba repetir lo mismo de abajo, pero al ver la habitación de Margalit abierta, avanzó hacia ésta. Miró la mochila y la ropa. Caminó lentamente, ya estaba donde quería, pero aun así prefería no hacer ruido. Pudo ver el teléfono de Margalit en la orilla de la cama, y se acercó a él. Lo tomó y pulsó el botón de bloqueó, para llevarse la sorpresa de que el modo avión estaba activo. Se sentó un momento, llevándose la mano izquierda a la frente, mientras con la derecha sostenía el teléfono. Ahora se daba cuenta que estaba donde no lo querían.

Tras un par de minutos que se tomó para respirar el olor de la habitación de Margalit, para llevárselo con él, porque era claro que no estaría cerca de ella por un tiempo, hasta que se le pasara el enojo, se puso de pie y se giró hacia la puerta, para irse.

—¡Aaaaaaaah! —gritó Margalit, levantando las manos, olvidándose momentáneamente de sostener la toalla, dejándola caer, dejando su cuerpo al descubierto.

—¡Su puta madre! —gritó Santo, levantando la vista y echándose para atrás. Sintió sofocarse, y su cuerpo comenzó a temblar por la inesperada sorpresa.

—¡Debí imaginar que se trataba de ti! ¡Estúpido! —dijo, llevándose la mano izquierda sobre los pechos, y la derecha a su zona púbica, para cubrir su cuerpo.

—Marga, espera. Yo...

—¡Lárgate inmediatamente!

—Espera. Espera. Solo quería...

—¿Querías quitarte las ganas? Imbécil. Si es lo que quieres, aquí me tienes —se llevó las manos a la cadera, dejando mostrar su desnudez—. Ya me has visto. ¡Lárgate y no vuelvas a acercarte a mí! —dijo, señalando la puerta.

—Marga, yo —miraba sus curvas de pies a cabeza-, vine porque no entraban las llamadas y me preocupé. Acabo de ver que tienes el modo avión activado, y pues me alarmé por nada.

—¡Ay! Perdona —dijo, sonrojándose—. ¿Puedes salir un momento mientras me cubro con algo?

—No te preocupes. Con eso comprendí que no me quieres cerca ni en contacto. Ya estaba por irme.

—Dame tiempo. Solo dime, ¿cómo entraste?

—La puerta del jardín la abrí cuando me di cuenta que la principal estaba abierta. Entré porque me dio miedo que no respondieras las llamadas porque alguien había entrado y te había hecho algo. Perdón —dijo, mirando sus ojos.

—No, no. He sido olvidadiza.

—Así como ahora —extendió su palma, bajándola lentamente, haciéndole saber a Margalit que seguía sin ropa.

—Disculpa —caminó hacia su closet y tomó un vestido azul marino con flores que le llegaba un

poco más arriba de las rodillas, el escote ofrecía una gran vista de sus firmes pechos, pero ya no completamente al descubierto—. Tengo muchas cosas en la cabeza, no quiero tratarte mal.

—Tranquila, ya me voy... Cuídate —se dirigió a las escaleras para bajar y marcharse de ahí.

—Avísales que no lleguen a la primera hora. Yo seguiré con el teléfono inactivo. No iré un par de días a la escuela, y menos quiero que me hagan preguntas —caminaba tras él.

—No te preocupes, yo les comento. Descansa y despeja tu mente —abrió la puerta y salió, cruzando el jardín, abrió la puerta de éste, la cruzó, y al correr el pestillo, se dio cuenta de que ella seguía observándole desde la entrada principal, así que agregó—: Brillas más que el Sol, y ese vestido te viene muy bien. Nos vemos, preciosa —no esperaba respuesta, así que dio la vuelta y comenzó su recorrido de regreso a casa.

Margalit no pudo evitar sonreír. Cerró la puerta y subió a su habitación. Se miró al espejo y vio que era verdad, el vestido le iba muy bien. Hacía ver lo hermosas que eran sus piernas y levantaba su busto. También notó que seguía descalza, y recordó que debía limpiar las huellas que había dejado anteriormente, así que ya tendría con qué distraer su mente.

Así transcurrió el resto de la semana.

Margalit se quedó en casa, sin importarle si sus inasistencias podrían afectar en sus calificaciones, pero tras lo sucedido los últimos días no estaba lista para enfrentarse con el mundo de afuera, se le vendría encima una oleada de emociones que no soportaría. Seguía sin utilizar su teléfono, no se molestaba ni siquiera en cargar la batería. Utilizaba su laptop para entrar al correo grupal y enterarse de las tareas y actividades a realizar para cumplir por lo menos con entregarlas.

Sus padres salían a trabajar temprano, y tenía la casa para ella sola hasta las tres de la tarde. Su forma más usada de perder tiempo era pensando bajo la regadera, aunque también se acostaba sobre la alfombra de la sala a mirar el techo, observaba por la ventana el límite del horizonte, y se sentaba sobre su cama a leer algunos libros que tiempo atrás Santo le había regalado, y estaba por comenzar uno que Lizeth le había prestado, “Sadie” de Andrea Ramos, cuando escuchó el timbre sonar.

“Más tarde será”, pensó. Devolvió el libro al mueble donde lo tenía, y bajó a abrir la puerta.

—¡Liz! ¡Qué alegría verte! Pasa.

—Con permiso...

—Estás en tu casa —tras ello, cerró la puerta.

—¿Cómo has estado? —se lanzó sobre ella, abrazándola.

—Todo bien. Solo que, no quiero causarme una tormenta en un vaso de agua —tras el abrazo, se sentaron en el sofá.

—Entonces...—hizo una mueca extraña, entre inseguridad y vergüenza.

—¿Qué sucede? —preguntó, intrigada.

—No has visto las noticias, ¿verdad?

—He estado desconectada de todo.

—Espera unos segundos —sacó su teléfono de su mochila y comenzó a pulsar la pantalla. Tras unos segundos le pasó el aparato a Margalit.

Profesor Buscado Por Delitos De Carácter Sexual

El presunto culpable, identificado como Pascal H. Simmons, escapó tras acusársele de agredir sexualmente a una de sus alumnas.

Durante la investigación llevada a cabo en las instalaciones del Instituto Tecnológico Superior de Pátzcuaro, se descubrió material incriminatorio entre sus pertenencias, el cual tiene en su poder el departamento de Seguridad Pública para posterior revisión y reporte en las plataformas de contenido pornográfico donde fue cargado.

Además, se ha identificado a un cómplice, Henry Cázares Tapia, quien tiene antecedentes por agresión y robo a mano armada.

Se desconoce su paradero, por si los ven, no duden en reportarlos a los números de emergencia. Seguiremos informando.

Tras leerlo, Margalit le devolvió el teléfono a Liz, con la mirada perdida. Los oficiales en la oficina de Salvador habían dicho que no revelarían nada de lo sucedido, más que se le buscaba. Habían acordado en no alarmar a nadie, pero hicieron exactamente lo contrario.

—No hay que ser muy inteligente para darse cuenta que la agredida fuiste tú, Marga. El día que

regresaste tarde a clase con el maquillaje corrido...

—Liz, yo...

—Si necesitas un hombro para llorar, aquí estoy. Desahógate, y, si quieres, cuéntame todo lo sucedido.

—Es difícil. Es justamente lo que no quería enfrentar allá afuera.

—Tienes qué. No puedes permanecer así para siempre.

—No sé qué haría sin ti.

—Estar con Santo —le ofreció una sonrisa sincera, pero al ver que Margalit agachaba la cara, la borró de su rostro—. ¿Ha sucedido algo con él?

—Si quieres que te lo cuente todo, subamos a mi habitación.

—Te sigo.

Margalit tomó su mano y subió primero, sin soltar a su amiga. Llegaron al segundo piso y la guio hasta su pequeño espacio apacible.

—Siéntate —le señaló la cama.

—Claro. Pero pásame tu teléfono —tras tomar asiento, extendió la mano para recibirlo.

—Está muerto. Toma —se lo pasó. Ella seguía en pie.

—Pues comenzaremos por esto. Debes conectarte de nuevo con el mundo que te rodea.

—No sé si es lo que quiero.

—Tranquila, pequeña —en realidad no era tan pequeña, solo cinco centímetros más baja que ella, que medía uno sesenta y siete—, yo te daré la mano para caminar, como lo hemos hecho hace un momento.

—Te lo agradezco mucho. Y disculpa que me quite la sudadera, me he sentido acalorada con este asunto a flote.

—No te preocupes. Mientras no me las restriegues en la cara, todo bien —ambas rieron.

Tras contarle lo sucedido hasta el momento en que regresó llorando a clase, Liz mostraba tristeza en su rostro, por lo que no se decidía a informarle sobre los videos en los que ellas aparecían, pero tenía que hacerlo, para que su amiga también tuviera el cuidado necesario, así que continuó.

—Liz, préstame tu teléfono nuevamente —extendió la mano.

—Claro. Toma —se lo dio.

—Verás, en el artículo noticiero se habla de que se encontró material en las pertenencias de Pascal —miró a los ojos a su amiga.

—Aaah sí —dijo, confusa, sosteniendo la mirada.

—Pues fui yo quien encontró ese material —Liz no dijo nada, así que ella prosiguió—. Tú y yo aparecemos.

—¿Qué dices? —preguntó, con la mirada triste y alarmada.

—Toma. Mira por ti misma —le devolvió el teléfono, cargando para la reproducción del video.

—¡No puede ser! ¡Y tiene doscientas mil visitas!

—¿Qué? ¡Cuando yo lo vi solo tenía poco más de mil! Quizás la noticia ha aumentado el morbo y ha puesto a las personas a buscar.

—¡Es una putada!

—Sí, pero a ti no se te nota tanto la cara como a mí. ¡Yo sí estoy jodida!

—No importa si se ve mucho o poco, nos exponen con las piernas abiertas, violando nuestra privacidad.

—Bueno, en eso tienes toda la razón.

—Y... ¿puedo ver el tuyo?

Tras varios minutos, luego de que Liz reprodujera el video, ambas guardaron silencio por unos segundos.

—No se deja nada a la imaginación.

—¿Cómo dices? —preguntó extrañada.

—Solo digo que... se mira bastante bien —agachó la mirada, sonrojada.

—Yo... no sé qué decir —agachó la mirada también.

—Dime, ¿por qué no me lo habías dicho? —tomó su mano.

—Esperaba que los videos fueran eliminados antes de que te dieras cuenta. Perdón. No quería darte preocupaciones.

—Lo entiendo, y te agradezco por tratar de mantenerme al margen, pero debemos de encontrar una solución.

—No pienso ni quiero meterte en esto —le sostuvo la mano con las dos suyas, y la miró a los ojos—. Prométeme que no harás nada al respecto si no es conmigo. Por favor.

—Claro —sonrió—. Te lo prometo, pequeña.

—Eres muy importante y no quiero que te pase nada malo. En verdad, no sé qué haría sin ti —la tomó de la nuca y la acercó hacia ella, inclinándola un poco, para besar su frente.

—Cierto. A todo esto, ¿qué ha sucedido con Santo? —preguntó, levantando la mirada para cruzarla con la de Margalit.

—Traicionó mi confianza. Primero vio tu video, él lo encontró, después...

—Por eso me apartaste de él cuando me acerqué a saludarlo.

—Así es.

—Prosigue. Perdón por interrumpir...

—Después, cuando yo encontré el mío, aunque le pedí que no lo viera, tomó el teléfono de mi mano, y aun así lo vio. Entiendo que el tuyo lo haya visto sin esperar que fueras tú, y fue de gran ayuda, pero el mío, fue como caer a sus instintos más bajos y romper lo que estábamos reconstruyendo. Fue como verme simplemente como un trozo de carne fresca, sin importarle mi sentir.

—Ven para acá —extendió los brazos para recibirla entre ellos, demostrándole su apoyo y afecto.

—Y luego de muy estúpida —continuó hablando sobre el hombro de Liz —me mostré desnuda ante él cuando vino después de ese último día. Escuché ruidos y después lo descubrí aquí, pensando que entró forzando la cerradura, para no quedarse con las ganas y ver todo por completo. Enfurecí y por impulso le mostré demás, para que así se fuera finalmente. Pero, al parecer, yo dejé la puerta abierta y él entró tras venir a verme porque recién había activado el modo avión, preocupado, pensando que algo malo pudo pasarme. Quedamos bien y entendió mis intenciones de terminar con él, así que me dio tiempo, y se fue.

—Mi querida Marga. Todo estará bien.

—Más estúpida no puedo ser —soltó un par de lágrimas.

—Todo mejorará, pequeña. Y no eres una tonta ni nada parecido. Las cosas van como van y vienen como vienen.

El abrazo duró un par de minutos más, mientras Margalit recuperaba ánimo y confianza consigo misma para reconectarse con el entorno, tras ello, Liz sugirió indagar más sobre Pascal, descubrir quién era este hombre tan poca madre al que los últimos meses habían llamado profesor.

Tras buscar el nombre en Google, los llevó a varias páginas, destacando un blog en el cual se

abrió un gran hilo de información sobre las instituciones en donde había desempeñado la profesión de docente, junto con algunos casos rumoreados y otros confirmados, sobre falta de ética profesional.

En la lista aparecía la UMSNH, donde se le adjudicaba el haber ido a la casa de renta de uno de sus alumnos para embriagarse, pactando una trampa para ponerle las manos encima a una de las chicas mientras el resto de los jóvenes salía por más bebida. Cuando la chica lo acusó, se le dio de baja y se le reembolsó el pago de la colegiatura.

En el ITSU, se le había reportado por no haber elaborado examen para calificación de la última unidad, sino otorgando esta con la asistencia a una tarde de convivio. Llamó de uno a uno a los alumnos a entrar a una habitación pequeña donde se encontraba bebiendo. Cuando una chica pasó, los compañeros cerraron la puerta. Después de pocos segundos, la chica salió molesta, y el profesor se levantó cubierto de la bebida. Se repitió el final, se le dio de baja a la alumna y se le reembolsó el pago de colegiatura.

En la UIIM se le había reportado por espiar a las chicas en las regaderas femeninas. Según, durante un viaje de prácticas, se le vio subir a la azotea del edificio para mirar por la ventanilla a las chicas mientras se duchaban. El final, tres chicas dadas de baja con el reembolso de la colegiatura.

En la UPM se le reportó, además, por docentes, que fueron testigos del hecho, el haber introducido alguna sustancia en una bebida que posteriormente le ofreció a una de sus alumnas, mientras se realizaba un evento para festejar el día del abogado. La había cargado entre sus hombros y llevado a un almacén, para tratar de abusar de ella, siendo interrumpido por dichos docentes. Al final, tres docentes despedidos y vetados para volver a laborar ahí, además de la chica dada de baja con el reembolso de la colegiatura.

Todas las historias concordaban en algo, tenía el suficiente poder para amenazar a los directores de dichas instituciones y correr a personas inocentes en lugar de manchar su nombre, o había personas con más poder que él que le ayudaban a mantenerse fuera de escándalos, pero finalmente podría obtener lo que merecía, ser atrapado y para pudrirse tras las rejas.

Pero, ¿dónde demonios estaba?

Aunque Margalit pensó que Santo comenzaría a asistir a clases nuevamente después del último día de verlo, no había sido así. Al revisar nuevamente su teléfono, se dio cuenta de que por medio de WhatsApp pedía que siguieran cargando las tareas en el correo grupal. No tenía mensajes de él, más que los de ese día, junto con las llamadas perdidas, no había querido preguntarle de ello a Lizeth, así que esperó a que se fuera para entrar a ver en la aplicación. Su última conexión había sido de dos días antes, pero pensó que sería normal, ya que la herida de su nariz no debía de exponerse a la luz solar para cicatrizar sin complicaciones.

Al ingresar nuevamente a Facebook se dio cuenta, por medio de un artículo noticioso, de que, en una comunidad perteneciente a Pátzcuaro, El Manzanilla, una pareja había sido asesinada cruelmente, mientras la hija estaba desaparecida. La hija había logrado escapar, la dueña de una tienda de abarrotes la vio acercarse, y alarmó a sus familiares y a los vecinos al salir gritando, pidiendo que le llevaran un suéter, ya que la chica corría desnuda de la cintura para arriba. Ella contó lo sucedido como le fue posible, entre lágrimas. Le habían dado con qué cubrirse, y llamaron a la policía inmediatamente, para volver a repetirle los hechos. Una vez que la chica les indicó la dirección, llegaron, encontrando la puerta sobrepuesta, ya que había sido derribada, entraron y encontraron un poco desordenadas la mesa y las sillas, pero nada más, hasta que un oficial observó con atención y notó una pequeña mancha de sangre en el piso, entonces informaron a sus compañeros y solicitaron más personal para ayudarles con la búsqueda.

Inicialmente buscaron dentro de la casa, sin obtener más hallazgos, hasta que se reunieron fuera de la casa para acordar sus acciones y dar información de las personas desaparecidas, por si se les veía, se comunicaran inmediatamente con las autoridades, pero de momento no hizo falta. A todos se les exigió prestar atención a todo detalle, y fue por ello que lograron ver sangre sobre el pasto. Siguieron el camino de migas de pan sangrientas, hasta encontrar el cuerpo de Abel, cubierto de excreción humana, a causa del drenaje, aun así se llevaron a cabo las acciones necesarias para recuperar el cuerpo y posteriormente hacer la necropsia.

De la mujer no hubo rastros, pero la chica había dicho que la vio viva por última vez, que fue ella quien la empujó a la salida para que pudiera escapar. Por esta razón, sin más pistas, a ella la declararon como desaparecida. Se interrogó a la joven, y se le hicieron estudios tras haber mencionado las violaciones a su madre y a ella.

Reuniendo más información, se detuvieron cuando notaron la unión de los hechos con la desaparición de Pascal, tan solo había sucedido una hora después de su última vista en el Instituto, aunado a su búsqueda por crímenes de carácter sexual, se le tomó como principal sospechoso, y se sabía que había salido acompañado de otro hombre. Creían conocer las identidades de los agresores, sin embargo, cuando la chica mencionó que eran tres hombres, se dieron cuenta de que había un desconocido más por ahí causando su desmadre.

Margalit dio un puñetazo, molesta, sobre la cama tras leer que la policía no midió la información pública y dio a conocer donde se encontraba la joven. Tras los interrogatorios y los estudios, fue transportada en una patrulla a la casa de los familiares más cercanos a ella —en cuanto a distancia—. No supieron más de ella mientras seguían tratando de encontrar a la madre, únicamente preguntaban por teléfono a los familiares si todo estaba bien, y ellos respondían

indiferentemente que sí. Un día después, desapareció, la habían mandado a realizar las compras, y no regresó.

El cuerpo de la madre fue encontrado a orillas del lago, cerca del Muelle de San Pedrito, cuando un campesino se movía con su ganado para que los animales se alimentaran. La policía acudió lo más rápido posible, y fue cuando se actualizó su estado a muerta, y la hija sin ser vista todavía.

Margalit seguía en su postura de no relacionarse afectivamente con Santo, pero esta noticia la alertó. No quería llamar, esperaba que se decidiera a asistir a clases al día siguiente, para saber siquiera que se encontraba bien, fuera del peligro, pues estaban dentro de la misma enredadera.

Al volver a la escuela, desde el primer momento, sintió una tensión sofocante en la atmósfera estudiantil, principalmente porque sus compañeros de grupo no dejaban de mirarla sin discreción. Ella los conocía, sabía que podían ser geniales y estar para los demás cuando fuera necesario, pero también sabía que, como todos, tenían su lado malo, su lado deplorable, la asquerosidad de ver el sexo como una necesidad, como si fuera todo lo importante en el universo, como si tu vida sexual te definiera como persona, alardeando de lo que conocían y lo que no, de lo que les había tocado vivir, y lo que todavía fantaseaban, hablando de más solo para dar una imagen de la hombría que quieren que vean en ellos, a falta de cualidades para admirar. Sabía que, por esa parte, debía de ser cuidadosa.

El último día, antes de su ausencia, había llevado ropa un poco holgada y gruesa, para sentirse segura, protegida, pero, tras la visita de Lizeth, había decidido dejar eso de lado, no darle peso, así que salió con unos leggins imitación de mezclilla, unas sandalias negras de plataforma plana con tacón plano, que cubrían sus dedos, luciendo un pequeño moño, dejando ver únicamente sus uñas pintadas de negro, y cubrían su talón, sujetas a los tobillos por los broches de las correas, en conjunto con una blusa rosada de manga larga con un estampado sobre el torso diciendo “It’s me”, que hacía muy notables sus curvas. Había decidido ir como siempre, sintiéndose bien consigo misma.

—¡Marga! ¡Luces tan hermosa! —saludó Lizeth al llegar al salón.

—Lamentablemente elegí mal. No me quitan la mirada de encima —miró de reojo a sus compañeros, para después abrazar a Lizeth—. Como sea... Muchas gracias, nena, tú también te ves reluciente como siempre – ella vestía una blusa negra con incrustaciones plateadas brillantes formando una “flecha” que apuntaba hacia abajo, de manga larga, un short de mezclilla que apenas le cubría el trasero y poco más, sobre unas medias negras, y unos botines negros de piel vacuno.

—Pero jamás me aproximaría a tu belleza —le susurró, para después terminar con el abrazo y sentarse juntas al fondo del salón.

El profesor sustituto llegó un par de minutos después, y lo primero que hizo fue sacar su computadora para comenzar a pasar lista. Cuando llegó el turno de Margalit, se sobresaltó, pues había faltado tres días, y, aunque no parezca mucho, esas inasistencias pueden marcar su destino en el curso. Ella le hizo saber que Lizeth le había enviado todos los apuntes y actividades pendientes por correo, así que tenía todo, excepto el justificante.

—Bien, no hace falta el justificante. Le acepto los trabajos. Venga para firmarlos y anotarlos en la lista.

Margalit se puso de pie y se detuvo delante del escritorio, para mostrar su cuaderno. Al momento de buscar las páginas, se le fue de las manos al piso, y se inclinó para levantarla. A mitad del movimiento, se escuchó el obturador de un teléfono, lo cual hizo evidente que le habían tomado fotos aprovechando ese pequeño momento. Ella dio la vuelta inmediatamente, y preguntó “¿Quién fue el imbécil?”, pero nadie respondió. La única respuesta fueron las risas de todos sus compañeros hombres al recibir un mensaje, que hizo evidente que entre ellos se la habían compartido en cuestión de segundos.

El profesor se puso de pie y les llamó la atención, para indicarle a Margalit que le dejara el

cuaderno para revisarlo, y enseguida se lo regresaba, y que así mismo le enviara los digitales al correo que acababa de anotar en la pizarra, que mientras volviera a tomar asiento.

El resto de la clase transcurrió normal, sin inconvenientes, pero, al salir, iba con Lizeth bajando las escaleras, cuando escuchó que le llamaban, su jefa de carrera quería hablar con ella, le dijo a su amiga que avanzara y en un rato le veía en el salón, y dio la vuelta para comenzar a subir de nuevo. Sus compañeros aprovecharon nuevamente, y esta vez tomaron video.

“Esta noche me voy a manosear” escribió uno de ellos en el grupo que tenían solo los hombres.

Al alcanzar a la jefa en su oficina, ésta le habló acerca del incidente con la chica de El Manzanillal, y le pidió que tuviera cuidado, que Pascal podría andar en cualquier lugar. Tocando el tema, Margalit preguntó por Santo, y Arreguin le informó que había llamado, que la herida de su nariz se infectó, por lo cual no podría presentarse, hasta que sanara totalmente, que estaba bien, en casa. La joven agradeció, y salió de ahí para dirigirse a clase.

Con Hernández tampoco hubo problema, con él sí había estado en contacto, por correo. Le había cumplido con las actividades, y como él conocía lo que había sucedido, por su parte le justificó las inasistencias. De igual manera, se puso al corriente con la clase.

A la siguiente hora, el profesor no pudo asistir por una reunión sindical, así que fue junto con Lizeth a la biblioteca. Al avanzar notaban cómo las miraban, así que se detuvo para aflojar los tirantes de su mochila, para protegerse de las miradas perversas. Avanzaron a su destino, pero al llegar, dio la vuelta inmediatamente, arrepentida, pues en los baños de aquel edificio habían sido grabadas, no creía volver a sentirse cómoda ahí dentro, así que cambiaron de rumbo a las canchas deportivas, para recostarse en las gradas y disfrutar del silencio y de su compañía mutua.

Un pequeño grupo de tres sujetos las había seguido sigilosamente, sin hacer ruido. Así que subieron a la cancha superior, donde ellas estaban, y, aprovechando que hasta ese lugar no hay cámaras de vigilancia, y, además, que ellas estaban acostadas, una junto de la otra, con los ojos cerrados, se lanzaron sobre ellas, apretando los pechos de Margalit, y manoseando el trasero de Lizeth, quien se encontraba boca abajo. Ambas se levantaron rápidamente, tomando sus mochilas por instinto, pero uno de ellos empujó a Lizeth contra las gradas, haciendo que se golpeará en el filo del escalón, y no se pudiera mover mucho por el dolor, mientras otro de ellos sujetó a Margalit por la espalda, aprisionando sus brazos, haciendo caer su mochila al piso, inclinándose hacia delante para hacer chocar su erección contra su trasero. A la par que esto sucedía, otro tocó los leggins por los bordes a los extremos de la cintura, y guió sus manos al centro, debajo del ombligo. Al darse cuenta de que no era auténtica mezclilla, le resultó mucho más fácil, así que comenzó a bajar la prenda, dejando ver la ropa interior de Margalit, un bikini rosa que se acercaba al tono de la blusa.

Ambas gritaban, ella de desesperación, y Lizeth de dolor. Veían difícil escapar de ahí, pero Lizeth, aparentando estar débil e indefensa, pateó con fuerza la rodilla del chico que iba por ella, haciéndolo perder el equilibrio y caer al piso, golpeándose la cabeza, esto hizo alarmar a los otros dos, dándole ventaja de unos segundos a Margalit, la cual supo aprovechar, pisando con fuerza el pie izquierdo del sujeto que la detenía por detrás, que se inclinó tras esto, y golpeándolo en la cara con la parte trasera de la cabeza, para tomar impulso y darle con la frente al que estaba delante, calculando mal y lastimándose la nariz con el impacto, pero haciendo retroceder al agresor. Lizeth se puso de pie rápidamente, reflejando su dolor en su rostro, pateó en el estómago al chico que había hecho caer, y se apresuró para elevar su pierna derecha y hacerla pasar entre las piernas del sujeto que había recibido el cabezazo y darle en las bolas, haciéndolo caer de rodillas, mientras Margalit empujó al otro hacia uno de los tubos metálicos que sostenían la red de

voleibol.

Les parecía difícil de creer, pero habían podido con ellos, aunque tampoco es que fueran grandes o mostraran musculatura, pero estaban en un hándicap match. Sin perder más tiempo, tomaron sus mochilas y bajaron corriendo hacia la cancha inferior, donde a Margalit se le rompió la correa de una sandalia, causando que esta se desacomodara y le hiciera dar un mal paso, así que ambas se detuvieron, y ella abrió el otro broche para quitarse el calzado de ambos pies y continuar corriendo con ellas en la mano izquierda, mientras con la derecha cargaba la mochila, soportando las molestias de las pequeñas piedras que se encontraban en el camino, pero asegurando su bienestar. Quienes se encontraban en el patio principal las miraron, más que nada porque Margalit sangraba de la nariz, y porque al bajar los últimos escalones para llegar a la entrada del primer edificio, Lizeth cayó hacia atrás a causa de su debilidad, golpeando su espalda nuevamente, así que un par de chicas y su acompañante se levantaron para ayudarlas a ponerse de pie, subir las escaleras, y llegar a la oficina de Salvador, quien al momento de verlas, intuyó lo que acababa de suceder, lo evidenciaba el hecho de que Margalit aún dejaba mostrar su ropa interior, por escapar, no había reparado en ello, hasta ese instante.

Transcurrieron un par de semanas. A base del suceso, se había solicitado más personal de vigilancia para que merodearan por toda el área del Instituto, y se les había pedido a los alumnos no vagar fuera de su horario de clases, aquel que fuera sorprendido tendría que mostrar su credencial estudiantil y explicar el motivo de su ausencia en clases, lo más común era para dirigirse a la biblioteca para imprimir trabajos, sacar copias y pedir libros.

Habían revisado las cámaras desde la biblioteca para seguirle el paso a Margalit y Lizeth, y así poder ver de dónde salían los agresores. Habían bajado de un vehículo estacionado lo más cerca al laboratorio de cómputo, por lo que las cámaras los captaban, pero como llevaban careta, fue imposible detectar sus identidades. Se miró todo lo sucedido antes de que ellos salieran al ataque, pero únicamente se les había visto dirigirse al auto, igualmente encapuchados, sin mochilas, por lo que se abría la duda de si habían sido alumnos, adultos, o personas ajenas a la institución educativa.

Margalit se recuperó rápidamente, la sangre dejó de brotar de su nariz, y se limpió con agua fría, acomodó sus prendas debidamente, y se limpió los pies para calzarse las sandalias con algo de dificultad al caminar, por la correa rota que le aflojaba la sandalia. Lizeth fue atendida por el médico de la escuela, y no era un golpe grave como para causar una lesión, pero claro que dolía, y salió un gran moretón. Estuvo un par de días en cama, pero al siguiente volvió a sus actividades académicas.

A ambas les pidieron mantenerse juntas en todo momento. Lizeth había conseguido una pequeña barra de metal que podía cargar fácilmente, y Margalit se fue a lo sencillo, cortó un palo de escoba de treinta centímetros, y lo cargaba en la mochila, debían estar preparadas para defenderse. Así mismo, en sus teléfonos, crearon accesos directos a la grabadora y a la cámara, para actuar rápido y obtener alguna evidencia si volvía a suceder algo similar, pero esperaban que jamás en la vida les ocurriera nuevamente, ni se lo deseaban a alguien más.

Debido al desconocido paradero de Pascal y sus acompañantes, y la falta de identidad de los atacantes, se les atribuyó el hecho. Las figuras no decían mucho, y para las complexiones de los cuerpos, bien podrían ser jóvenes o adultos.

Una semana después, en las redes sociales de la universidad se hizo saber el suicidio de una alumna de cuarto semestre, y mostraban sus condolencias con la familia y la comunidad estudiantil, y se les invitaba a quienes fueran allegados a la chica a asistir al velorio. La chica se había embriagado para tomar el valor suficiente para hacerlo, y para que el dolor fuera cosa secundaria. No había dejado notas ni mostrado razones para hacerlo. Fue un misterio, pero mostraron todo el apoyo posible.

Por lo ocurrido, ambas chicas permanecían juntas siempre, en clase se sentaban al fondo del salón, pegadas a la pared, para no poder ser observadas más que por el profesor en cuestión. Al cambiar de edificio o salir al baño, lo hacían juntas, se conocía lo sucedido, por lo que se les dio el permiso para salir las dos, o ninguna. Parte de sus compañeros de clase se sumó a la solidaridad con ellas, y exigir justicia, y la otra seguía tratando de obtener buenas fotos de ellas, pero era difícil, ya que, a partir de ese mal día, comenzaron a vestir prendas más holgadas y gruesas, tanto para evitar las miradas, como para su protección. De sus compañeras, había quienes

les ofrecían su apoyo ante la situación, y cuando salían a comer o tan siquiera a tomar el sol, las invitaban, pero también estaban aquellas que se sentían minimizadas, como si Margalit y Lizeth quisieran ser el centro de atención, y vistieran provocativas para que les pusieran los ojos encima, aunque no esperaran que fuera así de extremo y salvaje. Les decían que no se quejaban, que por vestir como putas haciendo lucir sus curvas se habían ganado lo sucedido. Como era de esperar, aunque las ignoraran, se empeñaban en joder por joder.

Tras terminar la primera clase, bajaron de las escaleras en grupo, ellas tomadas de las manos. Cuando llegaron al primer piso, vieron a Santo hablando con uno de sus profesores. Ellas dos se detuvieron al llegar a su lado, Margalit esperaba a que se desocupara para darle un abrazo de bienvenida, pero esa espera se vio interrumpida por un jadeo de Lizeth, quien arrancó una hoja del periódico mural.

—¿Qué haces? —preguntó Margalit sorprendida.

—¡Tienes qué ver esto! —se lo acercó, con los ojos demasiado abiertos.

—¿Qué es? —como no obtuvo respuesta, lo tomó y comenzó a leer. Era una lista sin título, pero con contenido desagradable.

-Elizabeth Alcalá: Ricos movimientos

-Daniela Domínguez: Gemidos excitantes

-Margalit Milet: Grandes pechos / Trasero majestuoso

-Lizeth Vainstein: Enorme trasero (podría ganar)

-Andrea Campos: Diosa del sexo

-....

-....

-....

-Nora Valdez: Forcejea / Lo hace difícil / Inocente y salvaje

—No puede ser...

—¡Los malditos han apuntado nuestros nombres ahí! ¿Puedes creerlo? A lo Hanna Baker.

—Nora, ¿no es la chica que quitó la vida la semana pasada? —reparó en ello, sin darle atención a la aparición de sus nombres.

—¿Qué? Ahora que lo mencionas, es cierto.

—Dice que forcejea y se hace la difícil, que es inocente y salvaje. ¿Acaso tendrá relación con lo que decidió hacer?

—Debemos averiguarlo, terminando las clases.

—Iremos a mi casa. Se lo haremos saber a Salvador y a sus padres en cuanto tengamos algo importante.

—Mientras, tratemos de identificar a las demás chicas para conocer por qué están en la lista. Nosotras, lamentablemente, sabemos nuestro caso.

—¿Cuál caso? —preguntó Santo, que había terminado de conversar con el docente.

—Hola Santo —respondió Margalit, pasándole la lista a Lizeth—. Un caso que nos toca resolver para una tarea.

—¿Qué es eso? ¿Una convocatoria? —apuntó al papel.

—No. Son los datos para la tarea —respondió Lizeth.

—Las noto algo raras, chicas. ¿Me perdí de algo?

—Nosotras siempre hemos sido raras —sonrió, llevándose la mano derecha sobre el pecho.

—Tenemos que ir a la siguiente clase —soltó Lizeth. Tomó la mano de Margalit y avanzaron hacia el salón, olvidándose de que él era de su mismo grupo.

Al llegar al salón, dos de sus compañeras las detuvieron en la puerta, y un chico se les unió. Hernández todavía no llegaba.

—Llegaron las lesbianas —dijo una de ellas.

—¿Qué? —preguntó Lizeth.

—Ha vuelto Santo, y lo ignoras para tomar de la manita a esta perra.

—Quizás no es lo único que se tocan —agregó la otra.

—¿Qué hizo para que cambiaras su pito por el coño de Liz? —soltó el chico.

—O ¿qué no hizo? —agregó la primera. Los tres rieron.

—Son unas estúpidas —respondió Lizeth.

—¡Oye! No tenemos la culpa de que te apeste ahí abajo —volvieron a reír.

—Qué inmaduras —respondió Margalit. Apretó la mano de Liz, y pasó, empujando al muro humano, para llegar a su sitio y sentarse.

Al finalizar la última clase del día, Santo se acercó a ellas para preguntar si podían ir a tomar algo, pero le respondieron cortantemente que tenían planeada una tarde de chicas, y se retiraron sin despedirse. Él se sentía ajeno a ese grupo.

Como se les hacía costumbre, avanzaron por el Instituto hacia la parada del transporte tomadas de la mano, en el camino no se soltaron, y todos las miraban. Al llegar al entronque, bajaron y avanzaron de la mano por el recorrido que Santo había hecho para llegar a su casa, la verdad es que le salía más fácil bajar más adelante y subir por Calle Michoacán, pero le gustaba tener algunos minutos para ella sola antes de llegar a casa.

Avanzaron platicando sobre música y libros, por lo que Lizeth preguntó si ya había leído ‘Sadie’, pero ella respondió que no. Era relajante hablar de algo que no fueran malas vivencias y locos que rondaban por el municipio.

Al llegar a su casa, Margalit se quitó la chamarra y la aventó sobre el sofá, y Lizeth hizo lo mismo con su sudadera, gritando ‘¡Libertad!’ , pues aparte de tener que soportar un calor infernal y sudar a lo desgraciado, ya no tenían que ocultar sus cuerpos.

Margalit se dirigió a la cocina y comenzó a sacar brócolis para preparar, le preguntó a Lizeth cómo le gustaban, y ella la siguió, para buscar en la nevera. Al ver queso, jitomate, chile y cebolla, decidió que lo prepararían a la mexicana. Entonces ambas se pusieron manos a la obra, y prepararon la comida. Durante el proceso, sus manos chocaron, y se miraron a los ojos, para después sonreír.

Al terminar, se sirvieron una porción suficiente, y guardaron un poco para los padres de Margalit. Lizeth tomó dos bebidas de lata de la nevera, y se sentaron a comer en el sofá, hablando sobre series, películas, de todo lo que les fuera agradable y feliz, nada de problemas, nada de agresiones.

Al terminar, Lizeth se ofreció a lavar los trastos, mientras Margalit comenzaba con su investigación. La hora desagradable había comenzado, pero debían encontrar respuestas, y juntas podrían hacerlo.

Comenzaron por buscar a todas las chicas en Facebook, y enviarles solicitud de amistad. Tras varios minutos de ser aceptadas, enviaron los primeros mensajes, tras ellos, la foto de la lista, y preguntando si habían sido víctimas de agresión sexual recientemente, así es, iban al grano, sin rodeos.

Elizabeth fue quien les dio información valiosa. Había sido Pascal quien la engañó. Ella estaba por comenzar el servicio social, y pidió sugerencias para poder elegir dónde prestarlo, y el profesor le dijo que tenía contactos, que, si quería, saliendo de la escuela la acompañaba a las

oficinas, pues conocía al director de la institución, y la recomendaría. Pero, jamás llegaron a las instalaciones, sino que la llevó a una casa, donde les ofrecieron agua, Pascal la aceptó y le dio a ella el vaso correspondiente, poco a poco fue sintiendo sueño, y en cuestión de minutos se le cerraron los ojos. Un dolor espantoso la despertó, pero seguía medio ida, lo único que recuerda es el rostro del profesor encima de ella. Al despertar, le dolía horriblemente ahí abajo, y el profesor le dio un par de documentos, firmados, que afirmaban que la chica había completado todas las horas del servicio. Y aunque no lo entendió de momento, lo supo al llegar a casa y darse cuenta de que en su ropa interior había rastros de una sustancia pegajosa, que, por su actividad sexual, ella bien sabía que era semen. No dijo nada por miedo, pero entendió que fue drogada y que la liberación del servicio tuvo un alto costo. Y agregó que hace unos días había vuelto a ser acechada, fue arrinconada dentro de los baños, cuando estaba en los lavabos, agachó la mirada por unos segundos para cerrar la llave y alguien se le pegó por la espalda, no pudo mirar bien. Al principio creyó que fue un accidente o que se trataba de una broma de alguna de sus amigas, pero cuando las manos comenzaron a recorrer su cuerpo, levantándole la blusa, supo que no era ninguna broma, no pudo reaccionar por el miedo, pero se sorprendió cuando el acosador la soltó y se fue inmediatamente, fue como si estuviera buscando algo, comprobando algo.

Margalit notó que eso sucedió mientras Pascal estaba desaparecido, y no era tan estúpido como para volver sabiendo que las cámaras lo captarían, así que era alguien que aún podía aparecerse por el Instituto sin problemas. Junto con ello, ambas se dieron cuenta de que lo sucedido a ellas fue ligero en comparación a lo que pudo haber sido.

Tras reunir información con los contactos de Nora, averiguaron dónde vivía, así que pasarían a charlar con los padres al día siguiente, por ahora estaban exhaustas.

Lizeth tomó su sudadera y se cubrió con ella, se colocó la mochila sobre la espalda y salió seguida por Margalit hacia la puerta del jardín.

—Gracias por la comida, ha estado rica.

—Gracias, pero la preparamos juntas -sonrió.

—Cierto. Y hay algo más que quiero probar...

—¿Qué? Dime. Lo haremos juntas.

Sin decir nada, Lizeth se lanzó sobre ella, robándole un beso. Margalit al principio estaba sorprendida, pero en cuestión de segundos lo correspondió. Ambas sintieron sus rostros calientes, una energía electromagnética recorriendo sus cuerpos y... se separaron.

—Lo siento. Debo irme —dio vuelta, y salió corriendo.

—¡Espera! ¡Liz! —gritó Margalit, pero no obtuvo respuesta.

Miró a su amiga correr, para perderla de vista cuando giró en la siguiente esquina. Dio la vuelta, corrió el pestillo de la puerta, y entró a casa.

Al siguiente día, estuvieron juntas, como de costumbre, pero había cierta tensión entre ellas. Margalit insistía en todo momento en hablar sobre lo sucedido, pero Lizeth respondía que primero debían enfocarse en el problema de la lista, no en lo ocurrido la tarde anterior.

—Yo dudo de la veracidad. Digo, ¿quién suelta esa información a alguien que ni siquiera conoce?

—A mí no me suena descabellado. Recuerda los packs. Los mandan a diestra y siniestra, en muchas ocasiones sin conocer a las personas.

—No puedo argumentar nada ante esa lógica.

—Hay un problema en común y buscamos una solución. Dijo que ha tenido miedo en su momento. Al saber que hay más chicas que han pasado por lo mismo, debe haber sentido confianza y esperanza.

—Es tu don.

—¿Cómo? —la miró fijamente.

—Nada. Por ahora vayamos pensando en qué transporte nos deja cerca de la casa de Nora. O si vamos a ir caminando, de igual manera vive cerca de tu casa.

—Está bien —cerró los ojos—. Pero después de ello, tenemos que hablar.

—De acuerdo.

Tras terminar el día escolar, salieron tomadas de las manos. Santo las miró avanzar hacia el estacionamiento, pero no quiso acercarse, le sorprendió lo que veía. Realmente no le pasó ninguna idea rara por la cabeza, pues entendía que eran mejores amigas, pero en el tiempo que llevaba siendo su compañero, nunca las había visto así. Se dijo que en otro momento oportuno lo haría.

Ellas caminaron por la avenida. Normalmente solo lo hacían cuando salían temprano y había un poco de tiempo para disfrutar de la naturaleza que tenían a un costado, pero habían descubierto que el transporte de la Ruta Paraíso las llevaba a la Central, y a unas calles quedaba la casa de Nora, así que se dirigieron hacia el entronque a esperar. No caminarían mucho más de lo que ya habían hecho en ese tramo.

Le pidieron al conductor detenerse a un lado del Oxxo, frente al Mercado Tariatari. Caminaron por Antonio Arriaga, hasta dar a la derecha en Americo Vespucio, y terminaron su trayecto en frente de una casa gris con el número 37. Margalit se recogió el cabello en una cola de caballo y Lizeth, como tenía el cabello corto, “de Dora la Exploradora”, únicamente se pasó las manos por encima para acomodarlo un poco. Respiraron, y Margalit tocó el timbre.

Una chica mayor que ellas, por solo un par de años, fue quien les abrió la puerta. La respuesta que obtuvo tras preguntar qué se les ofrecía la obligó a invitarlas a pasar.

—Tomen asiento mientras llamo a mi madre.

—Muchas gracias.

Tras un par de minutos en que ambas estuvieron en silencio, la chica volvió junto con su madre.

—Buenas tardes, jovencitas.

—Buenas tardes, señora —respondió Lizeth, extendiendo la mano. Tras saludar, continuaron.

—Verá, no queremos traerle más dolor del que ha sufrido su familia, pero hay algo de suma importancia que queremos conversar con ustedes —miró a la joven.

—¿De qué se trata? —preguntó la chica, antes de que la madre pudiera decir algo.

—Hace un par de semanas, fuimos atacadas en la escuela. Los sujetos tenían la intención de...

—Abuso sexual —completó Lizeth.

En ese momento, las dos mujeres frente a ellas abrieron los ojos, sobresaltadas.

—Hace unos días, encontramos esta lista en la escuela. Como verán, no hay más información, solo los nombres y lo que dice de cada una —les pasó la hoja.

—¡Santo Dios! —dijo la señora, mientras su hija terminaba de leer.

—Yo soy Margalit.

—Yo soy Lizeth.

—Y creemos, por obvias razones, que alguno de los atacantes pudo haberla puesto donde la encontramos, como easter egg.

—¿Cómo? —preguntó la joven.

—Usualmente no muchos alumnos leen lo que se publica en el periódico mural. Dejó la lista escondida a simple vista, por si alguien le daba la importancia. No sabemos si haya más copias, pero por el momento es la única de la que tenemos conocimiento —respondió Margalit.

—Contactamos a las demás chicas, y no dijeron mucho, entendible. Pero una de ellas, nos hizo saber que tiempo atrás fue abusada por uno de nuestros docentes, el cual ahora se encuentra desaparecido, en el sentido de que ha escapado para no pagar por lo que ha hecho —continuó Lizeth.

—Entonces, ¿ustedes creen que mi niña pudo haber sido abusada por ese mismo profesor?

—No, señora. El profesor desapareció una semana antes de lo ocurrido con su hija. A nosotras nos atacaron dentro de la escuela, y alguien que es buscado por la policía no sería tan estúpido para entrar como sin nada. Además, alguien que aún puede entrar sin problemas al Instituto debió poner la lista. No hemos acudido ni a las autoridades escolares ni a las policiacas porque esperamos a reunir la información necesaria. De igual manera, si se revisan las cámaras, sé que nos darán algo importante.

—No entiendo del todo —dijo la joven—. ¿Vienen a decirnos que Nora pudo haber sido víctima de abuso sexual, pero no tienen cómo demostrarlo?

—Así es. Más bien, queremos saber si ustedes pudieron notar algo fuera de lo normal en ella antes de su decisión —respondió Lizeth.

—Bueno. Decía cosas extrañas como que la oscuridad le dolía y que escuchaba las voces y el motor rugiendo.

—No nos dice demasiado. Muchos artefactos tienen motor —dijo Margalit, apretando sus labios.

—Pudo ser en la escuela. Hay lugares donde no llega la luz, y constantemente se escucha el motor del güiro mientras cortan el pasto. Solo es una posibilidad. En cuanto tengamos algo firme les haremos saber —agregó Lizeth.

—Les agradecemos. Duele saberlo, pero peor aún es que no haya dejado nota y que la cabeza nos de vueltas pensando en qué pudo haber sido. Ojalá encuentren al responsable —dijo la madre, mientras abría la puerta principal.

—Cúidense mucho, chicas. Esto es peligroso —dijo la joven, antes de que las chicas dieran media vuelta para retirarse, para posteriormente cerrar la puerta.

Avanzaron hasta la esquina de la calle y se sentaron en la acera.

—Liz...

—No digas nada, por favor.

—¿Qué fue lo de ayer?

—Correspondiste. Sabes muy bien qué fue —agachó la cara.

—Bueno, sí. Pero dime, ¿desde cuándo?

—Un par de semestres. Yo nunca he tenido pareja, me han atraído algunos chicos, pero nunca lo suficiente como para querer algo con alguien —como Margalit no decía nada, continuó—. Desde el principio me has agradado y pasado a ser la única amiga que tengo en el grupo, y quizás la más importante en general. Por como eres, y tras convivir contigo, descubrí por qué no he querido algo serio con algún hombre. Me gustas tú...

—Pero, me contaste que en la prepa te ibas con tu grupo a beber, y terminaba siempre en un desastre. Me dijiste que te enrollaste con un chico.

—Nada serio. Un par de besos, pero nada más. También hubo un par de chicas porque a ellos les excitaba cuando jugando a la botella nos tocaba entre nosotras, por lo que siempre nos uníamos, pero, nadie significó nada.

—¿Por qué no lo dijiste antes?

—¿Para qué? —seguía con la mirada gacha—. Estabas con Santo. Y durante los meses que no estuvieron juntos, no me animaba. No quería ser un clavo. Pero entonces se enredaron de nuevo, y ya no pude. Así que, en cuanto terminaron de nuevo, ya tenía clara mi intención.

—Pero entonces, ¿por qué te sientes triste?

—Los escuchaste ayer. No soy más que la lesbiana rara. Si se han burlado de nosotras siendo solo amigas, ¿qué nos esperaría si decidieras aceptarme? No quiero arrastrarte conmigo —soltó un par de lágrimas.

—Liz —le levantó el rostro, acariciándole la barbilla—. Me importa un carajo lo que puedan decir. No debes sentir vergüenza de quién eres. Para ellos puedes ser la rara, pero para mí, eres especial, y es lo que importa —se acercó, y la besó.

Los días transcurrían y ellas seguían juntando pistas, inventando excusas para vagar en sus tiempos libres sin preocupaciones, dentro del Instituto, con la finalidad de identificar todos los lugares a los cuales no llegara la luz, ya fuera eléctrica o solar. Entre estos lugares hasta el momento solo habían considerado la oficina del Consejo Estudiantil, ya que, al tener la puerta abierta, solo se valían de la luz natural que entrara, pero permaneciendo cerrada, se estaba a oscuras ahí dentro, y esto lo hacían de acuerdo a las normas ecológicas, de reducir el consumo de energía eléctrica. También se sumaba la bodega de herramientas, a la cual accedían los vigilantes y todo aquél docente y/o alumno que necesitara de ellas, más que nada los de Desarrollo Comunitario y Ambiental, pues el sótano de este lugar se encontraba a oscuras, mientras la parte principal sí contaba con iluminación eléctrica.

Por una parte, pensaban que podría ser cosa del Consejo Estudiantil, que atrajeran a sus víctimas y con su “poder” encubrieran los hechos, y por la otra, que los docentes, con la ayuda de los encargados del almacén, pudieran hacer de las suyas ahí, ya que no contaba con cámaras por dentro, y esto tenía más fuerza, ya que ahí mismo era donde se mantenía el güiro, y que además los alumnos lo utilizaban algunas ocasiones para limpiar el terreno para poder realizar sus prácticas de cultivo a un costado del almacén.

Creían tener la única copia de la lista, pero en una ocasión que les tocó ir al edificio más lejano para consultar al profesor sustituto, se dieron cuenta de que había tres copias más pegadas en el periódico mural, entonces pensaron que pudo haber el mismo número en el otro edificio, y que ellas tomaron el último, solo que les parecía raro, aunque no tanto debido a que ese era el edificio más “solitario” porque difícilmente se veía alumnos o docentes en los pasillos y el silencio reinaba, que nadie hubiera mencionado nada al respecto, ya que en las páginas de memes creadas para divertir a los alumnos entre tanto estrés, dejando el mame de lado, ocasionalmente se compartía información seria.

Tomaron foto, y posteriormente las retiraron del lugar para guardarlas en el folder donde iban reuniendo toda evidencia. Ya tenían las cuatro copias, notas de la conversación con la madre de Nora, además de la impresión de las capturas de pantalla de los mensajes de Elizabeth. Quizás era poco, pero si conseguían una captura de las cámaras de seguridad, podrían reunir lo suficiente para proceder por la parte legal, pero, por el momento, lo habían dejado en pausa.

Querían disfrutar lo bueno entre tanta porquería del asunto y el estrés de la escuela, así que en esta ocasión fueron a la casa de Lizeth al salir de la escuela. Detrás del laboratorio de Biomédica y Ambiental, en un punto donde ninguna de las dos cámaras tiene acceso, se encontraban las dos chicas al finalizar su horario, esperaron hasta que todas las personas que estaban alrededor de ellas, en los demás asientos, se fueran, para tener un par de minutos a solas, ya que Lizeth había comentado que posiblemente sus padres estarían en casa, y como no era amplia para tener privacidad suficiente, debían tener cuidado, así que Margalit tuvo la idea de tener su pequeño momento ahí, antes de partir a su destino. Así que se pusieron de pie, echaron nuevamente un vistazo para asegurarse de que no había nadie cerca, y al comprobarlo, se pegaron a la pared, y entre besos y caricias, se dieron amor y se hicieron sentir la importancia de una para la otra.

Tras un par de minutos, metieron sus libros, libretas y lapiceros a sus mochilas, y caminaron

hacia el estacionamiento para salir por la entrada principal. Santo las había observado desde la esquina izquierda, pegado al piso para no hacer evidente su presencia, los tubos que rodeaban la rampa para personas con capacidades diferentes lo camuflaban. Cuando ellas desaparecieron de su vista, se puso de pie, con una erección notable.

—Llegamos —dijo Lizeth.

—Dijiste que no era amplia. La imaginaba más pequeña —dijo Margalit, sorprendida.

—Espera a que entremos —sacó la llave de su cartera, y la metió en la cerradura para girar a la derecha y abrir la puerta—. Pasa.

—Con permiso —avanzó lentamente, con timidez, llevándose la mano derecha al rostro, sobre la boca.

—Con confianza, pequeña —le dijo, tras cerrar la puerta.

Se entraba por un pequeño pasillo angosto, a la izquierda se encontraba la habitación de los padres, a la derecha la pequeña biblioteca familiar, después la cocina, por la parte izquierda, y la sala por la derecha, y, a continuación, a un lado de la cocina, la habitación de Lizeth, y enfrente, al lado de la sala, el cuarto de limpieza, el cual no tenía puerta propia, donde se encontraban el baño y la regadera detrás de una puerta, al fondo, y por fuera, el lavadero y la lavadora.

—Papá. Mamá. Ella es Margalit. Es mi n... amiga y compañera de clases —apuntó a Margalit, mientras sus padres estaban sentados en el sillón de la sala, viendo algún programa en la TV.

—Hola jovencita —saludó la señora, poniéndose de pie para estrechar la mano.

—Mucho gusto —saludó el señor, tras repetir las acciones de su esposa.

—El gusto es mío —respondió ella, sonrojada por la pena.

—Estaremos en mi habitación haciendo tarea, cualquier cosa que necesiten, me llaman —dijo Lizeth.

—¿No van a comer primero? Preparé tu favorita. Espagueti con queso y jamón —dijo, acercándose a la estufa para destapar la cacerola y prender al fuego.

—Bueno, nos vendría bien un poco —abrió la nevera y tomó una jarra de agua fría sabor café que había preparado la noche anterior. Estaba helada, y les caería bien para el calor que hacía.

—En cuanto esté lista se las llevo.

—Gracias mamá.

Ambas entraron a la habitación de Lizeth, con la bebida en mano. Ella encendió la luz, mientras Margalit se quedó de pie, mirando todo lo que su novia, amiga y compañera tenía. Había repisas con figuras de colección y peluches, había pósteres de sus personajes de anime favoritos en la pared, tenía la Play Station 3, figurillas de planetas y estrellas fosforescentes pegadas al techo, y un zapatero donde organizaba sus diferentes calzados, entre otras cosas.

—Es increíble —dijo, sin darse cuenta de que el agua comenzaba a chorrear del vaso.

—Los gustos que me pude dar mientras trabajaba de mesera —sonrió, orgullosa. Al mirar a Margalit, se percató del agua, y avanzó rápidamente hacia ella, para enderezar el vaso, y salir por un trapeero al cuarto de en frente.

Una vez limpiado, ambas dieron un par de tragos al agua, se quitaron las mochilas, sacaron las laptops, se deshicieron de sus chamarras y botas, y se subieron a la cama, se apoyaron a la cabecera, estirando las piernas, abrieron las computadoras y las encendieron, cuando llegó la madre de Lizeth con ambas manos ocupadas por los platos llenos de espagueti.

—Quedó un poquito grasosa, tengan cuidado en no dejar manchas en su ropa y en la cama —dijo, avergonzada.

—No te preocupes mamá. Gracias.

—Gracias señora.

—Tu padre y yo vamos a salir. Comienzo ver con dificultad las letras de los libros, así que iremos a checar me la vista, por si necesito anteojos. Por cierto, ¿y los tuyos?

—Aquí están, mamá. Estiró los brazos para abrir la mochila y sacar el estuche. Solo le doy descansos a mi vista.

—Está bien, pero procura que esos descansos no sean tan largos. Si no, ¿cómo te vas a acostumbrar a ellos? En fin, vamos para allá, y más tarde volvemos. Cuídense chicas.

—Que les vaya bien. Espero que no sea grave tu problema.

Una vez que sus padres se fueron Margalit se mostró preocupada.

—¿Hace cuánto que tienes esos lentes?

—Unos meses.

—¿Y por qué no los usas? Usamos las computadoras demasiado tiempo, y eso afecta. Además de que ella tiene razón, debes usarlos para acostumbrarte.

—De niña ya los necesitaba. Una vez, cuando iba en quinto grado, nos llevaron al grupo completo a hacernos revisión. En eso se nos fue el día. Cuando llegó mi turno, no vi muy bien, y al final me dieron mis anteojos, y yo estaba feliz, pero una vez que me los probé, todos mis compañeros rieron de mí, y me sentí mal. Entonces no los usé nunca, y aún los conservo. No le dije nada a mis padres, ni la profesora en la escuela preguntó por qué no los usaba. Me causan inseguridad, y aunque yo elegí el armazón de estos a mi gusto, aún le temo a las risas.

—No debes temer. A veces preocupa el qué dirán, pero las cosas solo tienen la importancia que les das. Úsalos, por favor. Tus ojos no deben dañarse más.

—No lo sé. Siento que me harán lucir mal.

—Eso es lo de menos. Los escogiste tú, y son para tu bien. Lo importante es cómo veas, no cómo te vean —tras un suspiro de Lizeth, ella tomó el estuche de su mano. —Si quieres, yo te los pongo.

—Por favor —lo dijo, susurrando.

—Cierra los ojos —tras ello, los colocó lentamente en el rostro de Lizeth—. Espera unos segundos —sacó su teléfono, y le tomó una foto—. Ya, puedes abrirlos.

—¿Qué tal me veo?

—Hermosa.

—¿No lo dices solo para hacerme sentir bien? —preguntó, sonrojada.

—Ven —tomó su mano, y ambas bajaron de la cama para dirigirse al espejo del ropero—. No te miento.

—Nunca me había mirado con ellos puestos —mantenía la vista en el espejo, sorprendida.

—Me alegra haberte ayudado —le dijo, mientras se pegaba a su espalda para abrazarla.

—Me alegra tenerte conmigo —sujetó las manos de Margalit, que se encontraban sobre su vientre—, y giró la cabeza para besarla.

—Tengo una idea —sacó su teléfono—. Hay que tomarnos una foto. Toma.

—¿Yo? —aún se sentía apenada, pero con ella sentía la confianza necesaria—. Está bien. No sé mucho de esto.

—Toma en todo momento, comenzando ahora —la besó.

Tras muchas fotos donde se mostraban felices, abrazadas, besándose, y sonriendo, regresaron a la cama.

—El piso está muy frío.

—Por ello no debiste quitarte las botas con todo y calcetines.

—Pero es que afuera el calor es insoportable. Supongo que lo vale.

—Espero que ese pequeño cambio de temperaturas no te haga mal.

—Estaré bien.

Terminaron su comida, que ya estaba fría. Margalit se sentía mal por haber hecho a la señora calentarla para que ellas la dejaran enfriar, pero no dijo nada.

—Muy bien. Mis padres estarán fuera por un rato más, así que...—tomó a Margalit de la cintura, y la acercó a ella—.

—Y pensar que nos arriesgamos en la escuela —ambas rieron.

—Lo sé. Pero tenemos la casa para nosotras en este momento —desabrochó el pantalón de Margalit.

—Espera. Yo...

—¿Sí?

—No he estado con Ningún hombre, y apenas contigo descubro que me gustan las mujeres también, tú. Así que, hay mucha pena para eso todavía.

—No te preocupes. Si no es el momento, al menos hay que quitarnos un poco de ropa para ir entrando en confianza.

—Me parece bien —dejó que Lizeth le quitara el pantalón, mientras ella misma se quitaba el suyo, y los calcetines.

—Ven.

Margalit se acomodó sobre ella. Iniciaron con besos inocentes, y luego apasionados. Sus piernas y pies se rozaban, lo cual las excitaba más, así que Margalit irguió el torso para quitarse la blusa, y acercarse nuevamente a Lizeth, para meter sus manos bajo su blusa y jugar con los tirantes de su sujetador, mientras Lizeth le acariciaba la espalda baja, y metía las manos bajo el bikini de Margalit.

En ese momento, el celular de Margalit comenzó a vibrar.

—No puede ser —se mostró molesta, ante la interrupción, al notar que era una llamada.

—¿Quién es?

—¡Elizabeth! —la molestia pasó a ser sorpresa. La llamada era por Messenger.

—¡Responde!

—Creí que no responderías —dijo ella, al otro lado del teléfono—. Forcé a mi memoria a recordar, y tengo algo importante.

—Adelante —respondió Margalit.

—Me llevó a la Estación. A la Colonia Ibarra, porque supuestamente, el servicio lo presté en el CRIP. Recuerdo que entramos a la calle, pero mencionó que el director del lugar estaba en otro lugar, así que avanzó hacia delante y en la siguiente esquina dio a la derecha, a la calle Ponciano Arriaga, creo, se detuvo afuera de una casa azul con rojo, de dos pisos, de portón negro, y ahí fue a donde entramos.

—¡No puede ser!

—¿Qué sucede? —preguntó Elizabeth.

—¿Todo bien? —preguntó Lizeth.

—Ahí vive mi ex novio.

Se vistieron rápidamente, y dejaron una nota a los padres de Lizeth avisando que tuvieron que salir para buscar un libro en la biblioteca municipal, cuando en realidad habían salido para ir a casa de Santo.

Lizeth vivía en Alcantarilla, así que avanzaron para bajar la cuesta y salir a un lado del Museo de Artes e Industrias Populares, caminaron por Arciga, en dirección a la Basílica, para bajar por La Paz, y girar al Portal de Lerdo, en espera de cualquiera de las combis que llevaran al Muelle General. Una vez que se detuvo una, subieron y pagaron de inmediato.

—Oye, pero ¿no te estarás confundiendo? Vamos a ir a la colonia, no a la calle, que queda aquí cerca.

—No. Él vive allá.

—Yo que sepa, vive cerca de donde lo golpearon.

—¿Sabes dónde fue? A mí no me dieron esa información.

—Fue en Espejo, antes de que llegara a su casa, en Ibarra. La calle.

—Durante los años que estuve con él, siempre fui a la estación.

—Un par de veces que tuve que ir a su casa, fui a la calle.

—Hay mucha revoltura en esto. No entiendo nada. ¿No será una mala broma por parte de Elizabeth?

—En primer lugar, tú confiaste más en ella que yo, y en segundo, no creo que conozca a Santo, si no, se habría alarmado cuando mencionaste su nombre. Solo dijo que no sabía, y que eso es lo que puede recordar por ahora.

—Tienes razón, pero nada de esto encaja —agachó la cabeza, y se llevó la mano izquierda a la frente.

Una vez en la Estación, bajaron en la esquina frente al CREDES, y cruzaron la autovía para adentrarse en Pedro Ibarra, y minutos después girar a la izquierda. Ponciano Arriaga era una calle demasiado angosta, así que, si Pascal se detuvo sin preocupaciones afuera de la casa, ese día tuvo que haber problemas con vehículos circulando por la calle.

No tuvieron complicaciones, él estaba sentado en la acera, fumando un cigarro.

—¿Desde cuándo fumas? —preguntó Margalit.

—¿Desde cuándo se dan el tiempo para visitarme? —preguntó él.

¿Desde cuándo vives aquí? —preguntó Lizeth.

—¿Desde cuándo están juntas? —preguntó él.

—Bien. ¿Podemos hablar? Responde, y responderemos —dijo Margalit.

—Me parece perfecto. ¿Quieren pasar?

—Solo cruzando la puerta, lo suficiente para que no escuchen los vecinos —respondió ella, desconfiando.

—Como quieran, chicas —abrió la puerta, y entraron a la cochera.

—Responde. ¿Desde cuándo tienen dos casas?

—Esta desde siempre. Viniste muchas veces. La otra, desde que comenzaron las discusiones de mis padres. Pensaron que allá debía pasar tiempo con mi madre, y aquí con mi padre. Todo eso sucedió en los meses que no nos dirigimos la palabra. Lizeth fue allá porque mi padre estuvo

ausente unos días, y aproveché para estar con mi madre más tiempo del acostumbrado.

—Oh no sabía nada de eso. Pensé que, a pesar de las discusiones, seguían en el mismo lugar.

—Normalmente, pero hay veces que necesitan su espacio. En fin, ¿desde cuándo están juntas?

—La semana pasada. Estamos buscando nuestro camino.

—Así que este camino ya no dio para más. Me alegro por ustedes.

—Gracias —respondió Lizeth.

—Y no sabía que usabas lentes. Te van bien —levantó el pulgar derecho.

—Nuevamente, gracias. Bueno, tenemos otra pregunta, es sobre las posibles amistades de tu padre.

—No suelo conversar de cosas así con él. Y en estos momentos no puedo decir nada sobre él, aunque quisiera. Ha estado ausente por dos días, y no ha tratado de comunicarse. Su teléfono me lleva al buzón de voz, así que, por eso estaba ahí afuera, esperando a que llegara.

—Lo siento. Espero que regrese pronto y a salvo —dijo Margalit.

—Sí, espero lo mismo —respondió él—. ¿No gustan algo para tomar? El calor está insoportable, y luego cargan con esos kilos de chamarra.

—No gracias. Estamos bien —respondió inmediatamente Margalit, al recordar el detalle de la bebida en la historia de Elizabeth—. De hecho, ya tenemos que irnos.

—Aunque haya sido por preguntas extrañas, agradezco su visita, chicas. Que les vaya bien —abrió la puerta.

—Gracias, e igualmente —respondió Lizeth al salir.

Santo las miró avanzar de la mano, hasta que giraron a la derecha por la esquina.

Antes de separarse tras llegar al Centro, para cada una seguir su camino a casa, Lizeth le hizo saber a Margalit que habría una fiesta en un par de días a la que la habían invitado, y que quería llevarla de acompañante. Le dijo que sería por la noche y formal, así que debían elegir sus mejores vestidos. Se despidieron de un beso.

Al día siguiente en la escuela, a Lizeth le hacían burla sus compañeras por el uso de los anteojos. Le decían que se veía estúpida y fea, y aunque ella no le quiso dar peso a los comentarios, terminó por guardar los lentes en el estuche. Salió al baño, y ahí lloró porque, más que dolerle lo que decían de ella, le dolía que la confianza que le había hecho sentir Margalit se destrozara porque ella lo permitía. Se enjuagó la cara, y volvió al salón.

Nuevamente volvieron a molestarlas por ser las lesbianas raras, y justo cuando ella estaba por salir corriendo para buscar tranquilidad, Santo se puso de pie pidiendo a sus compañeros que no las molestaran. Que ellas tenían a quien las quería por cómo eran, cosa que ellos no, porque con su actitud despreciable nadie los querría. Todos guardaron silencio, y ellas quedaron sorprendidas, que ni siquiera pudieron agradecerle.

Aun así, a pesar del apoyo por parte de Santo y Margalit, ella sentía que se veía horrible y que había arrastrado a su chica al abismo que le había advertido. Entendía que se burlaran de ella, lo soportaría toda la vida, pero no quería que Margalit estuviera en el punto de mira por su culpa. No decía nada al respecto porque sus sentimientos la sofocaban por dentro, pero era evidente que algo andaba mal, y solo por unos minutos le tranquilizó el tacto de las manos de su novia.

El sábado siguiente, Lizeth eligió un vestido rojo oscuro, corto y entallado, con aberturas laterales que dejaban al descubierto sus piernas más de lo adecuado. Sabía que se mostraba mucho y que era arriesgado andar por ahí así, pero hacía ya más de un mes que no podía vestir a su gusto, y quería darse un descanso. Margalit, por su parte, eligió un vestido negro de malla, que si bien no estaba entallado en los muslos por ser terminación de falda, lo estaba del torso,

haciendo resaltar el tamaño de sus pechos, esto sumado a que las únicas partes de color sólido eran la falda y el recubrimiento del pecho.

—Me voy a morir de celos con todas las miradas que te pongan encima —dijo Lizeth, con un tono de tristeza.

—Tranquila. No me importa nadie más que tú —se acercó—. Además, yo también tendré que soportar las miradas encima de ti —dijo esto mientras acariciaba lentamente las piernas de Lizeth.

—Tú eres una belleza y luces espectacularmente sexy —le tocó el pecho derecho, y apretó, para después darle un beso.

—Pues nos vamos ahora, o nos quedamos aquí toda la noche —dijo, con tono desafiante.

—Me encantaría, créeme, pero debemos asistir, además de que tardamos un par de horas en elegir estos atuendos.

Pidieron taxi y llegó en pocos minutos. Subieron y le dieron las indicaciones al conductor. Cuando llegaron a su destino, Lizeth se encargó de pagar, ya que ella hizo salir a Margalit. Bajó, y entraron de la mano al salón. Era un lugar amplio, bonito y reluciente. La iluminación le daba un toque agradable al lugar, daba aviso de lo genial que se la pasarían ahí toda la noche, sin embargo, sus compañeras se encontraban ahí y no tardaron en acercarse a soltar su mierda, tratando de manchar a las chicas. Margalit mostró indiferencia, pero Lizeth salió corriendo, no le resultaba difícil debido a los zapatos de tacón plano que había elegido, y cuando ellas continuaron con los insultos, Margalit dio la vuelta, se acercó a su compañera que era la cabeza del grupito, y le soltó un golpe en la nariz, haciéndola sangrar, para posteriormente ir a buscar a su acompañante.

No la vio por ningún lado, y no recibió respuesta a ninguna de las seis llamadas que le hizo, a la séptima, la mandó directamente a buzón. Estaba preocupada, pero no podía ir a su casa a ver si había regresado, porque en caso de no estarlo, la metería en problemas, y no podría regresar a la suya porque de ser así, la habría abandonado, independientemente de cómo estaban resultando las cosas. Entró al salón, se sentó en una mesa desocupada, destapó la botella de Passport, destapó la Coca Cola, y comenzó a beber tragos cargados, en espera de que Lizeth se comunicara con ella.

Lizeth pagó un segundo taxi. Llegó a la casa de Santo sin avisar, y éste se sorprendió por la visita inesperada, pero la recibió sin problemas y la hizo pasar.

Tras desahogarse y llorar lo suficiente, recobró un poco de alegría.

—Excelente. ¡Esa es la Lizeth que conozco!

—Debo hacer de lado lo que no sirve.

—Eso es lo que debes hacer. Así que ahora debes divertirte. Te serviré un trago.

—¿De qué exactamente?

—Mezcal artesanal.

—Suena interesante. Soy más de ron, así que espero no caer al primero.

—Toma. Primero bebe, mantenlo en tu boca hasta que sientas que quema, y pásatelo. ¿Lista?

—¡Lista!

—Entonces. 1. 2. 3 —ambos lo bebieron.

—Con esto es suficiente por ahora. Dentro de unos minutos la siguiente ronda.

—No ha estado nada mal.

—A ver qué te parece el siguiente —sonrió, sin dejar de mirarla.

Tras unos minutos, ella comenzó a sentirse mareada. Se lo hizo saber a Santo.

—Aquí viene la segunda ronda —se acercó a ella y le quitó los zapatos, dejándola descalza.

—¿Qué haces? ¿Qué tenía la bebida? —hablaba sin mover mucho la lengua.

—Me quitaste a Margalit. Yo te quitaré algo igual de especial —la jaló de la mano, haciéndola caer, del sillón en el que estaba, delante del él.

—No. Suéltame. Suéltame —trataba de patear y forcejear, pero no tenía fuerzas, y sólo consiguió dar la vuelta y tratar de arrastrarse.

—Oh no. No te vas a ningún lado.

Le detuvo las piernas, se sentó sobre ellas, logrando inmovilizarla. Ella seguía manoteando, pero no avanzaba, ni hacía nada en especial. Tomó la parte inferior del vestido y la levantó, dejando a la vista un elegante bikini rojo que hacía lucir su irresistible trasero. Lo levantó más, a la mitad de la espalda, y comenzó a bajarle la ropa interior.

—¡Nooo! ¡Nooo! ¡Santo!

—Nadie va por ahí usando esto sin la intención de provocar deseo.

La levantó, jalándola de un brazo, para enseguida penetrarla salvajemente.

—¡Para! ¡Por favor! —comenzó a llorar de dolor, ya que él profanaba su cuerpo por el orificio menos esperado, y el dolor era insoportable.

—Te quitaré algo especial. Pero no soy tan culero. Agradece que soy considerado.

—¡Detente! ¡Nooo!

Santo le quitó el vestido en un par de jalones, y le desabrochó el sujetador. Sus pechos eran pequeños, pero bien formados. Ella se dejó caer, se sintió más débil. Él la seguía sujetando de las piernas, mientras la penetraba una y otra vez. Ella solo soltaba sonidos guturales, y, después de unos segundos, dejó de hacer ruido.

Él se alarmó, así que sacó su miembro del interior de ella. Pero en cuanto vio que trataba de liberarse, la levantó una vez más, jalándola del brazo izquierdo, y al tenerla erguida, la sujetó del cuello con la mano izquierda, y con la derecha le introdujo un par de dedos en la misma cavidad, ella trataba de pronunciar algunas palabras, pero no podía, él le cortaba la respiración. Tras ello, la penetró nuevamente, hasta hacerlo con más fuerza una última vez, para después dejarla desnuda, tendida en el suelo. Inconsciente.

Le dio un baño de esponja con agua fría. La vistió nuevamente, con cuidado, y condujo el auto de su padre. Se detuvo a un par de casas más adelante, le dio un par de palmadas en el rostro para hacerla despertar, la acompañó hasta que ella tocará la puerta, y se retiró del lugar.

Margalit bebió la botella ella sola, terminó ebria. La chica festejada le pidió un taxi una vez que la fiesta hubo terminado, gracias a que cargaba su identificación en su cartera supieron a dónde debían mandarla.

Cada cual despertó en su respectiva casa, con dolor de cabeza.

Margalit no tenía respuesta de Lizeth. Su teléfono la mandaba directamente al buzón de voz, no respondía los mensajes, ni correos, ni se conectaba a las redes sociales. Estaba preocupada, y había decidido ir a su casa, sin previo aviso. Tras tomar un baño de agua fría, se vistió sin demorar en elegir su ropa. Tomó un pantalón deportivo negro, una camiseta blanca, una sudadera negra con rayas blancas en las mangas, un par de tenis de bota negros. Tomó su mochila, metió en ella una botella de agua, y estaba por salir de casa, cuando el teléfono fijo de su casa comenzó a sonar, así que dio la vuelta, y respondió.

—Buenas tardes, ¿señorita Milet? Soy el oficial González.

—Sí, soy yo. ¿Qué sucede? —preguntó nerviosa, pensando que podría ser algo relacionado a Lizeth.

—Necesitamos que venga al Ministerio Policial. Traiga al joven Vargas con usted, es importante su presencia.

—Muy bien. Estaré ahí en una hora. Hasta entonces.

—Tenga mucho cuid...—no terminó la última palabra, Margalit había terminado la llamada.

Le llamó a Santo por teléfono, para pedirle que pasara por ella, para llegar juntos, pensando que podría estar en la casa del Centro aprovechando el tiempo para estar con su madre en la ausencia de su padre, pero seguía en la Estación en espera de él. Sin embargo, le dijo que pasaba en unos minutos, que mientras alistara todo lo que necesitaba para salir, pero ya estaba lista, solo se acostó en el sofá en espera de que él llegara.

Escuchó sonar el claxon de un vehículo, y se asomó a la puerta, esperando encontrar un taxi, pero para su sorpresa, Santo conducía el vehículo. Cerró la puerta, y cruzó el jardín para encontrarse con él.

—¿Estás lista?

—¿Y esto? ¿Desde cuándo sabes conducir? ¿Y de quién es el auto?

—Es de mi padre, ni siquiera se molestó en llevárselo. Hace años que me ha enseñado a conducir a espaldas de mi madre, y he decidido usarlo, aprovechando que no está. Sube o nos demoraremos más.

—Pues tampoco es que vayamos lejos —dio la vuelta, para subir por la otra puerta.

Santo levantó el seguro para permitirle ingresar. El auto era un Ford Cásico de 1977 en color negro, que conservaban en buen estado, por ello no le era permitido usarlo, porque era de colección, pero corría el riesgo ante las circunstancias.

Margalit subió, y cerró la puerta. Como seguía con ligeros efectos de la resaca, se pegó al asiento, y cerró los ojos. En ese momento, Santo arrancó a su destino, y antes de dar vuelta a la derecha por Oaxaca, pudo observar en el piso del auto un arete de Lizeth, de la noche anterior, así que frenó repentinamente para levantarlo, sabiendo que ella no se daría cuenta. Por el impacto del freno, ella solo se quejó porque le afectó a su dolor de cabeza, y se limitó a sugerir que tuviera cuidado, si no, le iría mal por maltratar el auto. Arrojó el arete por la ventana hacia un terreno baldío mientras bajaba la cuesta, para salir finalmente al Libramiento, y aproximarse a su destino.

Al llegar al Ministerio notó que no había espacio en el estacionamiento y dio la vuelta a la derecha para dejar el auto delante del Mercado Tariatari. Dio vuelta al manubrio para subir el

cristal de la ventana, y salió. Como ella se tardó un poco, avanzó para ayudarlo a salir, y avanzaron hacia el edificio.

Una vez dentro, preguntaron por Gonzáles. Cuando llegó hacia ellos, les pidió seguirlo hacia una oficina, donde se encontraban su compañero Ornelas, y un grupo más de policías.

—Lamentamos haber demorado un par de meses, pero finalmente tenemos a un sospechoso. Golpeó a un hombre para ponerle las manos encima a su mujer, pero detuvimos antes de que esto último sucediera. Los vecinos no se hicieron de la vista gorda, es bueno que se tenga botón de emergencia sin hacerlo público, él no tenía ni la menor idea, y fue sorprendido. Esto sucedió en la colonia Niños héroes, en la calle Venecia, detrás del súper.

—¿Tienen a Pascal? —preguntó Margalit.

—No, señorita. Es por ello que le pedimos venir acompañada. Es relacionado a su profesor, pero también con el joven Vargas.

—¿Yo? No entiendo —respondió Santo.

—El sujeto confesó una parte, a cambio de reducir un poco la sentencia prevista. No ha sido juzgado ni nada, solo queremos sacarle la mayor información posible antes de continuar con el proceso.

“Juan Esteban Reyes. Antes de interrogarlo, siquiera de soltar una pregunta, mencionó su nombre y lo sucedido en Espejo. Dijo que él, junto con el buscado Henry Cázares, lo agredió. Queremos confirmar si es él, que usted lo reconozca, y no solo sea un cebo para hacernos perder más tiempo.

—Bien. ¿Dónde puedo verlo? —preguntó Santo.

—No lo verá en persona. Tenemos la identificación y fotografías. Con que usted lo reconozca, es suficiente. Aquí está —le pasó un folder.

—Sí, es él. El maldito que me rajó el labio —dijo, tras ver la primera fotografía.

—Excelente. Entonces, eso significa que faltan dos. Pascal y Henry —dijo, con tono de triunfo, el oficial.

—Ojalá los encuentren pronto —agregó Margalit.

—Esperemos que así sea, señorita. Por el momento es todo, y les agradecemos su tiempo y colaboración —los acompañó hasta la entrada del edificio, y se despidió de ellos.

Los jóvenes se dirigieron al vehículo nuevamente.

—¿Quieres que te lleve a casa?

—No. ¿Podrías dejarme en el Centro? Iré a ver a Lizeth.

—Te dejo fuera del museo, para que me sea más fácil seguir mi rumbo.

—Te lo agradecería mucho.

Subieron al auto, Esta vez no se molestó en bajar el cristal de la ventana.

—¿Puedes creer que lo atraparan así de fácil? Quiero decir, alguien buscado por agresión y posible abuso sexual, dejándose sorprender tan fácil.

—Quizá es el menos inteligente del trío —respondió él, sin mostrar mucho interés.

—Aunque me alegra, hay algo que me parece raro. Pero, en fin, solo faltan dos.

—Y caerán pronto. Ya verás.

Tras varios minutos de tráfico, finalmente se detuvieron, Margalit bajó del auto.

—Que tengas un buen día. Gracias. Y espero que tu padre regrese pronto, y a salvo.

—Espero lo mismo. Ten mucho cuidado. Nos vemos.

Tras ver el auto alejarse, subió con lentitud la cuesta. Normalmente no se agitaba, pero la resaca seguía causándole mal. Se detuvo junto a un poste, y vomitó. Para suerte de ella, nadie más

transitaba la calle en ese momento. Abrió su mochila, sacó la botella de agua, y dio un gran trago, para continuar después de unos segundos.

Llegó a la casa de Lizeth. Tocó el timbre, y fue la madre quien le abrió la puerta. Le hizo saber que la chica no se encontraba bien y que había pasado encerrada toda la mañana, no había salido para nada de su habitación.

—¿Tan mal se pusieron anoche, o solo ella?

—Ah, ambas —levantó la botella de agua, evidenciando que necesitaba rehidratarse, pero siguió la historia, al saber que Lizeth no había dicho nada.

—Liz. Querida, te buscan —dijo, después de tocar varias veces la puerta de la habitación—. Espera aquí, sé que ella vendrá —le dijo a Margalit.

—Gracias.

La señora continuó haciendo los quehaceres del hogar, respetando la privacidad de su hija, sin presionarla. Margalit esperó sentada en el piso, al lado de la puerta. Al cabo de un rato, esta se abrió, y Lizeth se asomó, con los ojos hinchados.

—¡Oh por Dios! ¿Qué sucedió? ¿Qué tienes? —preguntó, alarmada, y se puso de pie inmediatamente, para abrazarla.

—No. Eres demasiado buena para mí. No te merezco —respondió, con voz ronca.

—Pero ¿qué? ¿Qué sucedió después de que saliste corriendo?

—Yo... no sé si podré hablarte de ello.

—Por favor. Déjame ayudarte, y cuidarte —tomó sus manos, que estaban heladas.

—Quería desahogarme, y fui a ver a un viejo amigo...—habló más fácil de lo que ambas creyeron que sería.

—Continua —dijo, sin despegar la mirada de ella.

—Ya no es la persona que conocí, o quizás nunca lo conocí bien. Incluso puede que haya visto el video... creo que a este punto ya puedes deducir por donde va este asunto.

—¡Por favor! Dime que no es cierto —comenzaron a escurrirle lágrimas por las mejillas.

—Tú eres tan buena e inocente, blanca y rosa. Yo, una abominación del mal, negra y roja —asentía con la cabeza.

—Mí amor, yo...—la abrazó con más fuerza. Ambas lloraron.

—Quizás la lista se distribuyó, por ello, el deseo se apoderó de él, y como si tuviera el derecho, tomó mi “enorme trasero”.

—Lo lamento tanto —Margalit sintió que algo dentro de ello se quebraba, sensación un tanto egoísta, ya que era su pareja quien había sufrido el daño, no ella. Pero la amaba, y le dolía muchísimo.

—Me alegra que tú estés bien, y por favor, mantente a salvo.

—Pero, ¿cómo sucedió?

—No recuerdo mucho. Desperté con dolor de cabeza, y aunque quiero recordar, todo se vuelve oscuro. Cuando me senté al borde de la cama, me dolía ahí atrás.

—Entonces, con tomar tu trasero te refieres a...

—Así es. Las primeras horas dolió horrible. Pero con varios analgésicos —que curioso que inicie con esas letras —dejó sentirse fatal.

—Vamos a tomar un baño —la tomó de la mano, y trató de jalarla, pero no pudo.

—Aparte de que está mi madre en casa, no puedo seguir contigo.

—¿Qué? Liz, por favor. Déjame cuidarte.

—Tú me has cuidado. Fui yo la estúpida que buscó refugio en el lugar equivocado. Más que

dolerme el daño causado y el acoso de nuestras compañeras, me duele ser tan frágil. Dejé destruir la confianza que me diste, y por ello mismo terminó sucediendo lo que sucedió.

—¡No! Seguiremos juntas, y denunciaremos a tu viejo “amigo”. Debe pagar por lo que te hizo.

—No, Margalit. Debes irte, ahora.

—Liz. Por favor.

—Lo siento. Es lo mejor.

La besó por última vez, un suave roce de labios, la empujó fuera de la habitación, y cerró la puerta. Se aventó boca abajo sobre su cama.

Margalit avanzó hacia la puerta principal, sin despedirse de la señora. Salió a la calle, y comenzó a correr. Le dolía lo sucedido a Lizeth, le dolía la ruptura, y le dolía que, aunque ella quisiera hacer algo, no podría sin que su novia diera una declaración sobre el abuso. Sentía un dolor en su pecho, un vacío en su estómago, y, sin tener rumbo fijo, comenzó a correr esperando una solución.

Lizeth continuó con sus actividades como de costumbre, pero su autoestima estaba por los suelos. Por más que Margalit se esforzara en platicar con ella, no le dirigía la palabra, y se sentaba al otro extremo de ella en los salones de clase. Se limitaba a fingir que tomaba apuntes, porque en realidad solo hacía garabatos en su cuaderno, y mirar al frente aparentando poner atención mientras en su mente cruzaban miles de pensamientos que únicamente le causaban desesperación y estrés, ya que tenía a Santo y Margalit a pocos metros de distancia.

Tras terminar la clase de Hernández, se puso de pie para salir a tomar aire fresco, pero cayó a medio camino, una de sus compañeras le puso el pie.

—Ahí es donde mereces estar. En lo más bajo —dijo la chica.

—¡Hey! ¿Qué te pasa? —dijo Margalit, tras ponerse de pie, y le extendió la mano a Lizeth con la intención de ayudarla a levantarse.

—No necesito tu ayuda —respondió, poniéndose de pie.

—¡Oh! Parece que no le gustó tijerear contigo —miró a Margalit.

—Cierra la boca, estúpida —advirtió Lizeth.

—No sabía que necesitaba tu per-mi-so.

—Da igual —avanzó y salió del salón.

—¿No ha sido suficiente con lo de la otra noche? —preguntó Margalit.

—Mi nariz puede sanar, su autoestima no. Llevo la delantera —se sentó, sin darle más importancia a Margalit.

Continuaron las clases. La docente hizo participar al grupo de manera aleatoria, y cuando le tocó a Lizeth, ella no se percató.

—Señorita Vainstein, mi hora no es para pensar en otras cosas. Ponga atención, y respóndame por favor.

—Yo, no sé.

—No es una respuesta válida. Piense un momento.

—Si no sabe qué pedo con su vida, menos con su asignatura —comentó otra compañera. Todos rieron.

—Respeto por favor —le dirigió al grupo—. Y usted —ahora a Lizeth—, póngase de pie y venga para acá.

Lizeth avanzó al frente del salón, delante del grupo.

—Sé que usted sabe, solo concéntrese por favor. Mire a todos sus compañeros y deles la respuesta.

Comenzó a temblar, pasó la mirada uno a uno sobre sus compañeros, un par de chicos le hicieron señas con significado sexual, un par de chicas le sacaron la lengua, y Daniela, la compañera problemática, le mostró ambos dedos medios.

—Yo... yo...

—¡No mames! ¡Qué pinche asco! —dijo Daniela, mientras levantaba su teléfono para grabar video.

Varios de sus compañeros comenzaron a lanzar bolas de papel, y gritar “¡Miona!”.

—¡Chicos! ¡Todos tendrán reporte si no paran ahora! ¡A cualquiera le puede suceder! —dijo en

voz alta la docente.

Lizeth dio la vuelta rápidamente para salir del salón.

—¡Ahora sí eres el hazmerreír! —Daniela gritó, antes de que Lizeth cruzara la puerta.

Santo se puso de pie, con su mochila en la espalda, tomó la de Lizeth y la cargó en el hombro derecho—. Yo la llevaré a casa —se dirigió a la docente.

Cuando Lizeth salió del baño, cubriéndose con la sudadera atada a la cadera, se encontró con Santo y dio un par de pasos hacia atrás.

—No, por favor —dijo, casi inaudible, sintiendo miedo.

—Tranquila, toma tu mochila y vámonos —se la entregó—. Llovieron pendejos y aquí se inundó.

Ella tomó la mochila, incrédula, y lo siguió.

—Yo también voy —Margalit se puso de pie, tras pensarlo lo suficiente.

—Adelante —dijo la docente.

Margalit salió apresurada, pero no vio a Santo y Lizeth. Fue al baño, pero no estaban ahí tampoco. Salió del edificio, y los vio avanzar hacia el estacionamiento. Corrió hacia ellos.

—¿La llevaras a casa?

—Sí, aprovechando que tengo el auto.

—¿Puedo ir con ustedes?

—¡No! —dijo Lizeth apresuradamente.

—Pero...

—Ha sido difícil para ella. Dale su espacio —dijo Santo, y siguió avanzando junto con Lizeth. Abrió la puerta derecha para que ella entrara primero, y luego se dirigió al otro lado para subir y encender el auto.

Margalit vio cómo avanzaban, hasta perderlos de vista. Regresó al edificio, entró al baño, abrió el almacén y tomó un traperero. Volvió al salón, y mientras todos seguían siendo regañados por la profesora, ella limpió la orina que seguía en el suelo y que se había abierto paso entre los espacios que había en medio de los azulejos. Salió al baño a regresar el utensilio a su lugar, y al volver al salón, se sentó a su asiento, entró a WhatsApp para enviarle mensaje a Santo, ya que Lizeth no le respondía desde su ruptura, tras ello entró a Facebook y vio el video que grabó Daniela, lo habían compartido rápidamente la mayoría de sus compañeros, y muchos más amigos que conocía de la escuela, tenía ya varios comentarios con risas e insultos.

Se puso de pie, se paró delante de Daniela, y le dio una cachetada sin que ella pudiera meter las manos.

—¡Tiro! ¡Tiro! —gritaban los compañeros.

—No le gusta cómo se la chupas, y ¿todavía la defiendes? —respondió ella, sin dejarse intimidar esta vez.

—¡Más te vale que borres el maldito video!

—¡Señoritas! Ambas con su jefa de carrera. ¡Ahora!

Caminaron distanciadas, sin dejar de insultarse. Pero al subir las escaleras, la distancia se acortó, y Daniela empujó a Margalit contra el barandal.

—¡Sigue chingando!

—Mientras pueda, tenlo por seguro.

Llegaron a la oficina de Arreguin, quien las atendió inmediatamente. Se sorprendió al saber que era por reporte, y cuando ella explicó lo del video y toda la molestia hacia Lizeth, la jefa de carrera preguntó sobre dicho video, y Margalit contó lo sucedido y que el video ya se encontraba

en Facebook.

—Bien. No puedo controlar sus actividades en redes sociales, pero le daré el día de hoy para que lo elimine, si no, será suspendida por tres días —le dijo a Daniela.

—Debe hacerlo ya. Lizeth está recibiendo insultos y comentarios deplorables. No solo lo subió, sino que la etiquetó.

—Tranquila. El plazo es de un día, espero que para mañana ese video haya sido eliminado. Ahora vuelvan a clases.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó Lizeth a Santo a medio camino.

—Porque necesitas cambiarte de ropa, y porque ellos son unos imbéciles.

—Pero, ¿qué hay con lo de la otra noche? ¿por qué lo hiciste? Primero me haces daño, y ahora me proteges. ¿A qué quieres jugar?

—Yo no te hice daño, no tuve ninguna mala intención, ni la tengo.

—Te dije que pararas, pero no lo hiciste. Me dolió horrible. Tienes suerte de que no quiera denunciarte.

—¿Suerte? Lo recuerdas mal. Nunca me pediste que me detuviera, me pedías que lo hiciera. Pedías más, por ello, aaah, introduje mis dedos.

—Yo, no puedo recordar mucho —respondió tras unos segundos.

—Bebimos mucho, el mezcal te embriagó. Nos pusimos calientes, y dijiste que, como lesbiana, no querías que un hombre te quitara la virginidad de ahí adelante, así que por esa razón fue por detrás.

—¡Oh Dios! —guardó silencio, y tras unos segundos continuó -: Entonces debió ser un mal sueño.

—Sí, eso debió ser —hablaba con la vista al camino, mientras ella miraba por la ventana.

—Y, aaah, ¿alguna vez lo hiciste con Margalit?

—No, nunca se dio la oportunidad. Aparte de que la respeto.

—Pero viste los videos. No respetaste lo que ella te dijo sobre no mirar. Y admitámoslo, se ve bastante bien.

—Bueno, no lo puedo negar, pero...

—¿Por qué decidiste hacerlo conmigo? ¿Encuentras algo bueno en mí? —se sonrojó.

—Me gustan tus piernas, tu cintura, y tu enorme trasero —soltó una risa.

—¡Oye! ¿Crees que es grande?

Sin responder, soltó la mano derecha del volante, y la movió hacia ella, para meterla entre la sudadera y el pantalón.

—¿No te importa que esté mojada con... orina?

—Es lo de menos —volteó la mirada hacia ella, quien lo miraba en ese momento, y le sonrió.

—Pero, aparte de ello ¿hay algo bueno en mí?

—Eres bonita, eres divertida, la timidez te da el toque de ternura y dulzura, más cuando te sonrojas, como en este momento.

—Aaah, gracias —agachó la mirada, sonrojada y sintiéndose apreciada por alguien.

Continuaron la plática, hasta que la dejó en su casa. Bajó del auto, y se despidieron.

Cuando entró a Facebook, después de tomar un baño, vio el video.

“Estúpida Daniela”, pensó. Vio el número de reproducciones, el número de veces compartido, el número de reacciones, y algunos comentarios. Todo le dolía, se sentía humillada de que tanta gente la viera en esa situación, porque su rostro se apreciaba perfectamente, aparte de que había sido etiquetada, y se preguntaba por qué demonios tenía agregada a Daniela. El golpe duro fue ver

que, entre los comentarios, uno de sus compañeros había subido el video grabado por las cámaras de Pascal, diciendo “Así es como se ve sin ropa”.

Dejó su teléfono en su mesa de noche, y comenzó a llorar.

Al día siguiente, al llegar a clases todos la miraban con lujuria, con risas entre los labios. Pasó a estar en el punto de mira de las burlas y de los deseos de los chicos. En su salón de clases, en los pasillos, en la biblioteca, en la cafetería, cuando ella se presentaba, todas las miradas se le iban encima. Podía escuchar en su cabeza las risas y comentarios en su contra, así que se apresuraba a caminar, y en clase se sentaba al fondo, pero en el grupo de WhatsApp mandaban demasiados mensajes hablando mal de ella, no se sentía tranquila en ninguna parte.

Tras acabar las clases, Margalit fue tras ella queriendo hacerle compañía, pero no fue aceptada. Se preocupaba por Lizeth, y en verdad esperaba que la situación mejorara. Al menos el video había sido eliminado de Facebook.

Lizeth prefirió avanzar hasta el entronque, pero sentía que la seguían. A cada momento miraba hacia atrás, pero no veía a nadie. Se escuchaban sonidos a causa de los soplos del viento, y sentía que eran pasos de alguien tras ella, pero no había nadie tan cerca. Apresuró el paso, y cuando se encontraba frente al cementerio, únicamente vio a una chica a unos metros, pero no había peligro alguno.

Avanzó a tomar el transporte.

Llegando al Centro, bajó en Ahumada, para subir por La Paz y avanzar a casa, pero seguía con la sensación de que alguien iba tras ella. La sensación no desapareció ni estando encerrada en su habitación.

Así transcurrió la semana. Cada día había algo diferente, un chicle pegado en su asiento, rayones en sus libretas, chorros de agua de la parte trasera del salón, bolas de papel, etcétera.

El jueves, tras volver del baño, no encontró su mochila, y estuvo sin útiles durante las dos últimas clases. Se quedó una hora más tras finalizar su horario, llorando en el salón, hasta que por los mensajes de WhatsApp enviaron una foto de la mochila tirada junto a la bioconstrucción. Fue por ella, y se encontró con Daniela. Mientras discutía con ella, otro par de compañeras derramaron una cubeta de agua encima, y luego tierra, y se fueron riendo.

Le envió un mensaje a Santo. Cuando él llegó, la encontró apoyada en la pared, con la cabeza entre sus piernas.

—Gracias. Es mucha ayuda que puedas venir con el auto hasta aquí —dijo, una vez estando dentro del vehículo.

—No te preocupes. Pero, se están pasando. Debes ponerles un alto —dijo, para después arrancar.

—Trato de no darles importancia.

—Al no hacer nada, les das permiso para seguir con sus malas jugadas.

—No quiero complicar más las cosas.

—No digas que no te lo advertí.

El viernes, tras finalizar la última clase, se puso de pie para avanzar, pero notó que tenía desabrochadas las agujetas de los tenis, así que se inclinó y subió el pie derecho sobre una silla para abrocharla, y luego hizo lo mismo con la izquierda, y antes de terminar, uno de sus compañeros se acercó a ella y le manoseó el trasero, aprovechando que ella llevaba unos shorts de licra, ya que había dejado de darle importancia a cuidarse, y le pasó las manos por todas partes, empujándola contra la pared. Ella comenzó a gritar, pero él le tapó la boca,

Un par de compañeros, junto con Daniela, se acercaron al escuchar, pero no dijeron nada, se

limitaron a observar. Sin embargo, Santo fue tras ellos, y al ver lo que sucedía, entró y tomó al chico por el cuello, mientras Lizeth seguía pegada a la pared, sin moverse.

Santo tumbó a su compañero al piso, se subió sobre su torso, y golpeó su rostro repetidas veces hasta hacerlo sangrar. Fue detenido por varios estudiantes del salón de al lado, tras darse cuenta de lo que sucedía. Nadie fue reportado, ya que, si él iba con la jefa de carrera por agresión, el otro iría por intento de abuso sexual, y quedaron en el acuerdo de no decir más al respecto, pero él les advirtió que, si volvían a hacerle algo malo a ella, debían atenerse a las consecuencias.

Como Lizeth quedó en shock, y no se despegaba de la pared, la levantó entre sus brazos hasta llegar al auto, y la llevó a su casa.

Margalit se había distraído por la situación de Lizeth y su fracasado intento de ayudarla, pero se decidió a continuar con el asunto de Nora y las demás chicas, solo que cuando buscó el folder en su mochila no lo encontró. Además, cuando fue a consultar para ver si le permitían acceder a las grabaciones de las cámaras de vigilancia, le dieron que se borraban los archivos de más de dos semanas. Comprendió porque los oficiales se habían tardado más de lo pensado, pues en la escuela no habían obtenido nada más.

Todo se había complicado.

De poco en poco, Lizeth y Santo dejaron de asistir a todas sus clases. Seguían al corriente con los trabajos, pero preferían aprovechar de mejor manera el tiempo que se desperdiciaba estando en el salón pretendiendo aprender algo, mientras los mejores aprendizajes y las lecciones más importantes se obtienen en la vida diaria, en el mundo de fuera, no en el que se crea dentro de cuatro paredes.

Margalit continuaba manteniendo sus notas altas, pero su preocupación continuaba, no sabía qué se tramaba Santo jalando a Lizeth consigo, solo deseaba que ambos estuvieran bien. Por el caso que intentaba resolver, le preguntó a Lizeth por mensaje, sabiendo que posiblemente nunca tendría respuesta, pero era mejor intentar que quedarse con la duda, ya que las únicas veces que dejaba su mochila sola era para ir al baño, y únicamente Lizeth sabía de qué color era el folder, ya que, por las distintas asignaturas, cargaba varios.

Faltaban un par de semanas para concluir el semestre, por ello daba lo mejor, para salir sin deber complementaciones y poder disfrutar su libertad desde el primer día. La única dificultad era soportar a sus estúpidos compañeros, principalmente a Daniela.

—No sirves para chupar verga ni para tijerear. Qué lástima por ti —dijo su odiosa compañera.

—Lo que suceda en mi vida te vale madre —respondió Margalit, sin apartar la mirada de su cuaderno.

—Mírame cuando te hablo...

—Ajá —levantó la mirada, haciendo notar su molestia.

—Tus dos ex parejas están follando mientras tú estás aquí como babosa. Así de especial... ¡Ah! ¡Suéltame!

—Si te suelto, es para que te largues y dejes de estar chingando. ¿Me oíste? —hizo la advertencia, a la vez que le torcía la mano a Daniela.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Ya te oí!

—¡Órale! ¡A chingar a tu madre! —le dijo, tras soltarla. Y continuó con sus trabajos.

Santo y Lizeth habían estado desayunando. Fueron por comida china. Él pidió arroz con bolitas de pollo picante y dos rollos de camarón con queso crema. Ella, espagueti con pollo picante y cerdo con brócoli y zanahoria. A ambos les encantaba el picante, así que le agregaron salsa extra, tanto que a ella se le escapaban las lágrimas por tanto picor.

Habían pedido los platos para llevar, y habían subido al Estribo Grande en el auto, para disfrutar la comida en agradable compañía, con la tranquilidad del cerro, teniendo una hermosa vista delante. Tras terminar, subieron al auto, sin saber a dónde ir, pero él le propuso ir a su casa, en la Estación, y ella aceptó, no tenía idea de qué harían, sin embargo, estaba encantada.

Una vez ahí, Santo sacó cuatro latas de Victoria, y comenzaron a beber. Encendió el estéreo y conectó el auxiliar a su teléfono, Larva sonaba a todo volumen. Ella no conocía a la banda, pero le agradó la música. Conversaron sobre diferentes temas, hasta que la cerveza terminó. Ella preguntó si había más, pero él le dijo que tenía otra cosa en mente, así que se acercó a ella, la tomó de la cintura, para posar sus manos sobre su espalda y hacerlas bajar a su trasero.

—¿Te gusta tanto? —preguntó, sonrojada.

—Me encanta —sonrió, dando un apretón.

—¿Quieres?

—Vamos.

La jaló de la mano, subieron las escaleras, y entraron a su habitación. Ella se sentó en la cama. Llevaba nuevamente el short de mezclilla y las medias, pero esta vez con unos Converse, y una blusa abotonada. Él se aventó sobre ella, besándola apasionadamente, mezclando lenguas y saliva. Se despegó, besó su mejilla izquierda, su cuello, y desabrochó el primer botón, luego el segundo, uno más, así, hasta sacar todos de los ojales y dejar su sujetador a la vista. Se lanzó sobre sus pechos, bajó al ombligo, y desabrochó los shorts.

—Espera —dijo, poniéndose de pie, mientras ella seguía acostada—.

—¿Pará qué es eso? —preguntó, una vez que él volvió con una cámara en la mano izquierda y un tripié en la derecha—.

—Siéntate al borde, y quítate la camisa de encima.

—¿Aquí está bien? —preguntó, dejando la camisa a un lado.

—Perfecto. Ahora, sin desabrocharlo, baja los tirantes del sujetador por tus brazos.

—¿Así? —preguntó, sonriendo.

—Así, solo quita la sonrisa de tu rostro... ¡Excelente!

—¿Ya es todo? —preguntó, subiéndose los tirantes.

—No. Ahora la pondré aquí a grabar mientras tú y yo nos divertimos.

—Entonces ven —dijo, sacándose los tenis de un solo movimiento.

Santo avanzó hacia ella. Le quitó los shorts, y después las medias.

—Espera. ¿No tienes condones?

—No pasa nada. Por ahí no quedas embarazada, y tampoco tengo ETS.

—Sin el lubricante me dolerá, pero será parte del placer.

Se sentó sobre su miembro, hasta que entró en ella. Comenzaron movimientos lentos, pasando a rápidos. Ella se quejaba del dolor, pero no sé detenía. Santo le colocó las manos sobre el trasero, para separar las nalgas y que su falo entrara sin dificultades, ya que no sólo a ella le dolía.

Ella irguió el torso para desabrochar el sujetador, y lo tiró a un lado. Se inclinó, y le puso los pechos a Santo sobre el rostro, quien primero los besó con delicadeza y después mordió los pezones con la fuerza suficiente para causar dolor, pero sin provocarle daño.

Ambos comenzaron a gemir de placer, mientras el estribillo de la canción sonaba a todo volumen:

“¡Fóllame! ¡Contrólame! ¡Destruyeme!

Hasta que pierda el sentido,

Hasta que duela el placer,

Hasta que el semen se vuelva sangre,

Usa tu sexo y lastímame”

Tras eyacular dentro de ella y permanecer así hasta que la erección se fue perdiendo, le separó nuevamente las nalgas, dejando ver su orificio anal en dirección al lente de la cámara, le introdujo un dedo, luego dos, y luego ella hizo lo mismo, para llevárselos a la boca y probar el espermatozoide de Santo.

Se puso de pie, y puso fin a la grabación.

—¿Qué es lo que te gusta de mi trasero? ¿Las pompis, o el hoyito? —preguntó con cierta timidez.

—Ambas cosas. Estás sabrosa, y cada parte tiene su encanto.

—Bien —se puso de pie—. Deja voy a limpiarme para vestirme.

—¿No quieres bañarte? Es calentador solar. Con este calor, estará perfecta.

—Métete conmigo —lo jaló de la mano.

—Vayamos pues.

Tuvieron otro round bajo la regadera. Esta vez, él la cargó sobre sus brazos, mientras ella se sostenía con la fuerza de sus piernas a la espalda de él.

Terminaron agotados, y durmieron el resto de la tarde, en ropa interior.

Despertaron al escuchar sonar el teléfono de Santo. Él se vistió rápidamente y le pidió a ella que hiciera lo mismo, bajo a prisa para abrir la puerta, y un hombre se presentó con cinco mujeres, de veinte a veintidós años, y una menor, de diecisiete.

—Henry. ¿Qué hago con ellas?

—Ya sabes a dónde llevarlas. Él te espera. Te lo encargo, yo tengo otro asunto que atender. Parece que atraparon a Esteban y tengo que ponerme al tanto, para despistarlos. Hasta la próxima.

Santo lo pensó un momento, y aprovechó la oportunidad que tenía, quizás su alma se estaba pudriendo, pero era justo, una chica de diecisiete no debía estar ahí. Así que llevaría a Lizeth en su lugar.

—Vete. Tú eres muy chiquita para estar aquí. No lo mereces —le dijo a la joven, indicándole la salida—. Liz, ven acá. Hoy quiero que vayas con alguien. Sé que le alegrará mucho verte —le dijo, mientras ella bajaba las escaleras.

Le abrió la puerta delantera derecha para que subiera junto a él, y a las otras cuatro chicas les pidió subir a los asientos traseros.

—Todas saben de qué se trata, o al menos tienen una idea. Tú no, y quien estará ahí tampoco sabe lo que le espera, pero le encantará verte. Yo las dejo y regreso a casa. Tengo papeleos que hacer. Pórtate bien.

—Claro. Si a alguien le alegrará verme, haré lo mejor —sonrió.

Detuvo el auto en El Manzanillal. Había un club nocturno, a donde jóvenes y grandes iban a divertirse y pasar la noche entre tragos y baile. Como en todo negocio de ese estilo, estaba la puerta trasera, para personal autorizado. Santo envió un mensaje y en cuestión de segundos salió una mujer cubierta únicamente por el sujetador, una falda, y unos zapatos de tacón alto.

—¡Son los nuevos rostros! Síganme.

—Aquí te dejo. Sé buena, y muéstrale lo mejor de ti —Santo le dijo a Lizeth, y besó su mejilla.

—Confía en mí —besó sus labios.

Y se adentró junto con las demás chicas al interior del edificio.

Margalit llegó a casa. Se aventó sobre su cama y durmió. Tras despertar, comenzó a mirar el techo poniendo a girar los engranajes de su mente. De repente, recordó lo que le dijo Lizeth: tomaron su enorme trasero, alguien que posiblemente vio el video y que, además, debió ver la lista. Recordó que el día en que encontraron dicha lista, Santo estaba cerca, que él fue quien

descubrió el video de Lizeth y por el deseo vio también el de ella. Recordó que Lizeth no tenía muchas amistades masculinas, y que el comportamiento de Santo había sido raro los últimos días, haciéndola del héroe de Lizeth. Quizás para enmendar su error.

Así que, siendo casi las nueve de la noche, se puso de pie. Tomó las llaves y su cartera, y salió de casa a buscar un taxi.

En quince minutos se encontraba fuera de la casa de Santo, tocando el timbre insistentemente. Él abrió, con los ojos rojos, sorprendido de verla ahí.

— ¡Imbécil! ¡Fuiste tú! ¡Fuiste tú! ¡Estúpido! ¡¿Por qué lo hiciste?! —gritaba, llorando, mientras lo empujaba dándole golpes en el pecho.

— ¡Hey! ¡Margalit! ¿Qué demonios te pasa? No puedes llegar a la casa de alguien y ponerle las manos encima —trataba de calmarla.

— ¡Eso y más mereces, idiota! —seguía, golpeando.

— Dime, ¿qué sucede? —le detuvo las manos.

— ¡Maldito! ¡Eres un cerdo asqueroso! ¿Cómo pudiste? —no le importaba tener las manos inmóviles, continuaba acusándolo.

— ¡Cierra la puta boca! ¡Joder! —soltó sus manos, y le dio una cachetada. Así consiguió callarla.

— ¡Santo! ¿Desde cuándo le pones la mano encima a una mujer? —su expresión se tornó triste, se quedó boquiabierta, con ambas manos en su mejilla.

— Traté de calmarte de buena manera. Tú me orillaste a hacerlo —se excusó.

— Ahora no me cabe duda. Definitivamente fuiste tú.

— ¿Qué fue lo que hice exactamente para que vengas a tratarme así? —se llevó las manos a la cabeza.

— ¡No te hagas el Santo, que no lo eres! ¡Putra madre! Y pensar que Pascal tenía razón —lo miró con asco, de repente lo veía como una criatura despreciable.

— ¿Qué? ¿De qué demonios me estás hablando?

— ¿Dónde está Lizeth?

— Yo cómo voy a saberlo.

— Últimamente pasas mucho tiempo con ella. Te haces el buenito, pero eres una porquería. Como dijo Klan, “Eso es vender facha, es escupir por la boca mariposas cuando en tu panza hay cucarachas”.

— Asombroso —mordió su labio inferior—. Es genial que sigas todavía...

— ¡No me cambies de tema! Las pendejadas que Daniela y el grupo le hacen a Lizeth no se comparan con lo que tú le has hecho.

— ¿Qué quieres decir? —el efecto de la marihuana le bloqueaba todo asombro, sabía perfectamente por qué Margalit estaba ahí, pero no se dejaba intimidar por una chica que medía diez centímetros menos que él, y agradecía que sus expresiones fueran indiferentes.

— El fin de semana pasado. Violaste a Lizeth.

— ¿Qué? ¿Cómo podrías saber tú eso? —se dio cuenta de que habló demás, pero no se mostró preocupado.

— ¿Lo estás confesando?

— No, pero dime, ¿cómo es que lo sabes?

— Cuando fui a su casa después de haber ido al Ministerio contigo, me dijo que le dolía el culo —a este punto no le importaba qué palabras usaba—. Tenía síntomas de resaca, pero no creo que haya bebido. Se sentía fatal, su rostro se veía pálido, sin color, como si su alma se hubiera ido. Me dijo que visitó a un viejo amigo que ya no era el mismo o que quizá nunca conoció bien, y pensándolo bien, con lo que me acabas de demostrar, definitivamente eres tú. Dijo que el deseo se

apoderó de él y que tomó su enorme trasero —hizo las comillas aéreas, con sus dedos—, citando la lista que dejaste en la escuela. Y dijo que quizás ese viejo amigo vio el video. Creí que no quiso decirme para no hacer más grandes los problemas, pero creo que me lo reveló de una manera escondida entre sus palabras.

—Y con todo esto, ¿a dónde quieres llegar?

—Santo. Fuiste tú quien descubrió su video. Fuiste tú quien dejó la lista, y te hiciste el inocente preguntándonos qué era la hoja. Evidentemente ya no eres el mismo, o realmente nunca te conocimos bien.

—Pero yo no la violé.

—¿Entonces admites lo de la lista y que ella estuvo aquí?

—Bien. Vino aquí porque la molestaron estando contigo, y quiso desahogarse porque se sentía débil. Bebimos mezcal, y dijo que no era lo acostumbrado, pero que le entraba de igual manera. Conforme los tragos aumentaban, nos pusimos calientes, y no es que la haya violado, la pendeja se puso caliente y se levantó el vestido, así que le hice el favor.

—Eso es estúpido. Es lesbiana.

—Tampoco la conoces —refiriéndose a lo sucedido horas antes—. Le gusta que le abran el culo y se lo rellenen de semen.

—Puedes decirlo así, pero olvidas algo.

—¿Qué cosa?— cruzó los brazos.

—Fue la misma jugada. Así drogaron a Elizabeth, poniendo una sustancia en su bebida para hacerla perder el conocimiento poco a poco.

—¿Cómo es que sabes eso? —bajó los brazos y se acercó a ella.

—Solo admítelo, y aléjate de Lizeth.

—Ambos hemos dicho demasiado por hoy. Lamento que tengas que callarte en este momento.

—Pero —cayó al suelo, inconsciente.

Lizeth entró al club. Subió unas escaleras, siguiendo a las demás chicas. Siempre entraban ordenadas por edad, así que, aunque era la mayor, pasaba desapercibida por su tamaño y apariencia, aparte de que las medias con los Converse le daban un aspecto más adolescente. Santo sabía esto, por ello, a pesar de no darle indicaciones, la distrajo para que pudiera entrar al último. Quien la esperaba dentro había pedido a la menor, así que le enviaría una sorpresa.

Subieron a una segunda planta. Las cinco chicas se asomaron al borde, por donde se podía observar desde las alturas a todo el mar de gente, bailando y bebiendo, mientras la música de banda sonaba de fondo.

—Por aquí, chicas —les indicó la mujer.

Había pequeños cuartos numerados del uno al cinco. Todas miraron.

—Las primeras serán últimas, y las últimas primeras —anunció.

Lizeth entró a la primera. Estaba a oscuras dentro, y a los pocos segundos se iluminó.

—¿Usted? ¿Qué es esto?

—¡Vaya! No eres la única sorprendida —respondió Pascal, poniéndose de pie y acercándose a ella. Dio la vuelta alrededor de ella, mirándola de pies a cabeza.

—Santo te ha enviado, ¿no es así?

—Sí, pero no me dijo para qué. Solo me dijo que le alegraría mucho verme aquí, sin que yo supiera que era usted.

—Y tenía razón. Será compensado.

—¿Puede explicarme qué es esto? Además, todo lo sucedido últimamente desde el encuentro

con Margalit en su cubo.

—Adelante. Pero lo haremos al paso. Así que, ve quitándote la ropa —él se quitó el saco y la corbata, y desabrochó los botones del cuello y de ambas muñecas de su camisa—. Supongo que para esto no necesitas explicación.

—Entonces, ¿es un prostíbulo? —preguntó, mientras desabrochaba los botones de su camisa.

—No lo veas así. No estoy pagando por ti. No te estás vendiendo. Llamémoslo una fiesta privada. Nos divertiremos. Mírame como tu amigo.

—Entonces, ¿usted no tenía malas intenciones en contra de Margalit?

—Para empezar, soy mayor que tú únicamente por doce años, así que háblame de tú, con confianza. En segundo, acércate y comencemos. Iré hablando a la par.

—Debo decirle... decirte, que soy lesbiana. He tenido sexo esta semana por primera vez, pero ha sido anal. No quiero comprometer mi vulva con un hombre. No sé si haya molestia con ello.

—No, me parece interesante mantener tu postura y preferencias a pesar de esto. Así que, ven —se sentó, dándose palmadas en la pierna derecha, indicándole que se sentara en ella.

Lizeth se acercó con timidez. Claro, ya había sido penetrada, pero ahora estaba delante de su profesor. Cubría sus pechos con el brazo izquierdo y su zona púbica con el derecho, y, sin retirar los brazos, se sentó sobre la pierna de Pascal.

—Yo comenzaré, ofreciéndote mi confianza, la cual espero que no traiciones. ¿Entendido?

—Entendido.

—Esto es, como ya te dije, la zona privada de diversión, diversión sexual. Cogemos sin pedos, como amigos, con consentimiento. Santo te ha enviado, pues él trabaja para mí. Es su labor, junto con otro colega, buscar jóvenes dispuestas a esto. He dicho que no es prostitución ni que te vendas, pero se les atribuye una pequeña ayuda en lo que quieran, si tienen un problema, les ayudamos a resolverlo, pactándolo con sexo —hablaba, mientras acariciaba el trasero de Lizeth.

—Pero, ¿por qué Santo?

—Bien. Como te vaya revelando información, deberá aumentar el nivel de esto. Así que, muévete un poco para atrás.

Ella lo hizo, y a los pocos segundos un dedo de Pascal se habría pasado en su cavidad anal.

—Buena chica... Verás. Él estaba perdido, era evidente, lo reflejaba su cara de que apenas podía con su alma. Al primer incidente en el salón de clases, lo vi más motivado, no sé, la adrenalina. Así que, como primer movimiento, mandé a unos amigos a que le partieran la madre, y funcionó.

—¡Oh, sí! Quienes le partieron la nariz y el labio —a este punto, ella comenzó a mover la cadera, para que la extremidad de Pascal entrara sin problema y más profundo cada vez.

—Esos mismos. Funcionó, demás. La adrenalina y la valentía se apoderaron de él. Los hizo encabronar, y por su imprudencia casi se lo lleva la verga, pero no fue así. La joven, Margalit, me la ponía dura naturalmente, y era cuestión de tiempo para que me acercara a ella, pero Santo se llenó de motivos por defenderla, y sabía que podía aprovecharlo, como se lo dije, ¿qué tenía de Santo? Lo pondría a prueba, así que adelanté mis movimientos y arriesgándome en la escuela, le puse las manos encima a tu amiga. La había deseado tanto, y mucho más después de ver su culo y coño abiertos en el video, con ganas de estar ahí en ese momento.

—¿Y cómo fue que se unió a usted?

—Ven, ahora siéntate aquí —cerró un poco sus piernas para que ella se sentara encima, con las piernas abiertas—. Sé que no quieres penetración, pero esto no te afectara nada —comenzó a frotar sus dedos sobre la zona íntima de ella.

Lizeth jamás había tenido contacto sexual, ni se había autoestimulado, el contacto le causó un cosquilleo y se estremeció. Se pegó al pecho de Pascal, pegó su cara sobre su hombro izquierdo, y rodeó su cuello con los brazos.

—Ocurrió un incidente aquí, en esta comunidad, que irónicamente es donde nos hemos estado refugiando. Todo iba bien, pero la hija escapó, la seguí por el barranco y por no conocer el lugar, di un mal paso y caí sobre el agua del drenaje, ella corrió a pedir ayuda, y nosotros escapamos rápidamente con el cuerpo de la madre. Cuando la policía pendeja y los noticieros publicaron la nota sin medir la información, nos dirigimos hacia allá. Merodeando dentro del coche, con binoculares, descubrimos cuál era la casa, y para hacer todo más fácil, necesitábamos a alguien que ella no conociera y le inspirara confianza.

En ese momento Lizeth gritó de placer, expulsando sus fluidos sobre la mano de Pascal. Le dio una probada, y después la pasó sobre el rostro de Lizeth, quien lamió lo que pudo, alrededor de su boca.

Pascal desabrochó su pantalón, sacando su miembro erecto, para introducirlo en Lizeth, respetando sus preferencias.

—Busqué a Santo, era la persona indicada. Le prometí dejar a Margalit en paz si nos ayudaba, y le di un regalo por adelantado. No lo dudó, y estrechamos las manos. Así que fuimos a buscar a la chica, Santo se cruzó con ella afuera de una tienda local, se ganó su confianza, le compró una bebida, y finalmente la invitó a subir al auto, donde nosotros la esperábamos. La sometimos a nuestros abusos, y Ulises, mi colega más sádico, la golpeó hasta dejarla moribunda. Sabíamos que era muy importante, y que, si encontraban su cuerpo, darían con nosotros. Así que decidimos enterrarla viva, junto con las pistas.

Lizeth aumentó la velocidad en el vaivén de sus caderas. Ambos gimieron.

—¿Y por qué... lo hicieron? ¿Por qué son así? —tenía la respiración entrecortada.

—Por el placer, te lo has ganado... De pequeño, fui rescatado de las calles. Bebía de los charcos de lluvia y había ocasiones en que arrancaba pasto para comerlo. Estaba jodido. Pero un buen hombre me ofreció una segunda oportunidad, aunque tendría un alto costo que yo no sabía. Me dio techo, cobijo y comida, junto con la posibilidad de continuar los estudios, y sin dudar lo acepté. Todo era mejor a la nada que tenía. Así que un día entró a mi habitación y, como debes deducirlo, me destrozó la realidad. Me dolió, pero debía aceptarlo. Hubiera sido un cadáver más sin ser reconocido si no fuera por él.

“Tenía grandes influencias en el estado, y como fui su protegido, yo las sigo teniendo, más porque sigo conservando sus apellidos. Me educó para hacer lo mismo, brindar segundas oportunidades con un costo inesperado. Me dejó en herencia toda su riqueza y sus secretos. A veces cometo injusticias, como con la chica, pero son los riesgos que se corren al dejar envenenar tu ser, tu alma.

“Al principio fue difícil de aceptar. No quería causar daño, pero desde los quince me buscaba chicas, y era asombroso hacerlo con mayores, pero las circunstancias eran antiéticas. Cuando supe lo que les daba a cambio, comprendí que para ellas el fin justificaba los medios, y así fue, en la prepa, en la universidad, a compañeras, chicas que necesitaban ayuda, a las secretarias más jóvenes. Había quienes lo hacían voluntariamente, y otras para las que era la peor experiencia de sus vidas, pero aprendían a vivir con ello. Por eso nada me detuvo. Y así es a día de hoy, le di a Santo una segunda oportunidad desde antes de que él mismo lo supiera, y te doy una segunda a ti, que ya formas parte de nuestras filas. Quédate conmigo, y no te faltará nada.

Dejaron de hablar, y continuaron hasta llegar a su clímax. Lizeth se separó de él, con el culo

chorreante de esperma. Se arrodilló delante de él.

—He probado el semen, pero jamás he hecho una felación. Usted... tú, te la has ganado por brindarme tu confianza —y se llevó el pene erecto de Pascal a la boca.

Margalit despertó con dolor de cabeza y el pómulo izquierdo morado. Estaba atada de las manos sobre una silla, con un pañuelo en la boca para evitar hablar.

—Bien, despiertas —dijo Santo—. Sabes más de lo que deberías. Lizeth dejó aquí su mochila, y encontré esto —levantó el folder—. Veo que contactaste a Elizabeth y a las demás chicas tras haber encontrado la lista. Jamás esperé que se les ocurriera hacerlo, me asombra. Sabes lo sucedido con Lizeth, pero a Elizabeth no le hice nada, no la conozco yo, Pascal me habló de ella.

Margalit levantó las cejas, sorprendida.

—Sabes algo, pero no todo —continuó—. Verás. Nunca hubo infección en las heridas, se me presentó una situación totalmente inesperada, y debí ausentarme por unos días. Pascal me buscó, me ofreció un trabajo, a cambio de dejarte en paz. Si me cogí a Lizeth, también es parte de ello. Porque quiero protegerte, y sé que ahora puede parecer lo contrario, pero es por eso. La chica que escapó de El Manzanillal, era de suma importancia para ellos.

El auto de Henry se detuvo afuera de la casa de Santo. Henry llamó a la puerta, Santo abrió, congelado por verlo ahí, recordando la pelea en la calle, cuando él junto con Esteban lo atacaron.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, con cierto tono de miedo en la voz.

—Tranquilo. Vengo a hacer las paces contigo.

—¿Qué? ¿Por qué debería creerte?

—Entiendo tu incertidumbre, pero él te lo explicará mejor.

Pascal salió del auto, saludando.

—¿Usted? ¿Qué quiere?

—Tengo una propuesta para ti. Cosas que ambos queremos. Trabaja para mí, y dejaré en paz a Margalit.

—¿Cómo podría estar seguro de que así será?

—Me busca la policía, es una razón para mantenerme alejado. Pero, si quiero, puedo arreglármelas para ponerle las manos encima, y solo sería empeorar las cosas. Tú me interesas, no te perdería por ella.

—¿Qué?

—Ayúdame a atrapar a una chica, y te devolveré la emoción por vivir.

—¿Cómo lo haría?

Pascal le hizo una seña para que lo siguiera hacia la maletera del auto. Al abrirla, Santo vio a una chica amordazada, incapaz de moverse, con los ojos hinchados de tanto llorar, que había estado a oscuras durante horas.

—¿Qué es esto?

—Es un regalo. Así aprenderás a vivir con emoción. Solo estrecha mi mano, y tendrás la seguridad de que dejaré a Margalit en paz, y de que vivirás tan feliz como nunca lo has hecho.

—Si no cumple, yo mismo me encargaré de que lo encierren —estrechó la mano.

—Si tú no cumples, yo mismo me encargaré de hacerte desaparecer —apretó con más fuerza la mano del joven—. Y, si hay espacio dentro, permítenos meter el vehículo y pasar aquí la noche.

Santo abrió las puertas de la cochera y Henry metió el auto, mientras Pascal entraba a pie.

—Aquí mejor. Disfruta tu regalo. Te recomiendo quitar la cinta de la boca, es mejor escucharlas gritar. Te lo aseguro... Y tú —dirigiéndose a Henry—, ya sabes qué hacer.

Santo bajó a Nora de la maletera, dejándola caer al piso. Le quitó la cinta de la boca,

haciéndola gritar al momento, así que Henry comenzó a accionar el motor del auto para silenciar los gritos de la chica. Le dio la vuelta, haciendo chocar su rostro contra el piso, le bajó el pantalón desesperadamente, le rompió la ropa interior a jalones, e introdujo su miembro dentro de ella, perdiendo así su virginidad junto con ella, de una manera atroz, indeseada.

Tras hacerla sangrar, le dio la vuelta, para ver la expresión de su rostro, y pensó que se estaría equivocando, pues el miedo de Nora era inexpresivo, su rostro y su voz no podían expresar lo que estaba sintiendo, pero levantó su blusa para sacarle los pechos del sujetador y penetrarla una vez más mientras le mordía los pezones. Cuando eyaculó dentro de ella sintió un gran alivio, que un peso enorme se le quitaba de encima. Pascal había cumplido, sentía más emoción por vivir.

Margalit no podía creer lo que acababa de escuchar, le era difícil, y por su cabeza cruzó la idea de que Nora pudo tomar su decisión por lo que había ocurrido, porque contaba con el extra de posiblemente cargar a futuro con una vida más, fruto del demonio, del abusador que ella tenía delante en ese momento. Definitivamente Lizeth tenía razón, nunca lo conocieron bien. Se había dejado seducir por las caricias del mal.

—Sé que dije que he hecho todo esto por tu protección, pero sabes que me gustas, que me encantas, y que te deseo. Sí, siempre te he respetado por lo importante y especial que eres para mí, pero tras verte de piernas abiertas en el video dejando ver todo, y tras verte desnuda en tu casa, no puedo contenerme más. ¡No sabes lo dura que me la pones! ¡No sabes cuántas veces me he masturbado pensando en ti! ¡Joder! Y ahora, te tengo aquí.

Los ojos de Margalit se abrieron de la impresión. Desde el incidente con el video sabía que él ya no la vería de la misma manera y que le había faltado al respeto al ver el material a pesar de que ella le pidió de favor que no lo hiciera, y como ella se lo había expresado a Lizeth, por estúpida se mostró desnuda ante él, ella tenía la culpa por haberle ayudado a incrementar la lujuria, el deseo, y ahora debía pensar cómo escapar de ahí.

Llevaba puestas las sandalias, había arreglado la correa rota, un pantalón casual a rayas verticales negras y blancas, y un crop top negro sin hombros que evidenciaba llevar el sujetador sin tirantes. Era tarde, pero se lamentaba por tomarse la molestia únicamente de tomar su cartera antes de salir.

Santo se acercó a ella, quien pataleaba porque sus piernas no estaban atadas, pero no fue molestia para él ni impedimento para llevar a cabo sus planes. Se inclinó para besar su frente, y después se agachó a modo de genuflexión sobre sus pies para dejarla inmóvil, tomó el listón del pantalón que hacía de cinturón, desabrochó el botón, bajó la cremallera y lo deslizó por sus piernas, se levantó de los pies y sacó la prenda sin necesidad de quitarle las sandalias.

—¡Joder, Marga! ¡Qué buenas piernas tienes! —acarició su muslo derecho—. Entenderás que con toda tu sabrosura y la tentación en la que me haces caer no puedo quedarme sin hacer nada —trató de mirar sus ojos, pero ella los mantenía cerrados mientras con toda su fuerza intentaba seguir pataleando.

Extendió los brazos y tomó el bikini de Margalit por ambos extremos de la cadera. Lo deslizó lentamente, dejando al descubierto el vello púbico rasurado en forma de una pequeña línea delgada.

—La última vez que te vi estabas totalmente depilada. Qué gustos te das, y la verdad es que se te ve bastante bien —dijo, sonriendo con malevolencia.

Margalit comenzó a llorar, tratando de no abrir los ojos, evitando encontrarse con el terror que tenía delante. Cuando Santo se puso de pie, regresándole la movilidad de los pies, ella cerró las piernas con toda su fuerza y voluntad. Él bajo al primer piso para subir el volumen a la música, y al volver reapareció a espaldas de ella.

Sonaba “Basureta” de Kase O. a todo volumen:

“Desconectado. He necesitado meses para descubrir que estaba equivocado

Hay mariposas que parecen monstruos, y hay rostros que se quedan grabados”

—¡Ja! También hay monstruos que parecen mariposas —dijo, mientras colocaba sus manos

sobre el pecho de Margalit. Ella pensó que entre tanta porquería decía algo objetivo, él era ese monstruo.

De un jalón bajó su blusa junto con el sujetador, dejando en libertad sus pechos y los apretó, uno con cada mano. Aprisionó sus pezones entre los dedos índice y medio, y después los pellizcó, mientras ella emitía un quejido de dolor y desesperación.

—Me encanta tu piel. Es tan suave —y procedió a retirarle el pañuelo de la boca para poder escuchar mejor sus quejidos.

—¡Para por favor! ¡Puedes dejar esto antes de empeorar las cosas! ¡Aún puedes rectificar! —decía ella, entre gritos y llanto.

—Admiro eso de ti, querer luchar y resolver problemas aun cuando no puedes hacer nada.

—Opondré resistencia. No te dejaré hacer más —cruzó las piernas.

—¡Qué valiente! ¡Pero qué estúpida! —dio un empujón a la silla, y Margalit cayó sobre ella al suelo. Había estado tan impresionada y asqueada, y manteniendo los ojos cerrados que no pudo reparar en que la silla era plegable.

Santo caminó hacia los pies de Margalit y los sujetó con el brazo izquierdo para dejarla inmóvil nuevamente. Se recostó boca abajo sobre el piso y le levantó las piernas, dejando sus zonas íntimas expuestas a su antojo.

—¡Para! ¡Déjame ir! ¡No es tarde para encontrar una solución! —gritaba ella.

—¿Que no es tarde? Ya la encontré —tras ello, con la mano derecha abrió los labios vaginales de Margalit y comenzó a realizar un cunnilingus, profanándola con su lengua hasta lo más profundo que esta podía llegar.

—¡No! ¡No! ¡Santo! —trataba de patear, pero solo hacía movimientos que le facilitaban a Santo su actividad. Dejó de hacer forcejeo, y cerró los ojos, llorando por ser invadida de esa manera por él. Por su mente pasaban muchos de los momentos felices que vivieron juntos hace varios años, y todo se volvía borroso, oscuro, se había destruido al conocer al verdadero joven que de Santo no tenía nada.

Tras unos minutos, en que él se turnó entre el cunnilingus y jugar con su clítoris, ella, contra su voluntad, traicionada por su cuerpo y por la naturaleza sexual, expulsó sus fluidos —los cuales bebió Santo—, tras un orgasmo producido de la peor manera. Y no bastándole a él, prosiguió a realizar un anilingus, práctica sexual que para ella fue demasiado. Entendía que todo era horrible y desesperante, pero que fuera invadida por esa zona era vergonzoso y humillante.

—¡Por favor! ¡Detente ya! ¡Ayuda! ¡Auxilio! —gritaba, desesperada, con los ojos rojos e hinchados por tanto llorar.

—Ya casi termino —dijo él tras despegarse de ella—. Sé que parece pesadillesco, pero al final será tu mejor experiencia sexual —y se pegó nuevamente a su zona íntima.

Tras unos minutos más, dejó caer sus piernas y se puso de pie para bajarse la bragueta del pantalón, acción que la horrorizó a ella.

—Sin duda, eres el mejor plato fuerte. Lizeth tiene un trasero enorme, pero en nada se compara contigo.

Ella gritó y se sacudió con todas sus fuerzas, temiendo a que pudiera ser profanada por el miembro erecto que se postraba delante de ella. En ese momento, la música se detuvo y se escuchó un grito:

—¡Santo! ¡Hijo!

—¡Mi padre! ¡Ha regresado! ¡Demonios! —subió su bragueta acomodándose el miembro para no hacer evidente su erección—. ¡Quédate quieta y callada! —y bajó al encuentro con su padre.

Mientras su padre lo regañaba por el uso del vehículo, Margalit en el piso de arriba estaba liberándose. Notó que sus manos estaban atadas entre sí, pero no a la silla, así que se deslizó sobre ella con dificultad, sin importar los raspones que se hacía, pero lo logró, ya no era presa de nadie. Siguió desliziéndose por el piso, hasta chocar con la pared para apoyarse en un mueble y ponerse de pie, y así se le facilitó desatar sus manos. Tomó su pantalón y no vio por ningún lado su ropa interior, así que se lo puso así sin más pérdida de tiempo valioso. Se levantó el sujetador y la blusa, tomó el folder y su cartera y las metió en la mochila de Lizeth para dirigirse al baño y enjuagarse la cara, para posteriormente bajar las escaleras y encontrarse con Santo y su padre.

—Hola. No sabía que estabas aquí. ¿Cómo has estado? —saludó él.

—Se... señor Ulises.

—Ese soy yo. Jorge Ulises Vargas. Debe ser una sorpresa verme después de estar ausente tanto tiempo.

—Mucho gusto verlo, señor. Pero debo irme inmediatamente.

—¿Tan pronto? ¿Sucedó algo?

—No, papá. Solo estábamos estudiando y ya debe irse para levantarse temprano mañana —intervino Santo, incapaz de hacer algo para quitarle la mochila de Lizeth.

Pero Ulises notó algo, y dijo que no quería arruinarles el momento.

—¿Qué? ¿A qué te refieres? —preguntó Santo, temeroso.

—Tu bolsillo, muchacho. Disculpa, Margalit. Ve con mucho cuidado.

Ella salió corriendo, tras ver en el bolsillo de Santo su ropa interior asomándose. Quería ir al Ministerio a acusarlo por el delito, pero pensó que sería mejor esperar hasta el día siguiente, pues, aunque su padre había regresado y se habían quedado conversando, él sabía que lo denunciaría tarde o temprano, y no quería exponerse a ser encontrada a medio camino, además de que principalmente, y antes que nada, debía volver a casa, el lugar en que estaría más protegida.

Tomó un largo baño de agua fría nuevamente, tratando de no limpiar mucho sus zonas íntimas, pero teniendo mucha higiene, porque insistiría en que se hicieran estudios de sexología forense. Quería hundirlo y declarar todo lo que él le contó. Santo había abierto la boca demás, estaría perdido.

Esa noche Santo se masturbo una y otra vez oliendo la ropa interior de Margalit y sujetando entre ella su miembro. Había logrado lo que tanto deseaba, pero se le escapó y eso representaba un inmenso peligro, sin embargo, dejaba las preocupaciones para después, por ahora se daba placer recordando el sabor de la joven y usando sus bragas como herramienta.

Ulises volvió a desaparecer sin avisar, para reencontrarse con Pascal en el club. Lizeth salía de la habitación cuando lo vio y ambos se sorprendieron por haber coincidido inesperadamente en ese lugar.

—Saludos, señor Vargas. No imaginé que le gustaría este tipo de cosas. Digo, está casado.

—Primero que nada, yo tampoco imaginé encontrarte aquí. Y sí, estoy casado, pero a unos pasos de divorciarme. Aunque no es a eso a lo que vengo hoy. ¿Tú a qué has venido?

—Le hice un favor a un amigo —en ese momento Pascal salía de la habitación—. De hecho, ahí viene.

—¿Qué? ¿Estabas con ella? —le preguntó a Pascal.

—Sí. ¿Qué tiene de malo? —preguntó, con indiferencia.

—¿Es amiga de mi hijo! ¡Diablos! No seas descuidado.

—¿Qué? ¿No lo sabe?

—¿Saber qué?

—Vengan. Hay mucho por conversar —dijo Pascal, para posteriormente pedir una botella de Black & White—. Hay cosas de las que necesitas estar al tanto.

Margalit salió de casa con ropa deportiva, que era cómoda y la cubría bien. Iba camino al Ministerio, llevaba una mochila de un tirante con el folder dentro, retenía el tirante con el hombro y la sujetaba por un costado, porque pensaba que era una molestia que el tirante se acomodara entre los pechos e hiciera resaltar el tamaño de estos, atrayendo miradas indeseadas.

Había llamado a Arreguin para informarle que por revisiones médicas no podría asistir un par de días, pero que estaría al tanto de los trabajos por correo, solo le avisaba para facilitar la justificación de las asistencias y no tener que pasar por todo el proceso en cuanto se presentara de nuevo.

Una vez en el Ministerio, solicitó la atención de González y Ornelas, ya que ellos seguían el caso, y, además, a alguna policía mujer. Quería hablar de todo y sentirse en confianza con alguien de su mismo género, le iba a ser difícil y vergonzoso, pero tenía que decir la verdad y contar cada detalle para que Santo, Pascal y Henry fueran arrestados.

La mujer que acompañó a los oficiales era un par de años mayor que Margalit, recién egresada de la Universidad, de la Facultad de Derecho, así que ponía empeño a su primer trabajo, ya que había sido recomendada por su disciplina y conocimientos. Era delgada, pero con notable musculatura, de piel clara, cabello entre castaño y rubio, de la misma estatura que sus compañeros, pasando los ciento setenta centímetros, bonita, de sonrisa encantadora, ojos café oscuro, y con anteojos. Rápidamente captó la atención de Margalit, que no dejó de mirarla de reojo entre la declaración de los hechos.

Los oficiales tomaron nota y grabaron todo lo que la joven les dijo. Retomando el incidente con Pascal y las cámaras, ya que ellos habían estado ahí y le sería más fácil unir todo lo sucedido. El cambio de Santo, el ataque en las canchas de la escuela, el abuso a Elizabeth y a las chicas de la lista, su encuentro y tregua con Pascal y Henry, el abuso hacia Nora, el trabajo en conjunto para secuestrar y desaparecer a la chica de El Manzanillal —que comprobaba que lo ocurrido a los padres fue por obra de ellos—, el abuso hacia Lizeth, el abuso hacia ella, y probablemente a más chicas. Tenían que detenerlos.

Quando la declaración terminó, pidió que se le hicieran estudios para encontrar evidencia del abuso. Le daba pena, pero era el ataque más reciente, y debía hacerlo por las demás víctimas, y para que ya no hubiera más. Así mismo, recordó su bikini que Santo conservaba, y dijo que sí tenían perros entrenados o algo por el estilo, serían de mucha ayuda.

Los estudios se realizaron un día después, pero se complicó el proceso. No es que el himen no hubiera sido desgarrado o que se hubiera regenerado rápidamente, sino que Margalit era de esos casos en que se nace sin él, por lo que se pensó en otras maneras de descubrirlo, pero sería tardado. Ella dijo que más tiempo era equivalente a más víctimas, pero le respondieron que debía seguirse el protocolo. Junto a ella estaba la oficial Araujo, la recién egresada, dándole el apoyo, asegurando que ella se encargaría de obtener el permiso para revisar la vivienda, y le dio su número telefónico.

—Toma. Es mi número personal. Llámame cuando necesites ayuda. Estaremos rápido contigo cuando haya peligro a tu alcance.

—Muchas gracias, oficial Araujo.

—Diligaan. Llámame por mi nombre.

—Gracias, Diligaan —sonrió.

—Por ahora vuelve a casa. Te informaremos si necesitamos de tu colaboración.

Volvió a la escuela hasta la siguiente semana. Claro, tomaba cursos de Inglés los sábados, pero ahí no había ningún riesgo. Había más orden y disciplina los fines de semana, así que estuvo en tranquilidad. Fue el lunes siguiente cuando se informó que debido a que ya estaban terminando el semestre y que ya no se había reportado ningún incidente de falta de seguridad, los guardias ya no rondarían por la escuela a todas horas, pero que sí alguien necesitaba ayuda acudiera a ellos o directamente a las oficinas, con las autoridades educativas.

Lizeth se había presentado, y estaba feliz después de tantos malos momentos. Santo no estaba con ella, pero no se mostraba en espera de su llegada. Había vuelto a usar ropa entallada que hacía notar su figura, se sentía segura consigo misma, además de que se había cortado el cabello mucho más pequeño. Le daba igual lo que pensarán los demás porque sentía que ya había encontrado sitio en donde estar protegida. Margalit se acercó a ella.

—Hola Liz. Te queda muy bien el cabello corto. Luces hermosa.

—Oh gracias —se mostró indiferente.

—Aaah, yo solo quería saber si todo está bien. Y también quería preguntar por Santo.

—No sé dónde está, y no me importa. No soy su niñera ni él el mío. Oh, y sé que tienes mi mochila. El último día que estuve en su casa le llamé y me dijo que tú pasaste por mí, pero que al no encontrarme tomaste mis pertenencias.

—Quiero hablarte de ello. Tomaste el folder.

—Quería echarle un vistazo a la información.

—Fue muy imprudente. Él vio lo que hay dentro. Conoce lo que sabemos. Pero lo importante es que ya fue entregado a la policía. Lo buscarán tarde o temprano.

—Me alegra mucho que sigas en esto, pero yo quedo fuera. Ya no cuentes conmigo.

—¿Qué? ¡También te hizo daño!

—No fue así. Estábamos ebrios y se lo pedí. Me hizo sentir que le importo a alguien. El efecto de la resaca me hizo distorsionar las cosas en mi memoria, por culpa de todo esto.

—¿Qué hay de mí? He estado tratando de estar contigo en todos los momentos difíciles. ¿Acaso no te demuestro que me importas?

—Sé que te importo, pero no quiero arrastrarte conmigo. Mis inseguridades me tienen tan frágil que me causó daño a mí misma y no quiero acusártelo a ti. Así que, por favor, por el bien de ambas, déjame en paz.

—Está bien. Como quieras. Pero estaré para ti si cambias de opinión —le mandó un beso con la mano, y se cambió de asiento.

Había un ambiente tranquilo en el grupo, lo cual era raro, y Margalit se percató de la razón hasta la tercera clase. Los docentes dejaron de pasar lista, los ubicaban con la mirada y sabían quién se presentaba y quién no, por lo que ni siquiera sé le había cruzado por la cabeza, entonces le preguntó a un compañero.

—Oye, ¿qué pasó con Daniela?

—¿Lo dices en serio? —la miró extrañado.

—Sí. Estuve ausente. ¿Sucedió algo?

—Cierto, no recordaba. Pues, verás. A mitad de la semana pasada dejó de asistir. Hasta el momento sus padres no se han puesto en contacto con la escuela ni nadie de aquí sabe algo sobre ella. No sé qué le pasó o porqué decidió dejar de asistir.

—Qué extraño. ¿Y sabes algo sobre Santo?

—Él desde el viernes no se ha comunicado con nadie. Dicen que su padre volvió, posiblemente lo castigó por usar el auto y lo ha estado limpiando y arreglando.

—Puede ser. Te agradezco.

—Sí, no hay problema.

Entonces miró a Lizeth y se dio cuenta de que estaba sentada en el lugar que habitualmente ocupaba Daniela, sin importarles que las amigas de ésta le hicieran mala cara, pues por sí mismas no hacían nada, necesitaban de su titiritera para moverse. La notó demasiado feliz para estar en ese lugar, en medio de quienes le habían hecho malas jugadas las semanas anteriores. Y pensó que la inasistencia de Santo tras la repentina falta de Daniela se debía a algo de lo que Lizeth estaba enterada y por ello se mostraba sin preocupaciones.

Tras escapar ella de la casa de Santo la semana pasada, y tras él recibir el regaño de su padre, Lizeth le llamó antes de comenzar a beber con los adultos en el club.

—Santo, se presentó una situación inesperada. Un amigo de Pascal llegó y estaré con ellos. Supongo que me llevarán a casa. Mañana me llevas la mochila.

—Sobre eso, Margalit vino a buscarte. Y como no te encontró, tomó tu mochila y se la llevó.

—Demonios. Conseguiré una nueva, no hay problema. Pero entonces no te preocupes, aquí estaré bien.

—Genial. Pero ten cuidado, recuerda porqué estás conmigo.

—Porque somos amigos.

—Por eso, y porque allá afuera nadie te quiere, para los demás eres un bicho raro. Pero yo te aprecio por quién eres. Solo me tienes a mí.

—Sí, Santo. Lo sé —lo dijo por obligación, afligida.

—Recuerda que no eres nada para ellos.

—Y lo soy todo para ti.

—Lo entiendes muy bien. Ten mucho cuidado.

—No te preocupes. Nos vemos. Por ahora tienes el video para pensar en mí.

—Justamente pensaba jalármela esta noche —pero no pensando en ella—. Nos vemos.

Ella regresó con ambos adultos, que ya le habían servido un trago. Y se mezcló en la conversación. Ulises quedó sorprendido al saber que la persona que les ayudó a capturar a la chica dos meses atrás fue su propio hijo. No contaba con que él fuera el sujeto perfecto para el trabajo del que había hablado Pascal. No podría creerlo.

Cuando Pascal mencionó cuál fue el trato, él habló sobre lo ocurrido en su casa esa noche.

—Hoy la encontré en casa. Estaba con mi hijo. Habían estado teniendo sexo y mi aparición les interrumpió el momento.

—¿Cómo dice? —preguntó Lizeth. Se sentía dolida y decepcionada de ambos. Principalmente de él, sintió que no fue lo suficientemente buena para darle placer y que tuvo que buscarla a ella.

—¿Qué? —preguntó Pascal.

—Sí, ella salió apenada. Mi hijo fue tan estúpido para dejar a la vista la ropa interior de la chica asomándose por su bolsillo.

—¡No puede ser! —exclamó Pascal.

—¡Ese idiota! —se quejó Lizeth, y bebió de fondo el trago—. ¡Otro! —le pasó el vaso a Pascal.

—Si yo me mantuve lejos de la chica fue para no meternos en problemas, nos van a seguir la pista. Es tu hijo, pero es un imbécil. Espero que realmente la chica haya estado por su voluntad.

De lo contrario, estamos jodidos —hablaba mientras servía el trago.

En ese momento Henry se unió a ellos.

—Hay malas noticias, wey —se dirigió a Pascal—. Esteban fue arrestado. Está siendo procesado para ir tras las rejas.

—¡Putra madre! ¿Qué vergas pasó? —respondió él.

—Verás —miró a Ulises, y luego a Pascal—. Según mis informantes internos del Ministerio, lo atraparon mientras atacó a una pareja. Él habló del ataque al joven Santo.

—¿Qué? ¿Atacaron a mi hijo? —preguntó, sobresaltado.

—¡De eso mismo quiero hablar yo! —lo miró, furioso—. Hace meses debías hacerlo tú junto con él. Con razón no estabas alterado antes de la madrina a la familia del pobre sujeto —dijo Pascal.

—Cuando todo empezó, el jefe nos pidió darle una pequeña lección. Tú no pudiste pendejo, me tocó hablarle a Esteban. No se lo dije a ninguno de ustedes —comentó Henry.

—¿Y por qué no me dijeron nada? —preguntó Ulises, molesto.

—¡Tú no tienes derecho a cuestionar nada, ambos me ocultaron lo sucedido realmente! Pero bueno, mira cómo estás ahora. Hubieras estado peor en ese entonces y no lo hubieras hecho. Por esa parte me agrada que todo haya sido así —respondió Pascal—. Continúa —le indicó a Henry.

—Aparte de hablarles de mí, hubo una tercera persona que confirmó las identidades. Santo.

—¿Qué? —preguntaron uno a uno, incluida Lizeth.

—Fue acompañado por la chica. Supongo que no tuvo de otra, pero igual, nos ha traicionado el cabrón.

—¡Ese imbécil! ¡Dos faltas! Sé que es tu hijo —se dirigió a Ulises—, pero tiene que pagar por haber metido la pata.

—¿Y si me opongo? —golpeó la mesa.

—Ambos serán castigados. Además, entregados a la policía por los contactos que tenemos —se puso de pie—. Termina ese trago, y vámonos —se dirigió a Lizeth.

Henry se puso de pie y avanzó a la salida, seguido por Lizeth, y al final Pascal, dejando solo a Ulises para que pudiera tomar una decisión en compañía del alcohol.

Henry condujo el auto. Pascal le pidió llevar a Lizeth a su casa. Una vez ahí, se bajó junto con ella.

—Te he ofrecido mi confianza y te he dicho cómo funciona esto. Has cumplido tu parte. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—Bueno —no lo pensó mucho tiempo—. Hay una chica que me ha estado molestando bastante.

—Bien —sonrió con malevolencia—. Toma mi tarjeta. Es mi número privado. Dime qué quieres que le hagamos, y mándame una foto de ella.

—Cuenta con ello —sonrió, con aire triunfante.

—Hasta luego, señorita Vainstein.

—Hasta luego, Pascal.

Lizeth entró a su casa. Se dirigió directamente al baño. Se desnudó, y entró bajo la regadera, a sentir el agua fría sobre su cuerpo. Había sido un duro día para su trasero, debía limpiarse todo rastro de fluidos, y sentirse fresca después de mucha actividad sexual. Avanzó desnuda hacia su habitación, se miró frente al espejo, finalmente le gustaba lo que veía, solo pensó que le hacía falta un corte de cabello. Dio la vuelta, se puso la pijama, y se acostó para dormir.

Tras un par de días, por medio de las redes sociales se dio a conocer la noticia de que Santo había sido detenido:

Joven detenido por delitos de carácter sexual

Joven reconocido como Santo Vergas Herrera ha sido arrestado por diversos delitos de agresión sexual. Se informa que su padre ha sido el denunciante.

Se ha iniciado el proceso para encarcelarlo.

Tan pronto como se hizo de conocimiento público, a Margalit se le saturó WhatsApp por la cantidad de mensajes que le llegaban al grupo escolar y por conversaciones individuales, le habían llamado ambos padres por separado para saber si ya había visto la nota, además de la madre de Santo. Ulises no quería hablar con nadie sobre lo sucedido, ni siquiera le dio una explicación a su esposa, por lo que ella llamó a Margalit para preguntarle si sabía algo sobre el asunto. Más tarde se vieron en la casa del Centro.

—¡Mi niña! ¡Cuánto me alegra verte!

—Igualmente, señora. ¿No ha ido al Ministerio?

—Fui para ver si me daban más información, pero dijeron que todo lo que necesitaba saber ya había sido dado a conocer. Insistí diciendo que era mi hijo, pero no me lo permitieron. Dijeron que hay mucho por investigar e interrogatorios qué hacer, y me pidieron que no siguiera más tiempo ahí, porque sería en vano. Y como tú has sido la más cercana a él, quería preguntarte si tienes conocimiento sobre las acusaciones que se le han hecho. Mi esposo ha estado distante desde que decidimos lo del divorcio, y nuevamente ha desaparecido.

—Para empezar, no esperaba que se diera el divorcio. La última vez que los vi parecía estar todo bien —dijo, confundida—. Y, sobre su hijo, me será difícil. Verá, lo he sabido, pero no por mucho tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Todo comenzó hace aproximadamente un mes. Su hijo faltó a la escuela y se nos dijo que la herida había sido infectada, por lo que tardaría más días en presentarse. Pero no fue así.

—Después del incidente regresó a la escuela. No lo vi mucho porque fue la primera vez que Ulises desapareció y se quedó cuidando la otra casa. Me llamó varias veces para decirme que estaba bien y que le había tocado hacer el doble de tareas.

—Lo siento, señora. Pero usted también fue engañada. No estuvo en la escuela ni estuvo en casa. Estuvo en un pueblo cercano.

—¿Dónde? —preguntó, sorprendida.

—Coeneo de la Libertad.

—¿Qué hacía hasta allá?

Margalit respiró profundo, no habló durante unos minutos mientras buscaba en su teléfono. Finalmente le mostró a la señora Herrera la nota sobre lo ocurrido en El Manzanillal. Sobre la chica desaparecida.

—No me digas que...—le regresó el teléfono.

—Así es. Él ayudó a capturar a la chica. Sin embargo, dos noches antes, en la otra casa, cometió su primer delito —buscaba nuevamente en el teléfono. Llegó a la publicación realizada

por la página de Facebook de la escuela, y tomó su mochila para sacar copias —ya que había sido precavida y sabía que debería dejar las originales en el Ministerio como evidencia —de la lista y las notas de la charla con la madre de Nora.

Le informó sobre todo lo sucedido, llorando, pero con la fuerza para continuar, sobre lo que le hizo a Lizeth y a ella. Diciéndole que, si estaba ahí, con vida todavía, era porque Ulises se había presentado, dándole tiempo suficiente para escapar. Pensó que el hecho de haber salido a toda prisa le indicó algo al adulto, haciendo que su hijo confesara, y estaba agradecida de que así hubiera sido, de que su declaración hubiera sido reforzada por el mismísimo padre de Santo.

La señora Herrera la abrazó fuertemente, porque si para ella era difícil aceptar que su hijo hubiera hecho tales actos atroces, entendía que, para ella, como víctima, le sería mucho más difícil el revivir el suceso una y otra vez al contarlo. Ambas lloraron lo suficiente, encontrando consuelo en la otra, para, posteriormente, beber té con galletas.

Diligaan le llamó para informarle que, debido al arresto, se había obtenido el permiso para revisar la casa. Que varios de sus compañeros irían a las casas de Nora y de Lizeth, así como la familia de Coeneo, para hacerles un llamado y hacer los interrogatorios en las instalaciones correspondientes.

Margalit mencionó que Ulises había desaparecido, pero que en ese momento ella se encontraba en casa de la señora Herrera, quien podía dejarlos entrar a la otra. Diligaan pasó por ellas en el vehículo de la policía, para dirigirse a la Estación. Una vez ahí, buscaron sitio para estacionarse, ya que había otros dos autos de sus compañeros que se habían adelantado, y tras la señora Herrera abrir la puerta, entraron todos los oficiales. La madre de Santo encendió todas las luces para que ellos pudieran entrar a revisar sin inconvenientes, aun así todos llevaban guantes y linternas para ser cuidadosos y no dañar las evidencias que pudieran encontrar.

—Lamento que no tengamos perros entrenados, Margalit. En México no es tan asombroso como lo ves en las películas. Pero todos en el equipo estamos entrenados para esto. Claro, sin el super olfato.

—No te preocupes, sé que encontrarán algo importante.

—Lo primero es revisar la habitación del padre y verificar que no inculpe a su hijo por sus propios actos.

La señora Herrera abrió la habitación y les cedió el paso. Todo estaba muy bien ordenado, No había mucho qué esconder, había un ropero y un mueble, pero lo único que encontraron entre la ropa fue una botella de ron, y la tomaron para hacerle estudios por si pudiera tener alguna droga diluida. Cerraron la habitación y subieron las escaleras para avanzar a la de Santo.

Ahí había un desorden, por lo que era más fácil identificar cosas fuera de lo normal. Cerca de la cama, en la mesita de noche, había una caja de pañuelos, crema y ropa interior femenina, que Margalit identificó como la suya, y fue metida en una bolsa hermética para guardarla como evidencia. Sobre la impresora había una copia de la lista y otra con nombres de mujeres, y un par de hombres, que se desconocía para qué era. La laptop había quedado enchufada, encendida, por lo que intuyeron que estaba haciendo algo ahí cuando el padre lo sorprendió.

Margalit y la señora Herrera merodeaban por la habitación, observando aquí y allá, sin tocar nada. Hasta que repararon en el tripié escondido en una esquina, a un lado del mueble que Margalit había usado de apoyo para ponerse de pie la última vez que estuvo ahí. Le hizo saber a los oficiales, quienes ahora se enfocaban en encontrar la cámara. Tras abrir un cajón del ropero, la encontraron, junto a un paquete condones.

—¿Tiene la memoria puesta? —preguntó Diligaan.

—Sí. ¿La enciendo?

—Mejor aquí que llevarla y no tenga nada relacionado al caso.

—Muy bien. Aquí están los cables, puedo conectarla a la computadora. Veamos qué contiene.

El oficial se sentó en el asiento delante al escritorio, para manejar el aparato. Sus compañeros, junto con Margalit y la señora Herrera se reunieron en semicírculo, detrás de él, para echar ojo también. De principio se mostró la escena sucedida en la escuela meses atrás, por lo que Margalit pensó que habían llegado cuatro sujetos entonces, en lugar de tres, a agredirlas. Pasando al siguiente archivo, se veía a una chica arrinconada en la esquina de una habitación, con la blusa subida y el sujetador bajado, mostrando los pechos, mientras le metían la mano debajo del pantalón, era una foto. El siguiente era de la misma chica, pero desde un ángulo diferente, después de la foto anterior, y se veía sangre en su labio inferior, había sido golpeada para poder ser manoseada, le daban la vuelta y aunque ella sujetaba su pantalón para que no lo bajaran, la azotaban contra la pared, debilitándola, para abusar de ella —“Ese es un salón de la escuela. Los colores y el piso. Sucedió dentro, aprovechando que los salones son lo único que no tiene cámaras, además de los baños” comentó Margalit—, era un video. Al siguiente se mostraba la foto que le había tomado a Lizeth, y posteriormente el video que habían grabado.

—¿Qué demonios?! —exclamó Margalit.

—¡Ay Dios! —exclamó la señora Herrera.

—Esto, sea con consentimiento o no, igual es ilegal si lo ha subido a alguna plataforma pornográfica —comentó Diligaan—. Continúa —le dio una palmada a su compañero.

En el siguiente video se veía que se encontraba al aire libre. Se veía una chica de espaldas, con el pantalón a medio quitar, siendo penetrada por Santo. La chica trataba se moverse, pero era detenida con un brazo del joven sobre su espalda, se escuchaba el llanto. Después le dio la vuelta y le sacó a la fuerza la blusa y el sujetador tras varios jalones, se veía en el rostro la desesperación de la chica, gritaba y lloraba, y, tras quitarle los zapatos y el pantalón junto con la ropa interior, surgió el grito más desgarrador al ser penetrada nuevamente por delante. Para hacerla callar le sujetó del cuello con la mano izquierda —con la derecha sujetaba la cámara—, hasta que la debilitó, se inclinó encima del pecho de la chica, metiéndole a la fuerza el miembro erecto en la boca, para posteriormente eyacular dentro.

—Es la chica Rosas —comentó Diligaan.

—¿Qué? ¿Ustedes sabían que estaba desaparecida? —preguntó Margalit.

—Así es. Sus padres pidieron que no se hiciera pública la desaparición.

—¡Maldita gente estúpida que pone más interés en el estatus social que en su propia hija! —aunque Daniela le parecía odiosa y la detestaba, tampoco era para desearle pasar por algo así.

—Debemos llevar la computadora, si la cámara tiene esto, no sé qué más podría tener ahí —comentó a sus compañeros, ignorando el comentario de Margalit.

Metieron las cosas en un portafolios, y de uno en uno fueron saliendo.

—Señora, le agradecemos por su colaboración. Se continuará el proceso para el encarcelamiento de su hijo —comentó González.

—Es mi hijo, pero debe haber justicia por esas chicas —se le fue la voz. El oficial le dio una palmada en el hombro.

—Por ahora interrogaremos a la chica Vainstein sobre el material encontrado, y también al joven Vargas para identificar a los tres sujetos que le ayudaron con la agresión en la escuela, y que nos diga dónde está la chica Rosas. Sé que son personas cercanas a ti, así que mantente alejada de todo esto por un tiempo —le comentó Diligaan a Margalit.

—Pero quiero ayudar —respondió Margalit.

—Ya has ayudado bastante. Por ahora sube al auto para llevarte a casa.

Concluyó el semestre. Como Margalit había terminado limpia con sus materias, no tenía por qué presentarse más, pero aun así fue para hablar con Lizeth, quien seguía asistiendo por reprobado varias unidades. La esperó hasta que terminara un examen para hablarle.

—Sé que tú sabes algo sobre las acusaciones a Santo y debes cooperar —le dijo.

—Todo lo que sé se lo he dicho a los policías. ¿Acaso trabajas ahora con ellos?

—No, nada de eso. Pero ayer revisaron la casa de Santo. Encontraron la cámara, y, consecuentemente, el video donde mantienen relaciones sexuales.

—¿Cómo sabes de ello? —preguntó, sorprendida.

—Yo estuve ahí, junto con su madre.

—Joder.

—Liz. ¿Qué ha sucedido?

—Nada que deba importarte.

—Pensé que eras lesbiana y que yo te gustaba.

—Lo soy. Solo no te metas en mis asuntos.

—Bien. Pero hoy te llamarán nuevamente para presentarte en el Ministerio.

—Gracias. Ahí estaré —y avanzó, dejando a Margalit atrás.

En realidad, estaba preocupada. En ningún momento hubiera imaginado que Santo sería tan descuidado como para que lo sorprendieran en casa, y menos para dejar el material en la memoria de la cámara. Era una pena que la vieran de esa manera, pero no podía hacer nada, únicamente mentir para hacerlo ver como que fue sometida a ello.

Cuando fue llamada para otro interrogatorio, les dijo que no sabía de qué hablaban, y cuando le mostraron el video, fingió muy bien, su rostro reflejaba asombro y confusión, incluso lloró. Dijo lo último que recordaba de ese día era que habían bebido algo, y a partir de ese momento sus recuerdos eran borrosos. Dijo que posiblemente la bebida tendría alguna droga o afrodisiaco. Tras ello, fue dejada en libertad, y se hicieron los estudios a la bebida encontrada en el ropero de Ulises, la cual había sido dejada ahí por Pascal.

Ahora también el padre era buscado, por lo que se le preguntó a Santo sobre él. El joven no habló, sabía que la había cagado, y ahora tenía que asumir las consecuencias. Era preferible estar en prisión que estar fuera, al alcance de Pascal y sus hombres.

Tras la noche en el club, Pascal planificó con Henry los movimientos para hacer que padre e hijo fueran buscados por la policía y cargaran con la culpa de todos los delitos que se habían cometido últimamente, para que se enfocaran en ambos, y les perdieran el rastro a ellos.

—Prepara la bebida, y hazlo con los guantes puestos. Debemos ser cuidadosos y no dejar huellas por ahí —le indicó a Henry.

—Pero jefe, ¿no esperaremos a que decida qué hacer?

—No. Pase lo que pase, ambos quedan fuera. Tenemos más gente.

—Bien. ¿Qué será lo siguiente?

—Lizeth me ha enviado la foto de la chica, es otra de mis alumnas. Lo haremos junto con ella sin que Santo ni Ulises sepan más. Dile a Ulises que nos vea esta noche en El Llano de la Virgen.

—Enseguida le llamo.

El plan fue usar a Santo. Lizeth provocó a Daniela, dando la cara finalmente. Arreglarían las cosas a mano limpia, una a una, en el territorio de la chica odiosa. Ella fue con Santo, quien permaneció oculto hasta que Daniela dio la espalda y estuvo vulnerable. Se lanzó sobre ella, para comenzar a agredirla, mientras Lizeth miraba, sentada en un tronco. Cuando Santo finalizó, se encendieron las luces del auto de Henry, y Santo se sorprendió.

—Lo siento —dijo Lizeth, levantando los brazos, mientras avanzaba hacia el vehículo.

—¡Eres una perra! —gritó, enojado.

—Pero no más la tuya, cariño —le mandó un beso, y se recargó en el cofre del auto.

Santo se puso de pie con el miembro de fuera. Se lo acomodó y abrochó el pantalón mientras avanzaba hacia Pascal.

—¿Qué es esta mierda?

—No estás en posición de hablarme así. Cierra la boca —respondió Pascal, quien salía el vehículo.

Desde el interior del auto, Henry había estado grabando desde que llegaron.

—¿Qué está sucediendo? ¿Ahora esta pendeja trabaja para ti? —señaló a Lizeth.

—Teníamos un trato —hablaba bajo solo para que Santo lo escuchara, y no quedara su voz en el video—. Tocaste a la chica.

—¿En serio es por eso? ¿Por que le chupé el culo antes que tú?

—¿En verdad eres tan estúpido? Le pusiste las manos encima. Has empeorado las cosas. No es por ella, es por nosotros —apuntó al coche.

En ese momento, Henry salió del auto, y del asiento trasero un hombre más alto y ancho, de piel morena, quien se dirigió a la maletera y sacó a Ulises de ahí, para arrastrarlo hasta la parte delantera.

—¡Padre!

—Y pensar que toda esta mamada con tu hijo empezó por tu desmadre —le dijo Pascal, para después darle una patada en el estómago.

—¡No le pongas las manos encima! —le advirtió Santo, tomándolo del cuello de la camisa.

—Tras esto ya no hay posibilidad de negociar —respondió, tranquilo.

Henry le pasó la cámara a Lizeth. Él soltó el primer golpe sobre Santo, haciéndole dar la vuelta y caer de rodillas. Acto seguido, el otro hombre se unió y comenzó a golpearlo también.

—¿Se siente bien? ¿Eh? ¿Eh? —preguntaba Henry, mientras lo golpeaba con el puño en el estómago, dejándolo sin aire.

—¿Crees que no sufren? —preguntó el otro hombre, tras hacerle una garra sobre el piso.

Pascal terminó la golpiza, azotándolo contra el auto —Lizeth grabó bien para que no se mostrara su rostro—. A ella hay que llevarla al hospital —apuntó a Daniela, y Lizeth finalizó la grabación.

—Te toca —Pascal le dio una palmada en el pecho al hombre alto—. Ya sabes lo que dicen de los negros —le dijo a Santo.

El hombre cargó a Santo y lo dejó caer sobre el tronco en el que anteriormente había estado sentada Lizeth, mientras Pascal y Henry vestían a Daniela, quien permanecía inconsciente, para llevarla al auto. El hombre bajó el pantalón de Santo y su ropa interior, se colocó un condón, y acto seguido introdujo su miembro dentro del joven, quien comenzó a gritar, pero no tenía fuerza para tratar de quitárselo de encima. Para callarlo, lo tomó del cuello con ambas manos y lo jaló hacia sí, que, permaneciendo a sus espaldas, causó que lo penetrara más profundo. Santo sangró por los desgarres, y, tras eyacular, lo dejó tirado, faltándole el aire.

—También los hombres tienen necesidad de hombres —dijo Pascal a Santo, para darle una patada en el rostro y dejarlo inconsciente.

Todo esto sucedió mientras Ulises estaba en el suelo, con la vista hacia esa dirección.

Los tres hombres subieron a Ulises y Santo a la maletera del auto, y a Daniela al asiento trasero. Lizeth se subió a las piernas de Pascal, quien iba acariciando las suyas, diciéndole que lo había hecho bien, pero que aún faltaba algo por hacer.

Llegaron al hospital. Aprovechando que no había mucha gente entraron y dejaron a Daniela sentada, y Lizeth se quedó con ella. Pascal, Henry y Diego continuaron su camino, se vieron con sus contactos internos en el Ministerio y les entregaron a Santo, dándoles instrucciones para que lo llevaran al Ministerio una semana después y dijeran que el padre lo había entregado. Les dio unas llaves de una de sus casas para que ahí lo mantuvieran hasta entonces.

Esa noche, tras pensarlo, llamaron a un contacto para que los hiciera subir en su lancha a media noche y cargaron a Ulises, le amarraron un bulto de cemento a la espalda y uno al pecho, y lo lanzaron al lago para que se ahogara mientras se hundía lentamente, y nunca más se supo de él, se le dio como desaparecido.

Le habían sacado la cartera, las llaves y el teléfono. Entraron a su casa y dejaron la botella de alcohol con la droga y la cámara de Santo, y se fueron. Cuando la noticia se dio a conocer, le enviaron un mensaje a la señora Herrera desde el teléfono de Ulises, ya que lo había estado llamando, y tras ello, lo titaron en un bote de basura, y por los lugares que pasaban iban dejando sus identificaciones, Pascal únicamente conservó las llaves del vehículo para compensar el Honda que había perdido.

Cuando Daniela despertó en el hospital, Lizeth ya no estaba con ella. Había sido atendida y se le había llamado a la policía, ya que no cargaba con identificaciones, y por los restos de esperma, le hicieron estudios para saber si había sido abusada sexualmente. Los padres acudieron y se dejó todo en secreto. Por ello Diligaan la reconoció en el video, sabía que había sido abusada y ahí estaba el material que evidenciaba lo sucedido. No es que a la familia no le importara su hija, por eso no le respondió a Margalit, solo que no querían hacer que el delincuente escapara si se daba a conocer la noticia. Por la recuperación física y emocional no había asistido a la escuela. Por ello Lizeth sonreía en todo momento.

El video de la golpiza que Pascal, Henry y Diego le dieron a Santo había sido filtrado en Facebook. Había sido recortado y editado para que no se viera que estuvieron ahí presenciando la violación sin hacer nada, sino hasta el final, y para que no se escucharan muy bien las voces de ellos, aparte de levantar el brillo para dejar en claro que era Santo, y aunque con el zoom se bajaba la calidad y no se veía tan bien del todo, era claro que se trataba de Daniela.

Para las personas que reproducían el video, estos tres hombres quedaron como justicieros, pues además se mencionaba que habían sido ellos quienes llevaron a la joven al hospital. Todos pedían encarcelar a Santo inmediatamente, acortando el proceso, pues no se necesitaba más evidencia, se apreciaba claramente. Entonces se creyó que fueron ellos quienes lo entregaron y mostraron el video a su padre para que él finalmente lo entregara.

Tas eso, el Instituto solicitó la presencia de todos los alumnos, pues iban brindar una plática acerca de la seguridad y las medidas que se iban a implementar en colaboración con los oficiales del Ministerio. Hubo un problema con aquellos foráneos que habían terminado limpios el semestre y ya habían regresado a sus lugares natales, sin embargo, gran cantidad de alumnos estuvieron presentes, principalmente Margalit y Lizeth, a quienes les pidieron dar algún consejo a los demás chicos.

—Buenos días, jóvenes. Como se habrán dado cuenta, uno de nuestros estudiantes resultó ser un criminal, un depredador sexual, que hizo de las suyas dentro de los edificios, y lamentamos no haber estado lo suficientemente alertas para haberlo detenido a tiempo. Primero fue el incidente con el profesor Pascal, del cual aún se desconoce su paradero, y después esto. No quiere decir que únicamente deban cuidarse dentro de la institución, no. Recientemente hubo un encuentro entre civiles y el crimen organizado, seguramente habrán escuchado de la familia Cervantes Gallardo. Pues, así como existe ese tipo de abusos con los propietarios de las tierras, existen abusos de toda índole, y todos estamos expuestos, pero podemos cuidarnos y evitar que sigan sucediendo, por ello es de suma importancia no hacerse de la vista gorda y apoyar a sus semejantes.

“Sé que hubo consecuencias fatales, como el suicidio de la señorita Nora Valdez, que en paz descansa. Así como más víctimas que fueron dadas a conocer por medio de una lista que el joven Santo estuvo colocando en ciertos lugares de la institución, la última víctima se ha recuperado, y esperamos que no se vuelva a repetir esto, por lo que, tanto las autoridades policiales como las estudiantiles estaremos para ustedes: si notan algo fuera de lo normal, si escuchan, si presencian, no se queden callados, sus voces pueden salvar más vidas. Ya ven lo que sucedió con la familia de El Manzanillal, y aún se sigue buscando a la jovencita.

“Es entendible que el ser humano tiene naturaleza sexual, pero esa no es la manera adecuada. No deben dejarse llevar por sus instintos y tentaciones, no deben dejarse llevar por los niveles de testosterona que sus organismos contengan. Somos humanos para cometer errores, pero no bestias para cometer abominaciones.

“Sé que muchas veces las palabras de un adulto mayor les entran por un lado y les salen por otro, que les vale madre, y disculpen mis palabras, pero esa es la jerga a la que ustedes están acostumbrados. Sé que muchas veces les da igual, hasta que le sucede a un familiar o algún ser querido. Por ello, le dejo el micrófono a dos jovencitas que han vivido esto desde que comenzó,

para que empaticen con ellas, y logren entender la importancia del cuidado entre todos.

—Gracias señor Salvador —dijo Margalit tras tomar el micrófono—. No quiero decir que estas cosas solo puedan sucedernos a las mujeres —continuó hacia los alumnos—, hay miles de casos diarios alrededor del mundo en que tanto hombres como mujeres son violentados. Claro que hay altos índices de feminicidios con abuso sexual incluido, pero eso no quita que las mujeres también puedan cometer actos atroces, como los casos de Karla Homolka, Leonarda Cianciulli, Mary Ann Cotton, Katherine Knight, Enriqueta Martí, Sylvia Likens, Anabel Gómez López, Trinidad Ruiz Mares, Patricia N, y demás. No debemos cuidarnos de los hombres, no es una lucha de géneros. Debemos cuidarnos de todo el mal que hay en el mundo exterior. Piensen, si adultos, y jóvenes como nosotros, nos encontramos vulnerables, ¿qué les espera a los niños? Hay todo tipo de enfermos y degenerados, y debemos cuidarnos de ellos.

“Bien. Volviendo a lo principal y de lo que se me pidió hablarles, mi intimidad fue violada de dos maneras diferentes. Primero con las cámaras de Pascal, terminando como material pornográfico, y muchas más de ustedes también estuvieron ahí, alumnas y docentes por igual, pero me alegra que por tantos reportes las páginas los hayan eliminado finalmente, aunque eso no quita que mis compañeros y demás personas hayan podido descargarlos desde antes, pero poco a poco dejarán de circular. Y después, lo peor, fui abusada sexualmente, quizás no de una forma brutal como las demás, pero es horrible, indeseable, desesperante.

“Pero estoy aquí, avanzando sin rendirme. A pesar de no poder eliminarlo de mi memoria y de que las pesadillas no paren. Es lo que toca, porque se aprende a vivir con ello. Muchas gracias —le dio el micrófono a Lizeth.

Una vez que los aplausos cesaron, ella habló:

—Sí, sí, muy bonito. Pero, por estar preocupados y alerta ante los casos de acoso sexual, descuidaron los demás tipos de acoso. Yo sufrí por las molestias que me causaron mis compañeros, ¡malditos imbéciles!

—Señorita Vainstein...

—¡No! ¡No! ¡Esperen a que termine! —dijo, tras alejarse de Salvador, quien le pedía el micrófono—. Como dijo ella —apuntó a Margalit—, Debemos cuidarnos de todo el mal. Y me parece estúpido que sean las autoridades quienes piden que esto se haga de manera solidaria, mientras ellos no hacían nada para detener a mis compañeros, a excepción del profesor Hernández y la señorita Arreguin que estaban para nosotros en todo momento. Pero muchas veces esto es lo que orilla a las personas a desahogarse de la manera incorrecta, ¡porque son ustedes mismos quienes los convierten en monstruos! Hoy es Santo, mañana puedo ser yo, quizás Margalit. Todos somos vulnerables. Y...—el micrófono fue silenciado.

“¡Y me vale si no lo quieren aceptar! —dejó caer el micrófono, y habló con la voz demasiado alta—. Lo hacen mal, ¡doble caras! Quieren protegernos, ¡pero lo hacen demasiado tarde! Solo porque la policía está presente y porque el nombre del Instituto ha aparecido en las noticias. Ojalá aprendan a actuar a tiempo —volteó la mirada hacia Salvador—, porque usted podría ser el siguiente. Muchas gracias —y se retiró, dejando atrás los gritos eufóricos de los estudiantes.

—¿Dónde puedo encontrarte? —llamó a Pascal—. Necesito unos tragos.

—¡Hey! ¡Hey! Tampoco nos arriesgaremos siempre, ¿entendido?

—¡Ay! Entendido.

—Ando ocupado en este momento. Y es demasiado temprano para beber, pero da igual. Invito esta ronda —y le mandó el código para retirar sin tarjeta en los cajeros de Bancomer.

—¡Que buen servicio! El último trago será en tu honor.

—Tampoco te atragantes a lo pendejo. Más tarde te buscaré, y no quiero que andes toda ida.

—No te preocupes. Estaré bien.

—Bien. Hasta entonces —colgó.

Tras llegar al Centro y retirar el dinero, pasó a Merza y, dejando de lado el ron, compró un Jack Daniel's Honey. Recordaba que siempre le decían que el whisky, y en especial ese, debía de ir a huevo con agua mineral, pero eso para ella era una pendejada de gente que se sentía muy conoedora y seguía estándares ridículos.

Una vez fuera del súper, pensó por unos momentos a dónde ir a beber sin que la molestaran, así que avanzó a casa de Margalit, aprovechando que sus padres no estaban y que ella tardaría más tiempo en la escuela, tenía cerca de cuatro horas para disfrutar la soledad.

Cruzó el jardín y dio una vuelta a la casa, esperando que la sombra la protegiera del calor. Se encontró con una pequeña bodega a base de madera y se acercó para echar ojo. Era donde el señor Milet guardaba sus herramientas del trabajo, y los restos de material que aún servían para utilizarlos en casa y no desaprovechar. Destapó cajas y movió cubetas, y de una tomó un destornillador pequeño y delgado que pensaba usar para defenderse, por si alguien indeseado le volvía a poner las manos encima o a molestar de manera pesada, y lo metió en su mochila.

Acomodó un costal y se sentó sobre él, estirando finalmente las piernas. Destapó el whisky y le dio un trago ligero, para que la garganta se calentara. De pronto recordó Perfume de Violetas, de cómo Yessica entra a la casa de Miriam por una ventana. Entonces se puso de pie y caminó hacia las ventanas, y vio que la única abierta era la que daba al corredor que llevaba a la habitación de Margalit, pero era en el segundo piso y no había dónde apoyarse, así que salió a la calle, se dirigió a la tienda a comprar frituras, y volvió a esconderse en la bodega.

Las horas transcurrieron y despertó mareada, con dolor de cabeza. Bebió toda la botella hasta perder el conocimiento. Checó su teléfono y pasaba de las cuatro, lo que significaba que tanto Margalit como su madre estaban en casa, y que seguramente los suyos la estarían esperando en la suya. Se puso de pie y tomó su mochila, y avanzó a un lado de la casa, pero cayó a mitad del camino, trató de avanzar a gatas, pero tanto movimiento terminó aumentando el mareo, y comenzó a vomitar. Bien sabía que la bebida y los Doritos no eran buena combinación, pero aun así se había arriesgado.

—¿Escuchaste eso? —preguntó la señora Garza a Margalit, que se encontraban en la cocina, lavando los trastes en el fregadero.

—¿Qué? No escuché nada.

—¡Shh! ¡De nuevo!

—¿Se escucha allá arriba?

—Ve a ver. Yo iré por el teléfono por si se necesita llamar a la policía o ambulancia.

—Muy bien —y avanzó hacia las escaleras.

Conforme avanzaba, escuchaba más de cerca, incluso pensó que vendría del baño, pero al acercarse a la puerta, se dio cuenta de que no provenía de la casa, sino de fuera. Así que se asomó por la ventana, y vio a Lizeth recargándose en la pared. Bajó corriendo inmediatamente y abrió la puerta sin decirle nada a su madre.

—¡Hija! ¿Qué pasa? —como no obtuvo respuesta, salió tras ella, para encontrarse con Lizeth vomitando negro—. ¡Oh por Dios!

—Trae su mochila, la llevaré al baño para que saque todo. No sé qué le habrá pasado ni porqué está aquí. Tendremos que esperar a que se recupere.

—¿Es amiga tuya?

—Mamá, es mi ex novia. Ahora por favor, sírvele agua.

La señora Garza quedó estupefacta. Ni siquiera sabía que su relación con Santo había terminado, mucho menos que su hija se veía atraída por una persona de su mismo sexo. Quedó sorprendida por la poca cercanía que tenía con su hija. Avanzó a la cocina mientras Margalit entraba con Lizeth al baño bajo las escaleras.

—Pequeña, soy un desastre —dijo, para volver a vomitar.

—Calla por ahora. Saca todo. Yo estoy contigo —en el fondo se sentía confundida, hacía mucho que Lizeth no la llamaba así.

—¿Les llamó a sus padres? —preguntó la señora Garza tras llegar con el vaso de agua.

—No mamá. Voy a llevarla al sofá.

—Mejor llévala a tu habitación. Deberá limpiarse —pues había vomitado sobre sí misma, manchándose debajo de la blusa—. Mejor que se recupere ahí y no avance mucho para ir al baño. Tienes ropa suficiente para prestarle. Depende de cómo sigue, sabremos si deberemos llamar a sus padres. Si necesita comer me lo haces saber. Por ahora será suficiente con el agua.

—Buena idea mamá. Gracias.

Tras Lizeth beber el agua y limpiar su garganta, subió con ella a su habitación, chocando con las paredes. La dejó caer sobre su cama, pero esta se quejó diciendo que era demasiado suave, que se movería mucho y que eso aumentaría el mareo, así que tomó una cobija y la puso sobre el piso, para después acostarla.

—¿Entiendes que debo quitarte la ropa para que no te manches más?

—Adelante. Hazlo.

—Levanta tus brazos lo más que puedas —deslizaba la blusa por su cuerpo.

—Con confianza. No será la primera vez —mantenía los ojos cerrados para evitar que le diera vueltas todo.

—¿Tenías que mencionarlo?

—Perdóname por todo. Soy mala para ti. No te merezco. Mírate, eres demasiado buena para mí.

—Yo decido eso. Más tarde hablaremos de ello, por ahora cierra la boca y descansa.

—Quédate conmigo.

—Aquí estoy.

—No. Junto a mí. Abrázame.

Lizeth durmió con el torso únicamente cubierto por el sujetador, mientras Margalit se mantenía acostada junto a ella, con la cabeza pegada a su pecho, tomándola de la cintura con la mano izquierda, pensando en qué demonios hacía ella ahí, y por qué razón ahora le hablaba cariñosamente después de haberla ignorado tanto tiempo.

Cuando Lizeth despertó, el vómito sobre su cuerpo se encontraba seco y olía mal. Margalit le ayudó a levantarse y a caminar hacia el baño. Llamó a sus padres mientras ella se aseaba dentro, pues pasaba de las siete y ellos no habían tenido noticias de ella. Les informó que se quedaría a dormir y en la mañana volvería.

Cuando dejó el teléfono en su lugar, tocó en la puerta del baño para preguntar si no necesitaba nada.

—¿Puedes pasar? No encuentro los sobres de champú que me dijiste.

—Están detrás del espejo.

—¿Cuál espejo?

—Deja voy —entró, cerrando la puerta tras de sí.

Lizeth se cubría con la toalla. No veía ningún espejo, pues este se encontraba cubierto por una

bata perteneciente a la señora Garza. Así que fue hacia él y tomó dos sobres. Y al dárselo, sus manos se tocaron.

—Debo continuar con mis deberes —dijo Margalit inmediatamente, para dar la vuelta.

—Quédate —le pidió Lizeth, sujetando su mano.

—¿Por qué haces esto?

—Porque no he dejado de amarte.

—Debes estar bro...—fue interrumpida por un beso.

Lizeth dejó caer la toalla, para quitarle la blusa a Margalit, quien desabrochaba su pantalón. Se quitó los tenis apoyando uno con el otro para hacer fuerza, lo mismo con los calcetines, mientras Lizeth le desabrochaba el sujetador. Se separaron para ella deslizar las bragas por sus piernas, para quedar completamente desnuda.

—Me encantas de pies a cabeza —dijo Lizeth, para lanzarse sobre sus pechos.

—¿Qué estamos haciendo? ¡Mamá podría descubrirnos!

—No sucederá —le dio un beso, la jaló de la mano bajo la regadera, y se inclinó para besar su sexo.

—Yo no sé si quiero, siguen el miedo por lo sucedido.

—Lo que haya pasado fue por maldad. Será diferente con amor de por medio, para ambas —y prosiguió.

Ambas llegaron a su clímax tras besos apasionados, juguetes con sus lenguas en sus vulvas y zonas íntimas, tras caricias y mordidas en los pechos y traseros, y ambas se desvirgaron mutuamente con sus dedos penetrando sus sexos. Ambas quedaron tendidas en el piso, sintiendo el agua caliente sobre sus pieles. Lizeth encima de Margalit, con la cara entre sus pechos, besándolos lentamente todavía, mientras ella acariciaba el trasero de Lizeth.

—¿Qué se siente por ahí? —acariciaba la zona anal de Lizeth.

—Duele un poco por la presión, pero se siente tan bien. Hazlo —y si cavidad fue invadida.

—Se siente caliente —sonrió, traviesa.

—¿Quieres que te lo haga a ti?

—Un poco. Con cuidado.

—No pasa nada. Tú tranquila.

—Está bien. Confío en ti —comenzó a gemir, de dolor y placer, cuando uno de los dedos se abrió paso en su orificio anal—. ¡Dios!

Una vez que terminaron y se pusieron de pie, avanzaron de la mano hacia la habitación de Margalit. Ella eligió ropa para sí misma, mientras Lizeth esperaba sentada en la cama a que su enamorada le pasara la ropa que le prestaría.

Tras vestirse, sonó su teléfono. Era Pascal.

—Ay no.

—¿Qué sucede?

—¿Cómo es que terminaste haciendo esto? —preguntó Margalit, sorprendida y enojada al mismo tiempo.

—Te he dicho que soy un desastre. Una cosa llevó a la otra. Terminé metida en tantos líos, y por pendejada los hice más grandes.

—Pero, ¿follar con él? ¡Vamos! Me acabas de decir que me amas. ¿Cómo puedes ir por ahí conmigo en tu corazón, mientras tienes sexo con alguien más? Más que “serme” fiel a mí, deber serlo contigo misma.

—Lo sé. Lo sé. La pobre chica lesbiana que abrió las piernas en cuanto recibió una prueba de aprecio. ¡Doy asco! Santo me lo dijo, ¡soy una perra!

—Claro que es deplorable, cuestionable e injustificable, pero tampoco es para que te pierdas el respeto a ti misma.

—Pequeña. Eso ya lo he hecho.

—No es tarde —dijo, decidida.

—¿A qué te refieres? —la miró inmediatamente.

—Puedes purificarte nuevamente y reencontrar la paz. Podemos detenerlo. Él confía en ti.

—¿Comprendes que, si algo sale mal, me matará, y posiblemente a ti también? Si se deshace de su propia gente, ¿qué nos espera a nosotras?

—En un principio te lo dije. No hagas nada sin mí. Estamos juntas en esto, y sea cual sea el final que tenga todo esto, me encantará terminarlo a tu lado.

—Me alegra que a pesar de mis errores aún estés para mí.

—Nunca dejé de estarlo —le dio un beso—. Y ahora, regresa la llamada. Pídele que te vea más tarde, mientras dormimos otro rato, teniendo en cuenta que de noche estaremos fuera.

En cuanto Lizeth colgó, Margalit preguntó:

—¿Entonces, bebiste, y aquí?

—¿Entiendes el desastre que soy? Pero agradezco mucho que me hayas ayudado. Que haya caído, y despertado cuando ya se encontraban en casa.

—Tienes suerte. Si hubieras podido salir, no sé qué te habría pasado.

—Lo lamento. Bastante tengo con cagarla conmigo misma como para darte más problemas y preocupaciones.

—Todo esto está siendo un desastre, no tú exactamente. Pero dejémoslo así. Una vez que hayamos atrapado a Pascal, arreglaremos todo esto entre tú y yo —se sentó en la cama.

—¿A qué hora pongo la alarma? —tomó su mochila, y se sentó junto a ella.

—A las once y media. Tenemos más de dos horas para dormir. Nos alistaremos y saldremos juntas a su encuentro.

—Le importas demasiado. Se puede decir que eres su más grande fantasía. Ni siquiera sus chicas logran opacar tu brillo —dijo, perdiendo el tono dulce de su voz, y dio la vuelta rápidamente.

—¿Qué quieres de... —fue atacada por Lizeth, con el destornillador en mano.

—¿Qué te pasa? ¡Liz! ¡Liz! ¡No!

—¡Lo siento tanto! —comenzó a llorar—. Es lo que tengo que hacer. Es lo que me ha pedido.

—¡Por favor! ¡Liz! ¡Creí que estabas aquí porque me amabas! —lloraba, mientras luchaba por detener las manos de Lizeth, quien se encontraba encima de ella, tratando de clavarle el arma en el cuello.

—¡Perdóname! ¡Perdóname! Solo quería hacerte sentir mi amor antes de que todo acabe. Es esto, o entregarte a él. ¡Te amo!

Tras terminar el forcejeo, metió el destornillador en su mochila, junto con su teléfono y salió de la habitación rápidamente, con el cuidado suficiente para no alarmar a los padres de Margalit, para bajar por las escaleras al primer piso y salir corriendo hacia el jardín, y posteriormente a la calle. Avanzó a paso rápido con el cuerpo tembloroso y sus piernas flaqueando. Sentía estar al borde, al límite de la locura y la desesperación.

Todavía faltaba tiempo para encontrarse con Pascal. No quería llamarle y cambiar los planes momentáneamente, así que caminó en dirección al Centro, se sentó en una banca de la Plaza Vasco de Quiroga tras comprar un café en el Oxxo. Sentía frío, su ropa sucia quedó en casa de Margalit, solo vestía unos shorts de licra y un chaleco que cubría su torso desnudo, pues su sujetador se había ensuciado también y los de Margalit eran muy grandes para ella. Estaba descalza, no esperaba que así sucediera todo, pero debía continuar sin detenerse, sin rendirse, sin mirar hacia atrás.

Sentía pena de que muchas miradas se posaran sobre ella, pero se cubría tapando su cabeza y parte de su rostro con la amplia capucha del chaleco. Mantenía sus piernas cruzadas, pegadas a la banca, como tratando de hacer menos evidente que no llevaba zapatos, mientras daba pequeños tragos al café, esperando a que se enfriara.

Terminó el café y miró su teléfono, apenas habían pasado cuarenta minutos. El tiempo se le hacía eterno. Sabía que hace unas horas se le había ido el paso con la bebida, pero de igual manera avanzó nuevamente al Oxxo y compró tres Perla Negra y cuatro Skyy de manzana. Caminó hacia el mirador, pasando por La Casa de los Once Patios, subió las escaleras, y finalmente se sentó sobre el concreto, a la sombra que daba un árbol, para ocultar su falta de calzado y evitar que le miraran las piernas. Destapó la primera Skyy para darle pequeños tragos, mientras contemplaba el paisaje y miraba a los demás jóvenes convivir y divertirse, y a las varias parejas que había ahí. Pensaba que, si fuera más social y amistosa, le hubiera gustado ser feliz, rodeada de seres queridos, y estar con Margalit en público sin miedo a ser criticadas por personas de mente cerrada, pero sabía que ya era demasiado tarde para soñar despierta. A pesar de todo, le agradecía a la vida por haber compartido con Margalit su virginidad, nunca se había sentido tan bien. Lástima que todo debiera acabar así.

Le quedaban todavía dos Perla Negra cuando Pascal la llamó:

—¿Dónde demonios estás? Estoy cerca de la plaza, pero no te veo por ningún lado. Estoy estacionando en un lugar prohibido. Apresura el paso.

Lizeth bebió de fondo ambas bebidas, y sintió el toque dulce en su garganta, pero lo fuerte del alcohol en su estómago. Se puso de pie y caminó hacia las escaleras.

—Mamacita, yo te las sacudo —dijo un sujeto que estaba recargado en el barandal. Como ella lo ignoró, él habló de nuevo -: ¡Esos sí son culos, no como el que tengo en casa!

Ella dio la vuelta y caminó hacia él, para darle una cachetada, y nuevamente continuó hacia su destino. Mientras bajaba las escaleras se sacudió los shorts, que estaba manchado por haberse sentado, dándose palmadas en el trasero. Siguió caminando, hasta llamar a Pascal:

—Estoy en El Cairo. Pasa por mí.

—Desde aquí te veo. Ya voy.

Ella se asombró al verlo llegar en el Ford Clásico:

—¿Estrenando juguete nuevo?

—Me lo merezco —sonrió—. ¿Por qué traes esa ropa? ¿Qué ha pasado?

—Hice exactamente lo contrario a lo que me dijiste. Bebí a lo pendejo.

—Tenías que ser. Pero, ¿tienes lo que te pedí?

—Me fue difícil, pero lo tengo. Vamos.

—Sabía que podía confiar en ti —arrancó el auto, en dirección hacia el club.

—Olvidaba decírtelo, no le hablé del club. No quiero que se arrepienta y nos eche de cabeza.

—¡Eres lista! Entonces, ¿a dónde vamos?

—Al Estribo Chico.

Margalit quedó asustada, incapaz de decir una palabra más, cuando Lizeth dejó de luchar y la besó en lugar de seguir intentando clavarle el destornillador. La vio salir, y ni siquiera pudo levantarse para detenerla y pedirle que no se fuera, pedirle más explicaciones. Después de varios minutos, se dirigió al baño para enjuagarse la cara con agua fría y reaccionar completamente. Sabía a dónde irían, así que se cambió de ropa, tomó otras prendas para Lizeth, las metió en la mochila, y salió sin avisarle a sus padres.

Siempre llamaba a un taxi, pero esta vez decidió ir a pie hacia el cerro. Tenía tiempo de sobra, y le serviría caminar, para despejar su mente y distraerse. Aunque de igual manera debía de planificar algo.

Avanzó lentamente, midiendo el tiempo, y llegó a la entrada del cerro faltando veinte a las once. Caminó, teniendo mucho cuidado, valiéndose únicamente de la linterna del teléfono. Estuvo a punto de caerse un par de veces, pues las botas chocaron con unas piedras que sobresalían del camino. Una vez que llegó hasta arriba, tuvo que aguantar a los mosquitos para no hacer ruido, se adentró en la construcción, y se recargó en una de las esquinas, sentándose como era costumbre, con la cabeza entre las rodillas.

Todavía faltaba media hora para que Pascal y Lizeth llegaran, y los espero ahí. Pensando en qué hacer cuando llegara el momento.

Pasando de la media hora, escuchó un vehículo aproximarse. No se le había ocurrido ningún plan, así que solo salió a sentarse en la barda del mirador, en espera de encontrarse con ellos. Primero llegó Henry, y luego, al ver el Ford, creyó que era Santo, y se preguntó cómo diablos era posible que estuviera ahí.

—Ya la veo —dijo Pascal.

“¿Margalit? ¿Qué está haciendo aquí?” pensó Lizeth, sin responderle a Pascal. Era algo que no había previsto, y no sabía qué hacer. Si fingir que era parte de su acuerdo, o si mostrar su preocupación por lo que podría sucederle.

Bajaron tras estacionar los autos. Henry encendió las luces del suyo, y salió para recargarse en el cofre, mientras Pascal y Lizeth avanzaban hacia Margalit.

—Señorita Milet, nos volvemos a encontrar.

Ella levantó la cara, tapando con una mano las molestias de la luz. Saludó sin hablar. Lizeth se sentó junto a ella y le tomó la mano.

—Estando aquí, he de suponer que es de su conocimiento lo que sucederá —se acercó a ella—. El joven Santo le puso las manos encima, sé que abusó de usted.

Ella apretó sus labios entre sí.

—¿No crees que deberías medir tus palabras? —preguntó Lizeth al notar la incomodidad de Margalit.

—¡No es una niña! ¡Hay que hablar con claridad! —se acercó a Margalit y se puso en cuclillas delante de ella, colocó la mano sobre su pecho derecho, apretó, y prosiguió -: Anteriormente ya había sucedido esto, y quería hacerlo una vez más antes de dejarla en paz.

—¿Qué?! —preguntó Lizeth, sorprendida. Si iba en serio, era una estúpida por tratar de asesinar a la persona más importante para ella.

Margalit estaba dispuesta a soportar una mano encima, o las dos, era necesario, pero si tenían intenciones de quitarle la ropa, opondría resistencia, aunque pudiera empeorar las cosas.

—Verá. Seguramente Lizeth le habrá comentado mi deseo de hacerla mía, pero no es mi intención hacerlo así. Puede que sea un pito suelto y un monstruo con quienes solo me interesa follar o pactar un trato, pero yo a usted la quería para mí, para tenerla conmigo para siempre. Buscaba algo puro, algo recíproco. Y aunque me siga atrayendo, no me sirve más. El joven Santo le arrebató su pureza, y el malnacido ha pagado por ello.

—¿Fue usted? —finalmente habló Margalit—. ¿Qué hay de su padre?

—No eran más que peones. Tengo a Henry, tengo a Diego, tengo a Lizeth. Ha habido muchos, y habrá más. Pero como usted, nunca. Por ello, le ofrezco mis disculpas y la dejo ir en paz —finalmente retiró la mano de su pecho, y dio la vuelta—. Vámonos Henry. Vámonos Lizeth.

—Te amo. Perdóname por mis errores. He sido una estúpida. Te agradezco por ser para mí lo que yo nunca podré ser para ti —le dio un beso, rozando los labios y chocando las puntas de las lenguas, para después separarse, dar la vuelta, y correr hacia Pascal con el destornillador en la mano.

—¡Maldita perra! ¡¿Qué estás haciendo?! ¡¿Te has vuelto loca?! —trataba de sacar el arma, que le había sido clavada entre el hombro y el cuello, rasgando los músculos.

—¡Llegará el momento en que te pudras en el Infierno! —dijo Lizeth.

—Pero hoy no. Hoy es tu turno —dijo Henry, quien se acercó hacia ella, clavándole en repetidas ocasiones una navaja de caza en el torso, haciendo evidente que no llevaba nada debajo. La tiro al piso, abrió el chaleco de un jalón y clavó la navaja una última vez en medio de los pechos de la joven, para retirarla y posteriormente patear su rostro contra el piso, produciendo fracturas y contusiones que acelerarían su muerte.

Todo esto, mientras Margalit se había puesto de pie a gritar “¡Auxilio! ¡Ayuda!”, pues a menos de cien metros se encontraba la oficina de Seguridad Pública. También llamó a Diligaan, desesperada, pidiéndole que no tardara demasiado en llegar, pero solo bastó con un minuto para que el ataque terminara, y ambos sujetos se marcharan, dejando a Lizeth tendida en el piso, desangrándose, con el cuerpo temblando.

—¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí! No tardan en llegar. Los encontrarán y los atraparán. Pero no te vayas. Por favor. No te vayas —lloraba.

Lizeth no respondía, pero su mirada se posó en Margalit, quien le acariciaba el cabello y la frente. Con su último esfuerzo, dijo “Los lentes” y sus ojos quedaron mirando fijamente a su amada, perdiendo el brillo de la vida.

Margalit tomó los lentes, que habían caído a mitad del ataque, y pudo notar que, aunque era muy parecido, había cambiado el armazón, y pudo apreciar una pequeña cámara. Todo había quedado evidenciado, la jugada se le había regresado a Pascal. Ella no había ideado ningún plan, pero agradecía a la vida que Lizeth lo hubiera hecho con anticipación.

Pronto los vehículos de la policía llegaron, junto con una ambulancia. Diligaan separó a Margalit del cuerpo de Lizeth, mientras Ornelas se encargaban de dar los datos de la joven occisa, para que se comunicara a sus padres lo más pronto posible. Cubrieron su cuerpo y lo subieron a la

ambulancia.

Sus padres, junto con los de Lizeth, acudieron al Ministerio para encontrarse con ella. Margalit abrazó a la pareja, pues para ella también era la persona más importante, y compartía el dolor con ellos. Se despidió, diciendo que lo sentía mucho.

Al medio día siguiente, fue la misa de cuerpo presente, en el Santuario de Guadalupe. Posteriormente, el entierro en el Cementerio Municipal. Lloró todo lo que pudo, que de sus ojos ya no salían lágrimas, aunque quisiera expresar su dolor. Y antes de que cerraran el ataúd, se acercó, dejó una rosa blanca entre las manos de Lizeth, dijo “Siempre han sido tus favoritas”, besó su frente, y dejó que lo cerraran, para hacerlo descender y cubrirlo con la tierra.

Ella se quedó ahí, sola, durante unas horas más. Aún después de que los padres de Lizeth, y los suyos, se hubieran retirado. A pesar de que la lluvia llegara repentinamente.

No sabía qué sucedería después.

Epílogo

Margalit sentía un vacío. Quería continuar su vida como de costumbre, pero estar de vacaciones le era dañino. Se la pasaba encerrada en casa, no comía, había bajado de peso, estar en casa le perjudicaba, y tener el libro de Lizeth, y la ropa que le había lavado, a la vista, hacía que la tristeza aumentara y que le llegara hasta lo más profundo.

Lo último interesante que había hecho, fue publicar el video grabado con los anteojos de Lizeth. Claro que se vería que estuvo del lado de Pascal, pero su muerte no sería en vano, se hizo de conocimiento público que lo de Santo y Ulises solo fue obra de él, y que tenía más gente para seguir haciendo de las suyas. Esa confesión, junto con el evidente asesinato por parte de Henry, los ponía en el punto de mira. Los oficiales le hicieron saber que a pesar de haber ocultado la evidencia y hacerla pública por su propia cuenta no afectaba en que harían todo lo posible por atraparlo, pero le sugirieron y pidieron de favor y por parte de la ley, que, si había más información y evidencia valiosas, primero se las hiciera llegar a ellos.

Por su parte, Diligaan la invitó a salir, para fortalecer la amistad fuera del trabajo, y que se distrajera en el proceso del duelo, para que no le fuera tan difícil. Comenzaban a frecuentarse, y ese día quedaron de verse en La Tiendita Verde, pero Margalit estaba agradecida y le había comprado un pequeño obsequio, así que decidió pasar a su casa antes del tiempo acordado, para darle una buena sorpresa.

Al llegar, estaba a punto de tocar el timbre, pero notó la puerta abierta, y, sin pensarlo dos veces, se abrió paso para entrar en la morada de su amiga. Entre más avanzaba, escuchaba jadeos con más intensidad, y, al entrar a la sala, vio a Diligaan en el sofá follando con Pascal.

—¡No mames! ¡No puede ser verdad! —se detuvo.

—¡Oye! ¡Marga! Te lo puedo explicar —se puso de pie, tapándose por delante con un par de cojines.

—No es necesario. Eso explica cómo te aceptaron siendo tan joven. No me sorprendería que haya corrupción dentro del Ministerio.

—Lamento que haya tenido que ver esto, joven Milet —dijo Pascal.

—No se preocupen. Yo me voy a la verga —dio la vuelta.

—No pude haberlo dicho mejor —Henry sostenía una pistola con la mano derecha.

—¡Putra madre!

Agradecimientos

Sencillamente agradezco a las personas que me animaron a dar lo mejor de mí para completar esta historia:

Brayan Orlando, Josafat Romo, Keny PC, Teresa Martínez, Andrea Viviana.

A las chicas que me permitieron el uso de sus fotos para las cubiertas.

Y, especialmente, a Jakeline Black, mi apoyo principal.

!Gracias!



Sergio Northwest

(Pátzcuaro, Michoacán)

Estudiante de Ingeniería en Desarrollo Comunitario.

Escritor desde sus doce años de edad, se ha adentrado a los campos de la poesía, la novela, y los relatos.
